



*Aldoa  
de Luna*

Noelia Señas Polo

ALDEA  
DE  
LUNA

## AGRADECIMIENTOS :

Si alguien me hubiese anticipado hace tres años que publicaría un libro me habría parecido un pensamiento demasiado atrevido, pero no imposible, porque creo en los sueños, en que pueden cumplirse, aunque puede que no todos, y esta tercera novela es un ejemplo de ello.

He llegado aquí gracias a todos vosotros, a vuestro apoyo incondicional, a vuestras muestras de cariño, a las alas que habéis cosido a mi espalda y que, ni el viento más increíble que pueda intentar parar mi vuelo, lo conseguirá.

Gracias a todos vosotros, lectores míos, que me paráis por la calle (increíble e impensable, pero cierto) para decirme que os han encantado mis novelas, que cuándo la próxima, por vuestros comentarios sobre mis personajes, que ya son vuestros. Por hacerme sentir viva y darle vida también a ellos.

Gracias a mi familia, que, como siempre, vive este sueño mío como si fuera suyo, y eso es lo más bonito que te puede pasar en la vida.

Gracias a ti, papá, de nuevo, por formar parte del alma de todos mis libros, por los valores que me diste, y a ti, mamá, por lo mismo, y por seguir de mi mano ahora que me falta la de papá.

Gracias a mi hermana Carol y a Ascen que son parte de todos mis libros, casi mis representantes.

Gracias a todos los que habláis tan bien de mis libros, los que los prestáis, los que movéis a mis personajes de un lado a otro, visitando casas nuevas, mentes nuevas, lectores nuevos.

Gracias a todos los lectores fuera de España, increíble haber llegado hasta vosotros.

Y Gracias a Marta, por esa portada increíble, por esa magia que transmite siempre en sus dibujos. (Podéis encontrarla en Instagram, en su cuenta @martagonhen) y a Jared, que con la edición digital hicieron un equipo increíble, con el resultado de una portada espectacular.

Me llamo Shara y creía ser una chica normal hasta que todo mi mundo se sacudió.

Mi hermana Minerva y yo nos llevamos apenas un año.

Siempre hemos sido unas hermanas poco habituales, casi inseparables, como siamesas.

Alguna vez hemos discutido y, hasta nos hemos golpeado, revolcándonos en la cama, acabando casi siempre agotadas y partiéndonos de risa, pero, pese a todo eso, se podría decir que hemos sido, más que hermanas, “mejores amigas”

Nos habíamos defendido siempre y nos contábamos todas nuestras cosas, o eso creía yo.

Compartíamos casi todas nuestras aficiones, excepto la del dibujo, en la que yo era tremendamente inútil, mientras que Minerva era una verdadera artista, así como yo disfrutaba de la virtud de la intuición, que me salvaba de muchos problemas y, a la vez, me frenaba para lanzarme a la aventura a la primera de cambio.

Yo acababa de cumplir los 18 y mis padres me habían permitido hacer una fiesta en el jardín de casa.

Había invitado a todos mis amigos. Estaba realmente emocionada, sobre todo porque cumplir los 18 era algo que yo tenía completamente idealizado.

Me hacía mayor, me sentía más importante y un poco más sabia. Bendita inocencia.

Todo está previsto. Mi hermana sale de la academia de inglés a las 18h y por eso hemos decidido comenzar la fiesta a las 19h, pero, ante mi desconcierto, el gran evento ha empezado sin ella.

Al cabo de unos minutos me olvido de su impuntualidad, la misma que, en un primer momento, consigue sacarme de mis casillas.

Mi madre la defiende a medias y mi padre, que ha cambiado su turno de trabajo para hacer acto de presencia, manifiesta su incredulidad ante el hecho de que mi hermana del alma se retrase una hora, cuando somos uña y carne y sabiendo de la importancia que tiene esa fiesta para mí,

preparada por ambas durante más de un mes, escogiendo la música que pondremos, la tarta y toda la decoración del jardín.

Se muestra bastante nervioso, e incluso, preocupado porque algo le haya pasado.

Cuando, por fin, consigo integrarme en mi fiesta, la veo llegar de la mano de ese chico.

Me sorprende, tanto verla llegar acompañada como el no conocer quién es ese chico tan guapo, con esa sonrisa espléndida, que consigue volver la cabeza de todas las invitadas.

Yo me quedo de pie, observándolos, con mi vaso en la mano, mientras mi hermana, desde la puerta, cruza su mirada con la mía y me suplica con un gesto que la perdone.

En aquella mirada comprendo lo colgada que está de aquel chico y la perdono a medias por el retraso, a pesar de que aún me cuesta entender por qué no sé yo aún de su existencia.

Me fijo en él. Tiene el pelo castaño, muy liso, ni corto ni largo, la medida perfecta.

Su mirada engatusa, y también su sonrisa, mientras se mueve con elegancia entre la gente, sin soltar la mano de Minerva, y en dirección hacia donde estoy yo, que continuo en shock, observándoles mientras se acercan.

- Así que tú eres la cumpleañera... - dice él, como si me conociera, con una voz que invita a entablar una conversación. Y entonces miro a Minerva, que no deja de observarle, hipnotizada, sonriente, y que vuelve la cabeza hacia mí, y me besa en la mejilla.

- Vamos a tomar algo – dice, cogiéndome de un brazo, sin soltar del otro al chico, arrastrándonos entre la gente hasta la barra libre.

Así descubro que se han conocido en la academia, hace casi un año, pero que, hasta esa misma tarde, no han formalizado la relación.

Él habla con seguridad mientras me mira, dejando en un segundo plano a Minerva que bebe mientras, apoyada en la barra de espaldas, divisando a los invitados, enorgulleciéndose de las miradas de envidia que provoca.

Miguel me cuenta que toca en un grupo de música, -tenéis que venir a vernos-, dice.

- Claro – digo yo, dudando si hacerlo, y a la vez, con un deseo incontrolable de hacerlo.

- Mañana domingo tocamos a las cinco en la asociación. ¿Por qué no venís?

Minerva vuelve de su ensimismamiento.

- ¡Genial! – dice. Y yo la miro. Sorprendida. Preguntándome por qué tengo yo tantas ganas de ir a verlos tocar, si no le conozco de nada.

Quizás la idea de conocer a los componentes de un grupo musical me hace ilusión, pienso mientras me despido de ellos, fingiendo que alguien me llama al otro lado del jardín para dejarles solos. Sí, eso es, decido de repente, mientras me dirijo a la cocina por la puerta de cristal.

- ¡Shara! Madre mía, que difícil encontrarte...

Mi amiga Patri se acerca a mí, dándome un empujoncito en el brazo mientras me guiña un ojo.

- Oye... ¿y quién es él?

Seguramente será la pregunta de todas mis amigas.

¿Y yo que sé?, pienso, no tengo ni idea, mi hermana no me ha hablado de él, lo acabo de conocer, se ha presentado en mi fiesta de cumpleaños con él de la mano, eclipsando a la cumpleañera, ósea yo, pero en cambio, contesto - un amigo de mi hermana, tiene un grupo de música -.

Ella abre los ojos con asombro, interesándose aún más si cabe por él, para poder contárselo al resto, en cuanto vuelva al grupo.

Mi madre irrumpe en la cocina para coger la tarta.

- Venga, ves saliendo al jardín que vamos a soplar las velas – dice con entusiasmo, como si yo aún tuviera siete años.

Salgo al jardín.

Ya en ese momento estoy como en otro lugar, no parece que esté en el mismo cumpleaños que

llevo meses preparando. No sé por qué, pero algo ha cambiado en mi interior cuando la he visto entrar con él de la mano.

Ya no sé si son celos, si me siento traicionada, o que ha conseguido empequeñecer mi cumpleaños con esa entrada triunfal y todo lo que ha traído consigo.

Soplo las velas, pidiendo un deseo que ya ni me complico en pensar y que, seguramente, ni se cumplirá.

Finalmente, a base de alguna que otra copa, consigo dejar a un lado todo aquello y disfruto del resto de la fiesta.

Bailamos hasta la madrugada, hasta que mi padre sale al jardín pidiendo que bajemos la música y los invitados se van dispersando para seguir la fiesta en otro lugar.

Le pido a mi padre que me deje acompañarles, pero mi estado tampoco es el más indicado para seguir tomando copas.

Vomito dos veces antes de llegar, a duras penas, a la cama.

Me tumbo boca arriba, evitando cerrar los ojos, porque todo me da vueltas.

Finalmente caigo rendida en algún momento de la madrugada y me despierta el sol deslumbrante al que mi madre deja irrumpir en el dormitorio y que a mí me parece más una bomba nuclear, despertando todos los músculos doloridos de mi cuerpo y horriblemente sedienta.

Me dirijo a la cocina y me cruzo con mi hermana que, lejos de reflejar culpabilidad en su rostro, muestra una sonrisa extraordinariamente radiante y una mirada que brilla más que nunca. Todo lo contrario a mi aspecto resacoso y lamentable, mientras me tomo un zumo de naranja y un paracetamol.

Y así empieza mi entrada al misterioso cambio en mi vida, sin previo aviso, sin carteles de bienvenida, ni libro de instrucciones.

Cuando consigo recuperarme, a duras penas, de mi deplorable estado, me atrevo a preguntar a mi hermana por el chico misterioso.

- Me sorprende que no me hayas hablado de él – digo, aparentando normalidad, en un penoso intento fallido.

Estamos en mi dormitorio, yo tumbada en la cama, boca arriba y Minerva parada frente al armario, con las puertas abiertas de par en par y los brazos en jarra.

- No tiene ninguna importancia Shara... solo éramos compañeros de clase hasta ayer – dice sin mirarme.

- No es verdad. Estabas embobada con él. Estoy segura de que te gustaba desde hace tiempo... - digo, y dejo un espacio por si ella quiere intervenir, pero no lo hace – sin embargo, no me lo comentaste... y no entiendo muy bien por qué.

- Qué tontería... - dice, obviando mi comentario – Dejémonos de bobadas y elijamos ropa para el concierto de esta tarde.

Suspiro.

- ¡Vamos! ¡Levanta y ayúdame a decidir!

Yo elijo camisa blanca, vaqueros y unas converse. Me gusta ir cómoda a los conciertos. Minerva prefiere un vestido discreto y vaporoso con el que pretende impresionar a Miguel.

Minerva es menuda, pero posee unas curvas que ambas hemos heredado de mi madre. No destacamos por tener gran belleza, pero tampoco nos podemos quejar, y procuramos sacar partido a nuestras virtudes.

Mi hermana tiene el pelo lacio y rubio, bastante largo y, muy frecuentemente, recogido con una coleta.

Yo, sin embargo, tengo el pelo muy rizado, casi hasta la cintura y siempre suelo llevarlo suelto. Tengo unos grandes ojos verdes y mis pestañas son rizadas y largas. Al parecer, soy una copia exacta de mi abuela, a la que nunca conocí porque nunca aceptó a mi madre.

Muchas veces he interrogado a mi padre sobre ella, tal vez mi madre no pero... y ¿nosotras?



Pero algo triste y doloroso hace ensombrecer el rostro de mi padre y temo que su corazón se rompa en mil pedazos de pronto, y que sea yo la culpable del destrozo.

Mientras termino de repasar mi maquillaje, sin saber por qué, me atacan unos nervios desmedidos al estómago.

- No sé qué me pasa. Seguramente será la resaca – digo, sabiendo a ciencia cierta que nada tienen que ver esos síntomas con aquello, pero sin reconocer el motivo.

- Ya se te pasará – me anima Minerva, sin poder deshacerse de esa sonrisa estúpida que la acompaña desde el día anterior – nos lo vamos a pasar genial, ya verás.

Cogemos el bus para llegar hasta la asociación.

El lugar está bastante alejado, a las afueras de la ciudad, pero el autobús nos deja muy cerca.

Hemos quedado allí directamente porque Miguel tiene que ensayar antes del concierto.

Cuando llegamos al principio de la calle me doy cuenta de la dimensión de la asociación.

Lejos de ser un pequeño local, como yo había imaginado, es un terreno extraordinariamente grande que no llego a ver del todo desde ahí.

Nos acercamos a la entrada, que está aproximadamente a la altura de la mitad de la calle.

Todo el terreno está rodeado por una valla.

La puerta de la verja está abierta y ya se intuye bullicio en el interior desde afuera.

Al entrar me fijo en lo enorme del sitio. Es impresionante, y Minerva no hace más que mostrar su nerviosismo.

- Y ¿de qué es la asociación? – pregunto curiosa a Minerva, sorprendida por tanto despliegue.

Minerva no sabe de qué se trata, Miguel tampoco le ha dado explicaciones a ella, ni ella se las ha pedido.

A lo que mi vista llega a distinguir, pueden apreciarse varios edificios bajos, repartidos por todo el terreno, rodeados de vegetación de todo tipo. Árboles, flores, setos y caminos de tierra bien cuidados.

En la entrada del primer edificio hay una pancarta enorme presidiendo la puerta en la que pone:

### CONCIERTO DEL GRUPO “AURA AZUL”

Nos colocamos al final de la eterna fila, sorprendidas de que haya tanto público, como si se tratase de un grupo popular.

Los asistentes al concierto son aproximadamente de nuestra edad.

Después de llevar unos minutos allí, viene a nuestro encuentro un chico, con un intercomunicador en la oreja, engominado y uniformado como si se dedicara a la seguridad.

- ¿Minerva? – pregunta, acercándose al oído de mi hermana.
- Si – contesta ella, alzando un poco la voz para que nos escuche ante tanto bullicio.
- Acompañarme – dice mientras se da la vuelta y se dirige hacia la puerta.

La gente que hay en la fila nos observa, cuchicheando entre sí.

Nos adentramos en el local por uno de los laterales, esquivando a todo el público, que aún no se ha introducido dentro todavía no han abierto oficialmente la puerta.

- Podéis colocaros aquí – dice muy serio, como si le hubieran prohibido sonreír – cualquier cosa que necesitéis yo estaré por aquí.

Desaparece por donde ha venido y un cosquilleo de superioridad me recorre el cuerpo.

A escasos metros de distancia, el escenario.

Detrás de nosotros las vallas de seguridad.

No podemos contener la sonrisa nerviosa que se ha apoderado de nosotras, mientras observábamos como colocan los instrumentos del grupo sobre el escenario.

Había pensado que sería algo de menos envergadura y me sorprende tener ventaja sobre el resto.

La puerta de entrada se abre y entra en manada la gente, agolpándose, sobre todo, en las primeras filas.

De repente se apagan las luces y el murmullo de la gente se silencia.

Un foco alumbra el escenario, dando más intensidad a Miguel, que sonríe con el micrófono en la mano mientras guiña un ojo a Minerva y dirige su mirada, un segundo después, al resto de público.

Todos sus gestos enamoran, pese a ser el novio de alguien.

Da igual, es como un amor platónico, un personaje famoso, alguien con un poder absoluto que te seduce, sin poner demasiado entusiasmo en ello.

Es como algo innato, que le nace de dentro y que se nota que no hace el menor esfuerzo por conseguir.

Su mirada se posa de forma seductora en el resto de público y se escuchan gritos de entusiasmo.

El concierto empieza y me sorprende que todos, excepto nosotras, sepan seguir las letras.

Su música es estilo Pop-Rock y las letras bastante pegadizas.

Se mueven con soltura en el escenario, como si llevaran toda la vida en ello.

Miguel es el que parece tener más tablas.

Pasea por el escenario al ritmo de la música, parándose de vez en cuando para mirar a Minerva, a mí y después al resto de público.

A veces se acerca a sus músicos, y se miran y sonríen, disfrutando de cada momento en el escenario.

Transmiten.

Presto atención a las letras. Todas parecen hablar de amor, de paz y todas tienen mensaje.

Frases como “No te dejes arrastrar por ellos” “somos únicos” o “ya sabes dónde está la verdad”, pulsán un botón en mi cerebro, como una alarma, pero aun así pienso que esa música me gusta, el grupo me gusta, Miguel me gusta y estar ahí, en primera fila, por encima del resto de gente, me entusiasma.

Acaba el concierto y la gente se va dispersando hacia la salida.

El chico del pinganillo en el oído vuelve a acercarse a nosotras, que estamos bastante perdidas sin saber hacia dónde dirigirnos.

- Seguidme, por favor – dice, dirigiéndose hacia un pasillo lateral que parece llevar a los camerinos.

Abre una de las numerosas puertas que se distinguen en el pasillo y se queda fuera.

- Esperad aquí dentro – dice mientras me mira fijamente.

- ¡Madre mía! – dice Minerva, una vez dentro, mientras recorre con la mirada toda la habitación - ¿no te parece realmente increíble estar aquí?

Observo yo también a mí alrededor.

Hay una mesa junto a la pared con un catering y refrescos de todo tipo.

En el otro lado de la habitación un sofá y varias sillas.

Un espejo y un televisor.

Me siento en el sofá, deshaciéndome del bolso y juntando mis manos, algo nerviosa.

- Es todo tan extraño – me atrevo a decir.
  
- ¿Extraño? Es fantástico, joder, ¿es que no me lo creo!
  
- Ya... - suspiro yo – Ni yo... por eso precisamente.
  
- Joder Shara – dice, realmente enfadada de repente - ¿por qué siempre lo cuestionas todo? Esto nos está pasando y ya está. Disfrútalo.

Me mira con su mirada de desaprobación, la más dura que saca de su saco de miradas, y entiendo que realmente le molesta que le debata aquello, y no quiero estropearle el momento, así que cambio mi chip y decido que disfrutaré de todo eso, aunque, dentro de mí, dejo abierto el hueco que dejo para la precaución, por si necesito sacar algún arma de las que ahí guardo yo.

La chica cautelosa, a la que nunca le pasan estas cosas porque nunca se atreve con las cosas nuevas.

Durante unos minutos se crea un silencio incómodo, mientras yo decido ese cambio de chip y Minerva se pregunta, seguramente, por qué no habrá venido sola.

Me levanto del sofá y me acerco al catering.

- Si no vienen ya, cogeré algo y colocaré la bandeja para que no se note. Tengo mucha hambre.

Minerva me mira y sonríe, comprendiendo que estoy firmando la paz y, en una milésima de segundo ha cogido un canapé de la bandeja para cada una y ha tapado los huecos esparciendo el resto.

Nos limpiamos las migas rápidamente de los labios cuando escuchamos pasos cerca de la puerta.

Trago lo más rápido que puedo y miramos hacia la puerta, mientras entra Miguel y el resto del grupo.

Se han duchado y cambiado de ropa. Irrumpen con energía, comentando cosas del concierto.

Miguel se adelanta a besar a Minerva en los labios, mientras rodea su cintura con una mano. Me mira fijamente mientras lo hace y me obliga con ello a retirar la mirada hacia otro lado. ¿Qué pretendes?, pienso.

El resto de chicos saluda sin demasiado entusiasmo y se dirigen hacia las bandejas de comida.

Miguel se separa de Minerva y nos anima a participar en el catering.

- ¿Qué os ha parecido? – pregunta, mientras yo intento no acercarme demasiado a ellos, fingiendo estar entretenida sirviéndome un refresco en un vaso de plástico y demorándome más de lo normal en cerrar el tapón de la botella.

Siento que él no deja de mirarme y eso me desconcierta. No sé si le sorprende que yo no haya caído rendida a sus pies, como seguramente estará acostumbrado a que le pase con el resto de la gente, o simplemente me está evaluando.

- Nos ha encantado – se adelanta Minerva sin parar de sonreír y mientras, él, busca mi aprobación con la mirada.

- Si... - corroboro yo para que deje de mirarme – ha sido genial.

Consigo mi propósito y seguimos comiendo, mientras Miguel y ella se comen más entre ellos y yo me siento cada vez más sola e incómoda en ese lugar.

Uno de los chicos se despide.

- Me voy a “la caja” tíos – dice mientras abre la puerta y vuelve la cabeza – ¡Encantado!

Saludo con la cabeza mientras me pregunto qué será eso, o si realmente he entendido mal. ¿Ha dicho a la caja o a la casa? Ya no estoy segura.

Nos mira sonriente y desaparece tras la puerta, y así le van siguiendo el resto.

En frente nos observa el chico del pinganillo. Serio, muy serio, sin dejar de observarme.

Miguel se separa de Minerva por fin y nos anima a que continuemos la fiesta en aquel misterioso sitio al que llaman “la caja”. Al parecer, he entendido bien y a ese lugar le llaman así.

- Os va a encantar, ya veréis.

- No se... quizás deberíamos volver a casa – digo yo, de nuevo sacando mis armas de la prudencia.

- ¡Shara! – la mirada implorante de minerva hace que emita un suspiro de resignación.

- Un rato y nos vamos – digo, con gesto irritado.

Minerva sonrío satisfecha, sabiéndose ganadora de aquella batalla que yo sabía perdida desde el principio.

Llegamos al lugar misterioso.

Está en el mismo recinto, en uno de los edificios más alejados de la verja.

Me sorprende que aquello sea como una especie de pueblo, donde la gente pasea por los exteriores como si fueran parques en la ciudad y parecen elegir el edificio al que entrar.

Supongo que en cada edificio hay una actividad, o algo así, por suponer, porque todo me parece increíblemente extraño.

Los edificios son todos iguales. Todos cuadrados, de ladrillo rojo, sin más distinción que el color de sus puertas.

Todas las puertas están cerradas, lo que impide saciar mi curiosidad, ansiosa de saber qué se esconde en el interior de esos muros tan fríos.

El chico del pinganillo nos sigue como una sombra, particularmente a mí, puesto que soy la que más alejada estoy del grupo.

Minerva va cogida de la cintura a Miguel y yo les sigo, unos pasos detrás, observando todo cuanto me voy encontrando.

De vez en cuando, Miguel o Minerva, echan la vista atrás por encima del hombro del otro para comprobar que yo les sigo.

Sinceramente, en algún momento estoy a punto de darme la vuelta y volver a casa, sintiéndome algo desplazada por ellos, incluso molesta por estar ahí sin quererlo, y decepcionada porque mi hermana apenas recuerde que yo estoy detrás, dejándome en un segundo plano, pero, por una parte, la curiosidad puede con mi orgullo, y por otra, siento que aquel chico serio y su mirada fulminante tratará de evitar aquel abandono y desecho la idea de inmediato.

Puerta verde. Miguel y Minerva se paran frente a ella y es el chico serio quien abre la puerta, echándose a un lado para dejarles paso.

Yo me quedo rezagada unos pasos atrás y él me mira.



Ni Miguel, ni Minerva se fijan en si entro o no, solo él me mira, sin articular palabra, pero es como si me ordenase que tengo que entrar. No hay más opciones, tengo que atravesar aquella puerta verde. Siento una especie de baile con orquesta en mi tripa, producido por los nervios.

Avanzo y cruzo la puerta. Hay gente tomando refrescos, cerveza y conversando.

No parece haber nada raro dentro. Son gente normal, reunida en grupos, hablando amistosamente, riendo y pasando el rato.

Dios, que paranoica soy, pienso. Y me relajo.

En unos minutos estoy rodeada de gente que me acoge como si me conociera de toda la vida. Me preguntan qué quiero tomar y me ofrecen algo de picar. ¿Cómo te llamas?

Y ahí empieza mi entrada a “LA CAJA”. Sin más carteles que el de un chico guapo que nos invita a un concierto, que enamora a mi hermana, que nos hace sentir importantes, sin más carteles que un grupo de gente que nos acoge como si fuésemos su familia, y nos hace sentir bien.

Me siento bien con ellos, alguno de los chicos del grupo me hace mucho reír. -Me llamo Rob-, me dice sonriente. No es guapo, tampoco feo, del montón, pero eso no importa, porque me lo estoy pasando tan bien que me obligo a pensar que soy demasiado prudente, que tengo que abrir horizontes, que no debo ser tan precavida, porque puedo perderme este tipo de cosas.

De pronto, noto vibrar mi móvil en el bolsillo del pantalón.

MAMÁ LLAMANDO....

- ¿Qué hora es? – pregunto en alto, con los ojos muy abiertos, volviendo a la realidad que dejé aparcada antes de entrar por la puerta verde.

Nadie me contesta, todos están entretenidos en algo. Rob me mira indiferente, sorprendido de que esté preguntando eso, o de que esté mirando el móvil, no lo sé exactamente.

No diviso a Minerva por allí cerca.

Miro la hora en el móvil y me echo la mano a la boca.

- ¡Joder! Si son más de las doce.

Rob vuelve a mirarme y da un sorbo a su botella de cerveza. Busco a mi hermana con la mirada.

No puedo verla.

- ¿Ves a Miguel por ahí? – pregunto a Rob.

Eleva la cabeza por encima del resto, intentando localizarles. Hace un gesto negativo.

Definitivamente, tengo que llamar a mi madre, la llamada se ha cortado después de un largo rato sonando, mientras me he estado preguntando qué decirle.

Al primer tono, mi madre suena alterada al otro lado, muy alterada. No está acostumbrada a esos retrasos de horario con ninguna de nosotras.

- Perdona mamá – suplico – no nos hemos fijado en la hora.

- ¿El concierto no acababa a las nueve? – me pregunta enfurecida, aunque parece aliviada al escuchar mi voz.

- Bueno, no exactamente, se retrasó un poco y nos hemos quedado por aquí hablando con unos amigos de Miguel... lo siento mamá, es que no nos hemos dado ni cuenta.

- ¿Y Minerva? Tampoco me coge el teléfono.

No sé qué decir. Me quedo en silencio durante unos segundos.

- Es que hay mucho barullo, no lo habrá escuchado. Pero ya vamos, no te preocupes ¿vale?

- ¿Sí? y ¿Cómo vais a venir? Si ya no hay autobuses.

Vaya, joder, no había pensado en eso.

- Claro, no hay autobuses... - repito mientras intento pensar algo.

- Y tu padre está de guardia, y se ha llevado el coche, yo no puedo ir a buscaros...

Silencio de nuevo. Me siento mal por mi madre.

- Os cogéis un taxi y a casa. Y estáis castigadas una semana.

Cuelga el teléfono y me quedo parada mirándolo en mi mano, como si fuera a encenderse y sacarme del apuro de repente.

- No te preocupes Shara. Os llevo yo en un momento – me dice Rob.

De nuevo vuelve la Shara prudente, la que no se fía ni de su sombra.

- No... no te preocupes, muchas gracias. Cogemos un taxi en cuanto localice a mi hermana.

- ¿No te fías de mí? – pregunta sonriente.

Le devuelvo la sonrisa, vacía, sin respuesta a su pregunta.

De pronto aparece el chico serio.

- ¿Ocurre algo? – pregunta, cambiando, por una vez, la expresión de su cara.

- Tenemos que volver a casa, no me había dado cuenta que era tan tarde, y no hay autobús. Vamos a coger un taxi, pero tengo que encontrar antes a mi hermana.

- Acompáñame – dice mientras echa a un lado a Rob, sin demasiada delicadeza.

- Adiós, Shara – se despide Rob, sin perder la sonrisa.

- Nos vemos – digo yo, sin mirarle, avanzando tras el chico serio, sin perderle de vista, hasta la salida del edificio de la puerta verde.

- No te muevas de aquí. Voy a buscar a tu hermana.

Me quedo inmóvil en la puerta. Solo hay silencio afuera, y empieza a hacer algo de fresco. Me froto los brazos para intentar calentarlos.

Escucho unas risas a lo lejos y unos pasos que se acercan. Reconozco la voz de mi hermana, que no parece compartir mi remordimiento.

Observa mi preocupación.

- Solo ha sido un despiste Shara, es que tenemos mal acostumbrados a papá y a mamá.

- ¿Sí? Pues estamos castigadas – digo irritada, para hacerle daño, porque me duelen sus reproches, y su forma de decírmelo delante de ellos, como si yo fuera una niña de doce años.

Su semblante se vuelve serio. No se espera que mi madre nos imponga un castigo. Ella solo quiere ver a Miguel mañana de nuevo, y lo demás ya no importa. No importa si me ha dejado sola con un grupo de desconocidos en una fiesta, ni tampoco si mi madre se ha asustado al no vernos llegar. Solo le importa que, si no consigue convencer a mi madre, mañana no podrá verle y se quedará encerrada en casa todo el día... o toda la semana.

El chico serio nos acompaña a las dos a la salida. Miguel se ha despedido de ella con un eterno beso mientras ha vuelto a obligarme a dejar de mirarle, alejarme unos pasos y acercarme al coche, donde el chico serio se ha ofrecido a llevarnos.

¿Por qué confío más en él, que en el chico sonriente de la fiesta? No lo sé. Solo sé, en ese momento, que quiero llegar a casa.

Durante el trayecto a casa recapitulo todo lo ocurrido.

Mi resumen es que me lo he pasado bien, y mal, me he sentido apartada por mi hermana, y acogida por otra gente. Me he reído, mucho, como hace tiempo no hago. Y que, pese a todo el remordimiento que siento dentro, me apetece repetir, pero esta vez como Shara, y no como la

hermana de Minerva, la novia del chico guapo del concierto.

De repente noto como el orgullo aplasta un trocito de la caja donde guardo mis miedos y mi prudencia.

Sin embargo, el remordimiento no se ha escapado de su hueco y asoma en cuanto metemos la llave en la cerradura y mi madre nos espera, sentada en el salón, con el rostro más enfadado que nunca haya visto.

Tiene los ojos un poco hinchados y se nota que se ha lavado la cara. No sé si ha llorado por miedo a que nos pase algo o por miedo a que sea el comienzo de algo que se puede repetir.

Yo ya tengo dieciocho años. Recién cumplidos, sí, pero ya soy mayor de edad.

Las doce de la noche no es una hora descabellada, de hecho soy la chica con la cuerda más tensa respecto a horarios de todos mis amigos, pero claro, siempre salgo con Minerva, y ella es mi responsabilidad...

Siento un poco de rabia por dentro en ese momento. Me acerco a mi madre y la beso en la mejilla.

- Lo siento mamá – la digo muy bajito, y me dirijo a las escaleras que llevan a mi cuarto, en la planta de arriba.

Mi madre continua en silencio mientras sigue de brazos cruzados.

Minerva permanece allí con ella. Parece esperar a que yo desaparezca. Y supongo que usará sus palabras más persuasivas, esas que no quiero ni escuchar porque mi arrepentimiento no me lo permite, así que cierro la puerta de mi cuarto.



# ALDEA DE LUNA

Las hojas del suelo crujen a su paso.

Baila entre las sombras como un fantasma mientras repasa minuciosamente los pasos que realizará una vez llegado a su destino.

Conoce aquel bosque como la palma de su mano.

No es la primera vez que recorre aquel oscuro camino, recordando cada espacio, sin dejar ninguna huella a su paso.

El cauce del río vibra de fondo, añadiendo más sonido al resto de ruidos del bosque.

Palpita el viento entre los árboles, haciendo oscilar las hojas, facilitando su camuflaje, mientras avanza hasta el último árbol que da fin al bosque.

Se oculta bajo una sudadera oscura con capucha y un pantalón y zapatillas deportivas negras.

Llega hasta el final del camino, aunque este solo existe en su cabeza, como un mapa imaginario, esforzándose en contener al máximo la respiración.

Empieza a escuchar los primeros murmullos, a pesar de ser bastante tarde.

Algunas ventanas aún permanecen iluminadas.

Se agazapa hasta quedar bajo una de las ventanas que se han rendido a la noche y permanece allí en silencio, esperando el momento oportuno para cumplir su misión.

Resulta impresionante el poder de persuasión que puede llegar a tener Minerva.

Me doy cuenta de ello al día siguiente, cuando la veo entrar en la cocina sonriente, haciendo planes para la tarde.

La observo, mientras mastico una galleta, sin articular palabra, esperando que me diga que nos han levantado el castigo, pero no cómo lo ha conseguido.

- He quedado a las cinco en la caja.

- Yo no voy – digo desganada mientras recojo mi taza de la barra de la cocina.

No la miro pero sé que está sorprendida y, a la vez, pensando cómo convencerme para que cambie de opinión.

- Pero, ¿Cómo que no? Los chicos quieren que vayas, les has caído súper bien. Y tienes que reconocer que lo pasaste bien.

Yo sigo en el fregadero, lavando a conciencia mi taza, esperando algo más poderoso que me haga desear acompañarla.

Después de unos segundos de silencio vuelve a la carga.

- ¿Hay algo más interesante que tengas que hacer hoy?

No hace falta que piense demasiado, la respuesta es obvia. NO., pero quiero más empeño por su parte.

- Miguel me ha dicho que tiene una sorpresa.

- Pues muy bien – digo – ya me la contarás si se puede contar.

Noto desesperación en su voz.

- La sorpresa no es para mí – insiste - Es para las dos.

- ¿Y eso como lo sabes? – digo fingiendo desinterés mientras me doy la vuelta.



- Pues porque me lo ha dicho – dice abriendo los brazos.

Ya hace rato que he decidido que iré, pero aún la estoy castigando.

- Te prometo que estaré pendiente del reloj esta vez – implora.

- A las nueve me vuelvo a casa. No te voy a buscar, si estás, te vienes, si no, tú veras con quien te vuelves – aseguro, y eso sí que lo tengo muy claro.

Sonríe satisfecha, pensando que ha ganado un asalto, sin saber que yo la he dejado ganar.

# ALDEA DE LUNA

Calcula el camino que tiene que recorrer sin que nadie le vea hasta la verja de la casa donde tiene que efectuar su misión.

Son pocos metros, pero no puede arriesgarse a que nadie le vea. Y no lo hará. Esperará el tiempo que haga falta.

Es bueno en su trabajo y por eso el líder le ha dado ese cargo. No puede fallar.

Finalmente se apagan las últimas luces y reina el silencio.

Es el momento de actuar.

Se mueve rápido hasta la puerta de metal de la casa. Solo tiene que saltarla sin hacer ruido, es lo más fácil de la misión.

Cruza el pequeño jardín hasta llegar a la ventana. Sabe cuál es porque lleva días vigilando la casa.

Tiene la certeza de que dejan un resquicio abierto en la ventana por donde podrá entrar. Comprueba que está todo como espera encontrarlo.

Perfecto, todo según lo planeado.

Un pequeño salto, sin hacer el mínimo ruido y se cuela en la habitación.

Lleva un pañuelo impregnado en escopolamina. Lo saca y se lo acerca a la boca.

La pequeña solo tiene tiempo de abrir mucho los ojos, asustada, durante unos segundos. Enseguida cae rendida en sus brazos.

En cuestión de minutos se sumerge de nuevo como una sombra en el bosque hasta desaparecer, y llega hasta la guarida, donde la acomoda sobre el colchón y respira aliviado.

Ha cumplido su misión. El líder estará muy agradecido con él.

Al llegar a la caja todo está diferente al día anterior.

No hay bullicio, aunque sigue habiendo gente paseando por los caminos del exterior de los edificios.

Llegamos hasta la puerta verde. Minerva ha quedado allí con Miguel.

Le ha dicho que esperemos ahí. La puerta no se abre desde fuera, al menos nosotras no podremos abrirla. Es por seguridad, le indica, aunque yo me pregunto qué clase de seguridad se necesita en un local donde no se hace nada ilegal.

Miro mi reloj, faltan dos minutos para las cinco. Alrededor del edificio de la puerta verde no se ve demasiada gente, debe ser porque está al fondo.

Finalmente, la puerta se abre desde dentro. Es Miguel y su eterna sonrisa.

- Me alegro de veros – dice, y besa a Minerva levemente en los labios. Me sonrío – Pasar.

Nos adentramos. No hay demasiada gente, pero reconozco a las personas con las que entablé conversación el día anterior.

Inconscientemente busco al chico serio. Me transmite seguridad, creo que le busco por eso.

Rob se acerca para saludarme.

- Ayer no nos dio tiempo a despedirnos, acercaros, estamos hablando sobre el campamento.

Es el mismo grupo del día anterior. Hablan sobre un campamento en Junio. -Tenéis que venir-, me dice una de las chicas, -no sé-, contesto, -¿de qué se trata? ¿Qué es lo que hacéis?-

Me dicen que es en un pueblo cercano, -¿qué pueblo?-, -No sé, no sabemos el nombre, es todo un misterio-. Sonríen. Pienso que me están tomando el pelo por ser la nueva.

-Allí no te aburrirás,, dice Rob, -Hay música, juegos, gente, y sobre todo, muy buen rollo. Te prometo que no te arrepentirás de ir-.

Escucho con atención todo lo que me dicen, todos parecen entusiasmados con el campamento, llevan años esperando poder ir y nosotras estamos invitadas sin más, -es un honor, es que no podéis negaros-, me dicen, como si no ir fuese una aberración.

Miro a mi alrededor, de nuevo buscando al chico serio, pero no le veo.

Hay música de fondo, reconozco una de las canciones del concierto y me sorprendo tarareando su letra.

Mientras canturreo miro al fondo del local y cruzo una mirada con Miguel, que me guiña un ojo al comprobar que estoy cantando una canción suya. Sonríe y me sorprende aún más devolviéndole la sonrisa, mientras bebo un sorbo del botellín de cerveza.

Vuelvo a la conversación, y poco a poco me involucro, queriendo saber más. Puede que sea una buena opción para mis vacaciones...

Se acerca Miguel, junto a Minerva, y me dice al oído que somos las invitadas de honor para el campamento.- No podéis negaros-, dice, -son quince días de música y buen rollo, os aseguro que serán vuestras mejores vacaciones. Y hay playa-, dice mientras me guiña un ojo apretando los labios.

En ese momento ya estoy decidida a ser la Shara atrevida. Me apetece ir, mucho. Y de lejos me encuentro con sus ojos, los del chico serio, que no deja de mirarme, como si me protegiera contra todo lo que pudiera pasarme, y contesto que iremos, mientras acepto un nuevo botellín que me ofrece alguien del grupo y brindamos todos sonrientes por la decisión.

La cara de satisfacción y entusiasmo de Minerva me convence de que es una buena decisión. Me pregunto si él irá también. Le miro sin parar, creo que no beberé más cerveza por esta noche.

Él me devuelve las miradas pero no sonrío, no mueve ni un solo ápice su cara, solo se acerca al grupo cuando ve que Rob me toca el brazo mientras me dice algo que ni siquiera escucho porque estoy observándole a él.

Se acerca hasta mí sin parar de mirarme y me dice al oído que son las nueve.

- Creo que el último autobús sale en diez minutos.

Asiento con la cabeza y le doy las gracias.

- Si queréis puedo acercaros yo – me dice mientras me mira fijamente a los ojos.

Sí que quiero. Busco a mi hermana que, esta vez, no se ha alejado del grupo y está pendiente de que yo dé el pistoletazo de salida.

Y nos acerca hasta casa. Todo ha cambiado ya, en nuestras vidas, nuestro entorno, nuestro cerebro. Pero eso, aún no lo sé.

# ALDEA DE LUNA

Amanece pronto en la villa y comienza la rutina diaria.

Nora se acerca al dormitorio para despertar a Paola, pero no la encuentra acostada en la cama.

Revisa la habitación, nerviosa, la cama está revuelta y su cojín preferido en el suelo.

Corre agitada al interior de la casa para encontrarse con el rostro sobresaltado de Nico, que se teme lo peor.

- Nos ha castigado – murmura aterrizado mientras sale al jardín en busca de aire y algo de la esperanza que acababa de perder.

Grita, aúlla y se arrodilla en el suelo, llorando, implorando al cielo que le perdone.

- ¡Te compensaré! – grita al cielo – ¡pero no le hagas daño!

Nora ha salido corriendo al exterior, revisando el entorno de la casa, gritando su nombre, alertando al resto de habitantes de la comunidad.

Todos sospechan ya que sus vecinos han sido castigados por intento de traición, es lo que se venía rumoreando y temiendo desde hace días, y se introducen en sus casas sobrecogidos y en silencio.

Horas después, la vida en la comunidad, en el exterior de sus casas, vuelve a la normalidad, dejando atrás el lamento de sus vecinos, que lloran e imploran perdón en silencio y ansían que su pequeña siga viva.

Cada día vamos a la caja a las cinco. Apenas usamos el móvil ya, tengo un millón de WhatsApp sin leer, y tampoco me apetece verlos.

Sé que me preguntarán, qué hacemos, donde nos metemos, ya no se os ve el pelo, tenemos que quedar, pero ni siquiera me apetece dar explicaciones, no sé cómo explicar lo que está pasando, ni tampoco quiero.

Veo el teléfono de Patri, que me llama cada día. Tengo unas veinte llamadas perdidas suyas. Sé que no estoy haciéndolo bien, pero también sé que me va a preguntar cosas, las que yo le hubiese preguntado a ella en su lugar, pero ella no lo entendería, ¿para qué intentar aclarar algo que sé que va a prejuzgar como lo haría la Shara precavida?

Y así, sin darnos cuenta, pasan los días, y estamos a punto de organizar todo para ir al campamento.

Minerva se ha encargado de preparar a mi madre. Es un campamento de gente muy sana, mamá.

Mi madre le exige datos, quiere saber con quién vamos y dónde.

Miguel se acerca un día a casa y le explica todo, a su manera, con su sonrisa embaucadora, con la educación de un maestro, dejando frases tranquilizadoras, pero sin dar más datos que los que nosotras sabemos.

En cuanto lleguemos te llamarán, y así estaréis tranquilos, dice Miguel, y podréis hablar tantas veces como queráis.

Yo llevo veraneando allí toda la vida. Van mis padres, de verdad, no tenéis de qué preocuparos.

Enseña fotos. Fotos familiares.

Fotos que terminan de tranquilizar a mi madre, y que, a su vez, tranquilizan a mi padre, que es el más escéptico.

Miguel nos dice que no necesitaremos demasiado allí.



-Llevaros lo justo, allí hay de todo-.

Y aun así, llenamos nuestras maletas de ropa y locura, a partes iguales.

Nos despedimos de papá y mamá y cogemos un taxi hasta la asociación, donde nos espera un coche, como privilegio por ser las invitadas de honor y conducido por el chico serio, que me saca una sonrisa invisible, como deben de ser las tuyas, y que nos abre la puerta con su semblante reservado de siempre, mientras me mira fijamente.

En un lateral, al otro lado de la calle, se sube entusiasmado el resto de gente en un autobús con el mismo destino que el nuestro.

Destino a la villa, donde se supone que nos espera el mejor verano de nuestras vidas.

Hace un calor horrible en el exterior, pero dentro del coche nos acoge el aire acondicionado y huele a ambientador de cítricos y a nuevo.

Observo por la ventanilla, estamos saliendo de Madrid y aun reconozco el camino.

Girasoles, olivos, memorizo los nombres de los pueblos por donde vamos pasando.

Miguel comienza a enseñarnos fotos del campamento. Vamos los tres en el asiento de atrás.

Nos cuenta algunas anécdotas. -Esta es la noche del festival de HARYD.

- Se celebra en la playa, al anochecer. Encendemos fogatas y velas y nos vestimos todos de blanco.

- No habéis sentido nada igual. Nunca vais a olvidar este día - dice sonriendo mientras rememora algún momento.

Habla y habla sin parar, y no podemos dejar de escucharle. Hace rato que ya no miramos por la ventanilla y que ya no sabemos el rumbo que llevamos.

Cuando Miguel deja de hablar, miro de nuevo por la ventanilla y solo veo un camino rodeado de árboles. Árboles enormes que llegan al cielo.

Me asombra ese entorno natural. Nunca había visto algo así. Miro por el retrovisor interior y me encuentro con sus ojos. ¿Qué quieres decirme? ¿Intentas decirme algo, chico serio sin nombre?

Salimos del vehículo. Naturaleza pura.

Huele a pino, a flores, a mar.

Noto mi cuerpo pegajoso, lo común en las zonas de costa.

Nos quedamos paradas junto al coche, observando todo cuanto nos rodea.

- Vamos – nos apremia Miguel, mientras avanza por el sendero.

A lo lejos, de momento, solo se ve camino y arboles a los lados, como recibiéndonos.

Son enormes, me sorprende su altura y el sonido que emiten sus copas al mecerse con el viento.

Miro hacia atrás. El chico serio nos observa en silencio. Con su habitual postura respetuosa. Entrelazando sus manos en la parte delantera de su cuerpo. Subiendo mucho los hombros.

Me pregunto por qué no avanzamos en el coche. El camino se ve interminable y parece transitable.

- Y ¿las maletas? - pregunto mientras les veo adelantarse y me quedo, como siempre, rezagada unos pasos atrás.

- No te preocupes por eso, luego las llevará Eloy.

Tiene nombre, joder, pienso, ya era hora de ponerle nombre. Y respiro aliviada, olvidándome de la maleta, del lugar desconocido, de la altura de los árboles y de mi preocupación por el largo camino que nos espera hacer a pie, sin entender por qué.

Cuando llevamos más de quince minutos caminando, me alegro de llevar zapatillas cómodas y me pregunto cuánto quedará aún por llegar.

Me doy cuenta que Eloy me transmite seguridad al dejarle atrás. Ya no se ve el coche y eso me causa incertidumbre.

- Ya casi estamos – dice Miguel, cuando estoy a punto de preguntarlo yo.

Miro mi móvil pero no hay cobertura.

Parece que el bosque se acaba de repente para dar paso a un claro, donde se pueden ver varias cabañas bastante sencillas.

Hay varias cosas que me llaman la atención. Parecen llevar todos, la ropa del mismo color. Las mujeres llevan vestidos blancos y largos y los hombres van también de color blanco, con camisas de lino y pantalón largo.

Supongo que será por la fiesta de la que nos hablaron.

Me paro para observar desde allí el poblado.

Se puede apreciar la línea azul del mar, que parece empezar a unos kilómetros de distancia.

Bajamos por un camino escarpado hasta el camino de tierra que lleva al poblado y seguimos a Miguel, que nos va comunicando que nos recibirá Jhanna, una especie de guía superior espiritual, nos informa. -Es casi la más respetada de la villa, después del líder, así que somos unos privilegiados al ser recibidos por ella-.

Tengo mil preguntas que hacer en ese momento, ¿ha dicho líder?, ¿guía espiritual?, ¿dónde estamos?, ¿seguro que esto es un campamento?, ¿cuándo puedo llamar a casa?... pero Jhanna ya ha venido a nuestro encuentro y desprende un brillo increíble en su sonrisa y en sus ojos, en su voz y en el abrazo que me da nada más verme.

Es rubia, muy guapa, delgada y lleva una trenza muy larga a un lado.

Lleva un vestido blanco largo, muy parecido al del resto de gente, pero no es igual.

Tiene unos hoyuelos en las mejillas que transmiten inocencia.

No para de sonreírnos.

- Os va a encantar - nos dice mientras coge mi mano y se adelanta conmigo.

Por primera vez me siento protegida después de dejar a Eloy junto al coche.

- Os enseñaré vuestra cabaña - me dice mientras me mira y me sonrío. Tiene una risa especial que no sabría definir, pero que me tranquiliza y hasta me contagia. Sonrío yo también.

Podría preguntarle todas mis dudas, pero decido esperar.

Mientras caminamos hacia la cabaña nos cruzamos con gente que sigue en sus cosas, sin darnos demasiada importancia. Miradas fugaces, como de curiosidad, pero sin prestarnos excesivo interés.

- Y aquí es – dice abriendo los brazos como cuando se abre un telón.  
Avanzo y asomo la cabeza tras la puerta.

Es una cabaña pequeña, pero muy ordenada. Quizás del tamaño justo para ¿las dos?

Observo a Jhanna, que sigue mirándome, sonriente, esperando mi aprobación.

- Es perfecta – digo, sin saber si lo pienso yo, o es ella la que ha escrito esas palabras en mi mente.

Vuelve a sonreír. Esta vez es una sonrisa de satisfacción, mientras me observa durante segundos en silencio.

- No sé dónde están nuestras maletas – digo por fin para romper esa pausa.

- Tranquila. Aquí no os hará falta nada. En la cabaña tenéis de todo. Ahora os dejaremos solas para que podáis ducharos y cambiaros de ropa. Sois nuestras invitadas de honor.

- Y ¿por qué de honor? – pregunto por fin, intentando calmar la curiosidad y preocupación que siento.

De nuevo una enorme sonrisa.

- Ya lo averiguareis. No hay prisa. Todo a su debido tiempo.  
Sus palabras, lejos de tranquilizarme, causan el efecto contrario. En seguida se da cuenta.

- Shara, sé que toda esta incertidumbre te causa temores y no terminas de sentirte cómoda, pero en unas horas estarás integrada por completo, créeme. Lo que ocurre es que aquí el tiempo pasa diferente al de ahí fuera – se sienta junto a mí en el borde de la cama. Minerva no sé dónde puñetas se ha metido y me siento como en una encerrona, ahí sola con la chica rubia, aunque en el fondo me cae bien, sin saber por qué – Este lugar es naturaleza pura, Shara. Aquí todo se vive diferente, ya te irás dando cuenta. Se respira aire puro, paz y no existen los malos rollos. Te habrás fijado que todos vamos vestidos igual. Es porque todos somos iguales, no queremos que haya diferencias entre unos y otros por cosas materiales.

- ¿Todos vosotros vivís aquí? – me lanzo a preguntar.

- No todos, mucha gente viene temporalmente, como vosotras. Algunas personas vienen a aprender, a superarse. Pero tú no te preocupes por eso ahora, habéis venido a pasar unos días en los que lo pasareis fenomenal y te aseguro que nunca olvidareis. Y eso es lo importante. Ahora te dejo sola, puedes ducharte tranquilamente y vestirte. Ahí en el dormitorio tienes la ropa.

- Y ¿mi hermana?

- Ah, sí, tú hermana... Miguel estará enseñándole algunas cosas, les diré que no se retrasen mucho.

Sonríe y me besa en la mejilla, mientras retira un mechón de pelo de mi cara.

- Tengo que llamar a casa, se lo prometí a mi madre – digo casi en un susurro.

- Creo que Miguel se habrá encargado de eso con tu hermana, no te preocupes. Hay pocos sitios con cobertura aquí, y la habrá acompañado para que hable con tu madre. – deja un silencio acompañado con su frecuente sonrisa - En un rato vendré a buscaros.

Y así desaparece tras la puerta, dejándome ahí sentada, preguntándome si no me habría equivocado al dejar la Shara sensata en la ciudad, la que no se metía en líos ni arriesgaba. Pero para dar respuesta a esas preguntas aun tendría que esperar.



## ALDEA DE LUNA

Nora está dispuesta a todo por recuperar a su hija. Se acerca a Nico y le suplica que vaya a ver a Shisvá.

- Algo podremos hacer – insiste, con los ojos cubiertos de lágrimas.

Él la besa en la frente y asiente con la cabeza.

Cuando se da la vuelta, en dirección contraria a la casa, ella le llama, con un nudo en la garganta.

- Ten cuidado Nico.

Él no dice nada, solo la mira y se marcha cabizbajo, sin saber si volverá a la casa, ni a lo que se enfrenta a partir de ese momento.

Sabe que Shisvá no le recibirá sin más. Nadie se acerca a él sin haber pasado primero por sus discípulos.

La cabaña de Theo está bastante alejada del camino.

Se encuentra en la playa, junto con los más allegados a Shisvá.

Allí está su personal de seguridad, su secretaria y sus discípulos.

Al llegar a la puerta de Theo se detiene en seco. Tiene miedo, pero es necesario hacer algo. La vida de su hija está en peligro. Y todo por culpa suya.



Minerva irrumpe en la cabaña como un tsunami.

Está eufórica, casi no la reconozco.

Yo me acabo de duchar y estoy terminando de secarme el pelo con una toalla, sentada en el borde de la cama, aun desnuda porque no he encontrado la ropa interior.

- ¿Has llamado a mamá? – la pregunto.

Es lo que más me importa en ese momento.

- Claro que si – dice ella mientras cierra la puerta de la entrada – hemos tenido que ir bastante lejos, no hay casi cobertura aquí.

- ¿Y que ha dicho mamá?

- Pues que va a decir – dice como si tuviese que saberlo – que lo pasemos bien y tengamos cuidado, y todo eso, ya sabes.

Claro, pienso, lo normal cuando uno va a un campamento o a cualquier otro sitio lejos de mamá.

Acabamos de llegar, a ver si la Shara comedida es capaz de dejarme vivir por unas horas, joder.

Envidio la tranquilidad de mi hermana y cómo lo está viviendo ella y, en ese momento, decido que ya está bien. Que aún no ha pasado nada malo, ni tiene por qué pasar.

Que quiero disfrutar de la fiesta en la playa, y de esas vacaciones, solas, que nunca hemos vivido.

Me gustaría también ver al chico serio, ahora que, además, tiene nombre.

Mientras pienso todo eso, Minerva se ha metido en la ducha y yo intento encontrar la ropa interior, pero creo que no nos han dejado nada parecido ahí.

Pues nada, pienso, naturaleza en todos los sentidos, libre como nunca en mi vida, pienso sonriendo, a pesar de que me cuesta estar cómoda así.

Lo comento con Minerva y reímos juntas.

- Mientras no te levantes el vestido nadie se dará cuenta, si nos llega a los pies
- dice mientras comprobamos, desfilando por la estancia, que el vestido no se transparenta, y eso me hace sentir más tranquila.

No nos da tiempo a aburrirnos, ni a pensar.

Unos golpes en la puerta nos sacan de nuestra conversación y, al abrir, me encuentro con la sonrisa de Jhanna.

- ¿Listas? – pregunta.
- Listas – afirmo yo, devolviéndole la sonrisa. Dispuesta a disfrutar por primera vez de la experiencia.
- Están muy bellas, señoritas – dice con su voz dulce. Tiene una forma peculiar al hablar.

Minerva da una vuelta sobre sí misma, cogiendo de ambos lados su vestido, sonriente, dejando que su pelo liso y suelto vuele en el aire.

Salimos las dos al exterior, a reunirnos con Jhanna, y ella nos agarra del brazo, posicionándose en el centro, avanzando como si danzáramos, en dirección a la playa.

## ALDEA DE LUNA

Nico respira hondo. Llegó el momento, piensa. Da unos golpes suaves en la puerta y espera muy quieto.

Su respiración suena más alto de lo que le gustaría.

Respira hondo, intentando relajarse para evitar que le traicionen los nervios.

No se escucha nada al otro lado de la puerta. Quizás Theo no esté... durante unos minutos se debate entre dudas.

No puede volver a casa sin haber hecho nada. Tan solo un intento de algo, un paseo a la playa, no puede permitirse volver de vacío, tiene que pensar en otras opciones.

Se abre la puerta. Theo le observa, con su melena hasta los hombros, su barba bien cuidada, vestido de blanco y descalzo.

No se asoma demasiado, le observa mientras sujeta la puerta desde dentro.

- Tengo que hablar contigo – suelta Nico a bocajarro.

Theo no habla, con su mirada le invita a entrar y cierra la puerta tras de sí.

Avanza con seguridad hasta el fondo de la estancia. Su casa no tiene nada que ver con las de los habitantes de la comunidad.

Es muy amplia, da sensación de la libertad que a él parece faltarle en la suya. Allí no siente la claustrofobia que siente en su cabaña, a pesar de que las circunstancias no son de lo más agradable.

Theo alarga su brazo, sin articular palabra, invitándole a sentarse en el sofá.

Nico está sudando, se frota las manos, nervioso, sin saber cómo empezar.

Observa a su alrededor. Las paredes son blancas y también el sofá. Lo único que da algo de color a la casa es el suelo, de madera, color nogal.

- No tengo todo el día – dice, al fin, la voz serena y grave de Theo.
  
- Si... perdón, lo sé.

De nuevo un silencio. Nico intenta recordar el guion que lleva ensayando durante su trayecto a la playa, pero ahora, debido a los nervios, no recuerda como empezaba.

Recuerda la base y eso es lo que importa... o no. Quizás la forma de empezar la conversación sea la clave... pero eso ya da igual porque la mirada impaciente de Theo le devuelve a la realidad.

La fiesta de esta noche es la fiesta anual de HARYD.

Es la más importante del año, pero mucho más importante será la fiesta del SPIRITECO, que se celebra en dos meses.

Jhanna nos cuenta, mientras caminamos de su brazo hasta la playa, que llevan esperando cien años este momento.

- Pero cien años es mucho tiempo – digo yo, sorprendida, pensando que Jhanna no pasa de los veinticinco.

Ella me sonrío, mostrando sus hoyuelos una vez más.

- Mucho tiempo, Shara – Repite.

Mira al cielo, cerrando los ojos.

- Mi abuela me habló del Spiriteco desde que tengo uso de razón, lástima que ella no va a poder disfrutarlo aquí, entre nosotros, pero está claro que ella cantará con nosotros a través de nuestros corazones.

Tengo mucha curiosidad por esa fiesta.

- ¿Qué se celebra?

- Tiempo al tiempo, chica curiosa – me dice, de nuevo, sonriente.

## ALDEA DE LUNA

Nico comienza su discurso. Le tiembla un poco la voz, a pesar de hacer un verdadero esfuerzo por controlarlo.

- No era nuestra intención saltarnos las normas.

- Para – sentencia Theo malhumorado – si vas a mentir puedes desandar el camino que has recorrido para nada.

Nico se revuelve en el sofá, más nervioso aun. Debe cambiar el plan, algo que imaginaba, aunque debía intentarlo.

- Cometimos un error – dice suspirando mientras agacha la cabeza. No se atreve a mirarle a los ojos – lo hicimos por ella, solo por ella.

Theo le observa, no le interrumpe.

Nico levanta un poco la mirada para observar que no piensa ayudarle y debe seguir implorando.

- Por favor, habla con él. Necesitamos que vuelva a casa. Haré lo que sea.

Theo se levanta del sofá.

- ¿Acaso no confiabais en lo que se os ofrecía? – pregunta, mientras se da la vuelta para lanzarle una mirada de reproche.

- Teníamos miedo, miedo por ella, pero ahora nos hemos dado cuenta del gran error que hemos cometido, señor. No volverá a ocurrir.

Theo da vueltas por la estancia. Meditando. A Nico le desespera tanta demora pero no le queda más remedio que aceptarlo así.

Pasa un buen rato hasta que Nico decide intervenir de nuevo.

- Señor, haré lo que sea, lo que sea.

- ¿También tu esposa está dispuesta a hacer lo que sea? – dispara de repente, como si ya hubiese tomado una decisión.

No habían hablado de eso. No habían barajado esa posibilidad. Solo un castigo para Nico. El que fuera, incluso la muerte en el peor de los casos, pero nunca habían pensado en ella.

Debía decidir rápido, pensó en su mujer. Haría lo que fuera por salvar a la niña, seguro, pensó.

- Por supuesto – contesta con voz firme.

- Hablaré con él. Pronto tendréis noticias. Vuelve a casa.

Nico se levanta y se dirige a la puerta sin mirar atrás. Siente su mirada clavada en su espalda.

Se aleja por el camino preparándose para darle la noticia a su esposa.

Se oyen murmullos.

En la playa hay algunas casas, no demasiadas, mucho más grandes que las cabañas de dónde venimos.

Se ve gente sentada en círculo y también gente de pie, charlando.

Hay mesas rectangulares, muy largas, adornadas con manteles blancos, vasos, y algo para picar.

En los extremos de las mesas hay cubos enormes con hielo y bebidas.

Está atardeciendo y, la verdad, tengo algo de hambre.

Hay ramilletes de flores por las mesas y algunas chicas llevan el pelo adornado con ellas. Sonríe pensando que podría llamarse “Fiesta de la primavera”. Y que podríamos estar en Ibiza, si no fuera porque nos hemos movido en coche.

La gente sonríe mucho.

Se escucha música de fondo. Hay una especie de escenario, con dos antorchas a los lados en el que hay una chica cantando con voz muy suave. Junto a ella un chico con un violonchelo enorme que casi le tapa todo el cuerpo.

La música me seduce. Me gustaría acercarme más a escuchar, pero nos va guiando Jhanna y no parece tener esa intención.

Hay gente bailando muy suave al son de esa melodía que me eriza el bello de los brazos.

Me encanta la música, siempre ha formado parte de mí. A veces, cuando estoy sola, canto, y disfruto mucho haciéndolo.

También escucho mucha música, me gustan todos los estilos, cada uno para su momento.



Jhanna nos dirige hasta un grupo de personas que se encuentra junto a otra plataforma, esta vez tan solo acompañada de un micrófono, adornado con margaritas a lo largo del pie que lo sujeta.

Avanzamos junto a Jhanna que, como siempre, sonriente, se para junto al grupo, compuesto de dos hombres y una mujer.

- Son Theo y Oriol - Dice, señalando a dos chicos, uno más apuesto que otro, a mi parecer - Y ella es Olimpia, nuestra enlazadora espiritual. Los tres son de suma importancia en el crecimiento emocional de nuestra aldea. Sin ellos no sería nada igual. Ellos se encargan de mantener el equilibrio... tan importante – continúa hablando de ellos con visible orgullo, apretando sus manos y acariciándolas, derrochando amor por todos los poros de su piel.

Siento esa importancia, se respira. Transmiten seguridad solo con su presencia e irradian una sonrisa de agradecimiento por sus palabras.

- Ellas son Shara y Minerva – dice Jhanna, mientras ellos nos acercan sus manos, acariciándolas, asintiendo con la cabeza, hasshá, me parece escuchar en un breve susurro, o algo parecido, lo que interpreto como un saludo al que yo solo acierto a decir. “Encantada”.

Ciertamente, me siento un tanto estúpida en ese momento, pero ellos no parecen darle ninguna importancia a aquello, y Jhanna, con su eterna sonrisa, se despide de ellos con la misma palabra, y esta vez, me aseguro de escucharla bien, para la próxima.

# ALDEA DE LUNA

Nico llega hasta la puerta de su casa y respira hondo. Es el momento de transmitir la noticia a su mujer.

Durante el trayecto ha estado llorando, tiene una señal en las palmas de las manos de apretar los puños.

Malditos sean, piensa.

Avanza muy lentamente, demorando el momento, hasta la puerta principal, atravesando el pequeño patio exterior donde ondean dos sábanas blancas y un vestido de Nora.

La puerta se abre y no le da tiempo a reaccionar. Ella nota en su cara que algo no ha salido bien y se derrumba.

Se arrodilla en el suelo, él llora. Ella también.

- ¿Qué le han hecho a mi niña? – pregunta suplicante mientras le mira.
- Creo que ella está bien, Nora. Aceptan un trato.
- ¿Entonces? – Pregunta confundida.
- Quieren cambiarla por ti.

En un principio, Nora se queda callada, en silencio, intentando digerir la noticia. Su cara es de terror, no sabe lo que querrán hacer con ella, pero finalmente se levanta del suelo y le abraza.

- Eso significa que está viva – le dice al oído entre susurros – y eso es lo que importa.



Miguel nos saluda a lo lejos.

Minerva se emociona mucho al verlo y le hace gestos con la mano dando muchos saltos.

Yo me giro junto a Jhanna, que me anuncia que podemos disfrutar de la fiesta.

- Yo estaré por aquí por si me necesitáis. Cuando queráis volver a la cabaña sois libres de hacerlo. No hay llaves en las puertas. Disfrutad mucho.

Se aleja mientras yo me quedo allí parada.

Miro a Minerva, que le da la mano a Miguel.

- Voy a acercarme al escenario – le digo sin esperar a que ninguno de los dos me dé su aprobación.

Y me alejo de ellos sin mirar atrás, decidida a disfrutar de aquello, eligiendo dónde y con quién quiero estar.

# ALDEA DE LUNA

Nora y Nico esperan pacientemente durante dos días a que alguien se ponga en contacto con ellos.

El tiempo pasa lento, muy lento esperando, y Nora lleva días sin pegar ojo.

Cae la noche una vez más, mientras no para de preguntarse dónde y en qué estado se encontrará su pequeña. Lo demás no importa, aunque no puede evitar pensar en ello también.

Siente un crujido en la entrada y se gira sobresaltada en dirección a la puerta. Nico ha caído rendido y no parece haber escuchado nada.

Nora abre mucho los ojos, sin atreverse a levantarse.

Observa la manilla de la puerta que se gira lentamente. Se sienta sobre la cama, está asustada, pero se prepara para cualquier cosa.

Aprieta el brazo de Nico sin girarse para no perder visión de la puerta.

Siente como Nico se incorpora junto a ella y esperan en silencio.

Una sombra se adentra en el dormitorio. Lleva a su niña en brazos. La deja sobre la cama. Parece dormida.

Nora se desplaza unos centímetros para abrazarla, pero la sombra la agarra de la muñeca y le acerca un pañuelo a la boca. No le da tiempo a despedirse. Solo aprieta los ojos, dejando salir las lágrimas y se rinde al sueño.

Nico observa, no puede ver quien es aquella sombra que se mueve tan rápido. Le ve salir pero es inútil, no puede hacer nada. Es el trato. Abraza a su pequeña, suspirando aliviado al sentir que ella respira, profundamente dormida.

Me he sentado en un lado del escenario, algo apartada, para no llamar la atención.

Desde ahí escucho la música, puedo disfrutar de ella con los ojos cerrados.

Al cabo de unos minutos la siento tan dentro de mí que puedo tararearla.

La chica que canta es muy blanca de piel, y tiene el pelo color azabache y los ojos claros.

Parece sacada de una película, diría que podría ser de zombis. Es muy guapa y tiene una voz suave y dulce que te impulsa a cerrar los ojos.

Alguien me da un toque en el pelo y me vuelvo a mirar, sobresaltada.

Es Mahi, una de las chicas que conocí en la caja. Me ofrece un botellín de cerveza mientras me sonrío.

Me levanto, para no parecer desagradecida, pero acaba de romper mi momento.

Bebo un trago mientras miro a mi alrededor.

Ha venido más gente. Todos parecen pasarlo bien.

Entre las cabezas de la gente, al fondo de la fiesta, casi apartado de todo, me encuentro con esos ojos serios y tan brillantes, y entonces sí, entonces sonrío de verdad, a aquellos ojos que me observan y que, no sé por qué razón, me atrapan y me hacen olvidar cualquier miedo o preocupación.

Hasta el momento, el único motivo que hace empujar a la Shara atrevida y a pisar mis vergüenzas.

Él no aparta su mirada. Está haciendo su trabajo, supongo, será estar ahí, proteger, no a mí, a la gente de la fiesta. Pero yo me alegro que este ahí, y que solo me mire a mí. Al menos de esa manera.

# ALDEA DE LUNA

Nora escucha su propia respiración. Intenta moverse pero su cuerpo está paralizado, como si estuviese atado.

Intenta abrir los ojos para averiguarlo pero le cuesta mucho enfocar. Pestañea. Por fin siente que puede abrirlos del todo pero solo ve un color gris, borroso.

Respira hondo, intenta ser ella quien lleve el ritmo de su respiración y controlarla, como la enseñaron una vez.

Poco a poco recupera el ritmo normal de su respiración y puede empezar a visualizar algunas cosas. Aun no puede mover bien el cuello, parece que está en una habitación oscura. Toca con la palma de su mano la base sobre la que esta tumbada. Parece una sábana, supone que esta sobre un colchón.

Huele a humedad. Hace un gran esfuerzo para mover su cuello. Le duele. Paredes grises, como ladrillos. En el suelo distingue una botella de plástico llena de agua, deduce.

No se oye nada, solo silencio.

De nuevo un gran esfuerzo para mover el cuello hacia el otro lado, solo pared. La acaricia, sin poder doblar el brazo, con la mano. Es rugosa, si, parece ladrillo.

De nuevo vuelve a su postura original, derrotada por el esfuerzo. Agudizando el oído para intentar averiguar algo más, en aquella postura rígida, esperando que se le pasen los efectos de lo que sea que le hayan dado.

Dejando resbalar las lágrimas por su rostro, pero con una sonrisa de satisfacción al recordar que su hija está en casa, a salvo.

Karma.

Así empieza el discurso de ese chico, bastante apuesto, vestido con camisa blanca, desabotonada en el pecho y pantalones de lino blancos.

Está descalzo y tiene el pelo algo largo y ondulado, muy fino. Tiene una barba bien arreglada, ojos color miel y una mirada profunda que hipnotiza.

Karma, repite en cada frase, dando sentido a aquella palabra que yo he escuchado tantas veces e, incluso, utilizado, pero en plan gracioso, con mis amigas.

Sé lo que significa ¿quién no? Pero nunca le he dado la importancia que, al parecer, merece.

Karma es una palabra sagrada. Le escucho con atención. Sabe expresarse. Tiene el poder de dibujar en nuestra mente con sus palabras.

Y de esa manera consigo imaginar que el Karma es como el depósito de combustible de un vehículo.

Cuantos más actos generosos y positivos realizas en la vida, el depósito se va llenando de rayitas multicolores, pero baja el doble cuando realizas algún acto negativo o insidioso.

Así que, parece ser hartito complicado llenar el depósito.

Pero allí estamos, algo nos ha llevado allí, somos elegidos por el universo por alguna razón y tenemos el privilegio de estar allí para aprender, y todo tiene truco, explica, acaparando la atención, aún más si cabe, de todos los asistentes.

- Aquí aprenderéis todo eso. Y llegaréis a llenar vuestro depósito de energía positiva, lo que hará de vosotros personas de gran éxito -

Y ahí, ya ha conseguido ganarse a todos.





## ALDEA DE LUNA

Nico besa a su pequeña por toda la cara. Huele a jabón. Al menos no parece que la hayan tratado mal.

La examina bien. No tiene arañazos, moratones, ni signos de haber sido castigada.

Su mirada de tristeza es lo que más le destroza.

- ¿Te han hecho daño, mi amor?
- ¿Dónde está mamá? – pregunta ella en un hilo de voz.

Nico no está preparado para eso. Es Nora la que siempre tiene respuestas para todo.

La mira en silencio, sin saber qué decirle. Se arrodilla frente a ella y le acaricia la mejilla, intentando buscar la palabra correcta.

- Ha tenido que ir a un sitio – suelta sin más – pero volverá pronto.
- ¿Lo prometes?
- Claro – dice él, con un nudo en la garganta mientras la aprieta contra su pecho para que no pueda ver sus lágrimas.

Durante unos minutos le sostengo la mirada. Llegan Rob y algunas personas más con botellines para nosotras.

Bailamos. El sol está desapareciendo y me siento bien.

Reímos con las ocurrencias de Vera. Es muy natural, habla sin filtros, sin reparos.

Todos reímos. Alguien me ofrece una especie de tabaco de liar. No fumo, le digo. Prueba, te gustará, no sabe a tabaco. No, no, de verdad, insisto. Shara prudente, no dejes que la cerveza te convenza, pienso mientras estoy a punto de ceder si vuelve a insistir.

Miro al fondo buscando, de nuevo, sus ojos protectores, pero no está. Me giro en todas direcciones, donde estás, chico serio.

No le veo por ningún lado, me encuentro con el cigarro en mi mano, no sé cómo ha llegado ahí, yo estaba buscando... Vera me sonrío, vamos muñeca recelosa... a ver si crees que la calada de un cigarro acabará con tu vida.

¿Es droga? Pregunto y todos ríen de forma estrepitosa ¡claro que no!

Todos me observan, soy la única que no ha probado aquello, quizás debería salir la Shara atrevida... mi mano se acerca a mi boca y doy una calada a aquel humo que casi me ahoga, pero que provoca una risa nerviosa después, seguida de una carcajada del resto.

Bebe un trago, ahora sí que eres de los nuestros, dice Mahi, y bebo, no un trago, ni dos. Acabo con lo que queda de la botella mientras vuelvo a buscar sus ojos, y me los encuentro, de bruces con los míos. ¿Puedes acompañarme? Me dice al oído, como siempre, muy serio, mientras todos se separan un poco de nosotros, siguiendo a lo suyo.

Yo le miro, sonriente, a punto de derretirme allí mismo, sintiendo que vuelo de repente, y ya no sé si es la cerveza, el humo que acabo de inhalar o el roce de su mano tocando mi brazo.

# ALDEA DE LUNA

Nora sabe que lleva demasiado tiempo ahí tumbada y aún no siente los músculos de las piernas. Puede mover los dedos de las manos pero tiene los brazos rígidos.

Tiene la boca seca y cree que se ha orinado encima.

Le vienen lágrimas a los ojos y no puede evitar caer en un sollozo largo y clamoroso.

Lo deja salir, necesita que salga toda esa furia y miedo que lleva dentro.

No quiere suplicar. Cualquier cosa que haga puede jugar en contra de su hija. Solo se desahoga y espera a que ocurra algo.

Observa la botella de agua pero la siente inalcanzable.

Hace un gran esfuerzo por intentar ponerse de lado, haciendo fuerza con los rígidos brazos sobre el colchón.

Después de intentarlo durante mucho tiempo casi lo consigue, pero en el último momento su cuerpo cede y vuelve a caer sobre su peso.

De nuevo llora de impotencia. Ha usado todas sus fuerzas y necesitará un buen rato para recuperarlas de nuevo.

Llora en silencio, apretando mucho los labios hasta que cae rendida a un sueño profundo de nuevo.

Nos apartamos del grupo discretamente.

No hablamos, yo estoy esperando a que comience él.

Tengo la sensación de que va a echarme una gran bronca, por ser tan irresponsable, y además sé que me la merezco.

No dice nada, caminamos en silencio, en dirección a las cabañas. Creo que preferiría esa bronca al silencio que estoy soportando.

Me detengo y le miro. Él sigue caminando hasta que comprueba que no continúo.

- Vamos – me dice muy serio, mirándome de reojo.

- ¿A dónde? – pregunto, aunque intuyo que quiere acompañarme hasta la puerta de la cabaña.

No contesta. Le sale un suspiro de desesperación. Me acerco mucho a él, mientras le miro fijamente.

- Es mejor que vayas a descansar – dice al fin. Esta vez evita mirarme.

- ¿Ah, sí? ¿y eso por qué?

- Porque es donde más segura estás en este momento. Mañana lo verás todo diferente.

Puede que tenga razón. Siento que estoy demasiado desbocada. Podría lanzarme a su cuello en este momento, y besarle. Es lo que desearía hacer.

Él me mira fijamente a los ojos y siento el roce de su mano en la mía. Siento que se me eriza el bello de los brazos.

Hemos llegado a la puerta.

Abre y se echa a un lado. Le miro. Me encantaría que pasara adentro.

- Descansa – me dice mientras se hace a un lado para dejarme pasar y cierra la puerta.

Me quedo mirando durante segundos la puerta. Vaya...

# ALDEA DE LUNA

Nora intenta ponerse en estado de alerta. Parece haber escuchado un crujido, o puede que haya sido en sueños.

Abre los ojos lentamente pero parece que pesaran demasiado, o podrían estar pegados con pegamento. Hace un esfuerzo sobrehumano para abrirlos e intenta enfocar para poder ver algo más que un borrón de luz en el techo.

Pasos. Sí, no es un sueño. Pasos que se acercan. Le parece interminable, deduce que debe ser un largo pasillo.

El corazón le va a mil por hora. No sabe que le depararán esos pasos. Intuye que nada bueno, pero prefiere cualquier cosa a estar ahí tirada sin poder moverse.

Los pasos se oyen muy cerca. Se detienen. Y la puerta se abre violentamente.

En su posición no alcanza a ver la puerta ni quien ha entrado.

Al fin ve que se acerca. No le conoce, jamás le ha visto, pero no tiene cara de buenas intenciones.

- Te has meado encima – dice como presentación – joder, que asco.

Nora aprieta los labios. Le contesta sin abrir la boca, solo para desahogarse por dentro. Y que esperabas, se dice, si no puedo mover un puñetero dedo.

La coge de las muñecas para intentar incorporarla.

- Ayuda un poco, joder.

Nora le mira con rabia. ¡Que no puedo! ¿Es que no lo ves? Le grita sin voz. Le escupiría a la cara, le abofetearía, pero no puede moverse y tampoco sería buena idea, por el bien de Paola.

Consigue ponerla de pie, aunque ella parece una muñeca de trapo y se le doblan un poco las rodillas.

- Muévete – dice él, mientras, prácticamente, la arrastra por el pasillo. Un pasillo eterno, igual que el de un hospital. Silencioso, frío y tan solo acompañados de los focos del techo.

De vez en cuando le fallan las piernas y cae al suelo, pero tiene que levantarse como sea, porque él no para, algunos tramos arrastra las piernas, hasta que consigue incorporarse un poco, y ya empieza a notar que le escuece la piel. Sospecha que al arrastrarse por el suelo está haciendo herida.

Llegan a una especie de baño enorme, de azulejos blancos.

La despoja de la ropa y la deja desnuda en el suelo. Nora se tapa con las manos los pechos y se arruga junto a la pared.

Observa como él se acerca a la pared de enfrente y enciende un grifo mientras agarra con fuerza una manguera.

El agua la sorprende con fuerza. Le duele. Lloro, tapada por el ruido que hace la propia presión del agua.

Le oye reír.

La insulta, la llama puta rata y muchas otras cosas.

Cuando para de caerle agua consigue moverse. Parece que han remitido los efectos de las drogas que debieron suministrarle.

El vuelve a acercarse y la agarra con fuerza de las muñecas de nuevo para levantarla.

La arrastra por el suelo mojado mientras ella solo acierta a ver sus botas.

Alguien entra en el aseo.



- ¿Eres imbécil o qué? ¡ahora habrá que esperar a que se curen las heridas!  
Levanta del suelo – dice la otra voz – y tú sigue a lo tuyo.

El segundo hombre se pone en cuclillas ante Nora y la mira sonriente.

- Tendrás hambre – le dice – levántate.

En el sopor de la noche ni siquiera he advertido la entrada de Minerva, pero al abrir los ojos la distingo, arrugada, entre las sabanas.

Me levanto cuidadosamente para no hacer ruido y me dirijo a la ventana.

Llevo puesta una camiseta blanca, bastante ancha, que no recuerdo ni como me puse anoche.

No parece haber aún mucho movimiento a pesar de que ya es de día.

¿Qué hora será?, me pregunto, y me dirijo a la habitación en busca de mi móvil.

No sé dónde lo he puesto. Rebusco en el cajón. Unos golpes en la puerta me sacan de mi empeño por encontrarlo.

Minerva se despereza en la cama mientras yo me dirijo a abrir. No llevo ropa interior, recuerdo, pero la camiseta me tapa todo lo que quiero ocultar.

Jhanna me espera al otro lado, como siempre, equipada con su sonrisa.

- Vestiros, vamos a la playa, quiero que veáis esto.

Nos vestimos mientras ella nos ofrece un par de cafés en vasos desechables.

Salimos al exterior y nos acoge una brisa fresca.

Avanzamos entre las cabañas, en la misma dirección del día anterior.

- He buscado mi móvil y no lo he encontrado – digo en alto, rompiendo el silencio.

No paro de pensar que han debido quitármelo, y también me pregunto por nuestras maletas, reprimiéndome a mí misma no habérselo preguntado la noche anterior a Eloy, pero no estaba yo para preguntas de ese estilo.

Jhanna me mira sorprendida.

- Se quedaron en las cajas de seguridad – dice Minerva con naturalidad – olvide decírtelo.

- ¿En las qué? – pregunto sorprendida.

- Vaya... lamento no haberte explicado esto, Shara, di por hecho que tu hermana... bueno, como te dije, aquí venimos a desconectar. No te preocupes por tus padres porque están informados. Los móviles se requisan en una caja fuerte en la cabaña de recepción. Nadie puede usarlos aquí dentro. No los necesitamos. Se trata de relajarse, disfrutar y no pensar en nada más. Ni noticias del exterior que puedan romper nuestro estado de bienestar, ni relojes, ni nada de tecnología. No lo necesitamos.

- ¿Y nuestras maletas?

- ¿Crees que necesitas urgentemente algo de lo que llevabas en el interior de tu maleta Shara?

Permanezco en silencio, recordando lo que metí allí dentro.

En realidad, lo único que echo de menos es la ropa interior, pero sé lo que Jhanna dirá al respecto, así que me lo ahorro y simplemente suelto un “No”, algo desgano, mientras llegamos a la playa, a contemplar, ante mi asombro, a cientos de personas sentadas en el suelo, en posición de loto, dispuestas, supongo, a practicar yoga, o algo parecido. ¿De dónde ha salido toda esta gente?

Jhanna me lee el pensamiento.

- Son nuestros asistentes al curso.

Todos ellos acuden a nuestra aldea a disfrutar de la naturaleza y nuestros exitosos cursos.

Y ahora disfrutad de vuestro gran privilegio de asistir como invitadas. En silencio.

Y desaparece entre la gente, mientras todos vuelven la cabeza para mirarla con devoción, hasta que llega al frente de todos ellos y les recibe con un “Bonveno” que me descoloca.

Alguna vez asistí a un par de clases de yoga en el gimnasio, pero siempre comenzaban con NAMASTÉ, así que eso debía ser otra cosa.

Seguidamente juntan sus manos y bajan la cabeza a modo de saludo.

Todos, al unísono, la responden, mientras Minerva y yo nos sentamos a ver aquello.

Minerva les imita, y lo hace tan bien que dudo sea la primera vez que lo hace. La observo, preguntándome que más me he perdido, pero ella no me mira, ya está concentrada en lo suyo, y yo me pregunto si debería hacer lo mismo. Total, somos las últimas y nadie me ve, tampoco se va a notar demasiado si hago un poco el ridículo.

# ALDEA DE LUNA

Nora come ávidamente el plato de puré que le han dejado en el suelo, acompañado por un trozo de pan.

Tiene mucha hambre, y sed, y al fin puede saciarse.

Piensa que nunca ha sentido tal ansiedad, ni jamás habría imaginado pasar por tan terrible situación, porque Nora, seis años atrás, era una estudiante de magisterio que vivía en la ciudad, pretendiendo cumplir su sueño de ser maestra y casarse con Nico, y, en un futuro lejano, formarían una familia.

Vivirían en las afueras de la ciudad, en uno de los pisos nuevos que observaban desde el banco del parque de enfrente, mientras se besaban apasionadamente entre entusiasmo y risas, soñando con mil cosas que les hacían sonreír.

Pero eso fue hace seis años, ya nada quedaba de aquello, ni siquiera sus nombres de pila, que les fueron arrebatados sin apenas darse cuenta, cuando conocieron por casualidad, o no, a aquella chica que les llevó por primera vez a LA CAJA, y allí, toda su montaña de sueños se fue desmoronando, las laderas de sus metas empezaron a despeñarse poco a poco, sin darse cuenta, hasta caer por aquella pendiente, derritiéndose, sin saber que sería imposible, o quizás no, escalar hasta llegar de nuevo a la cima.

En aquello pensaba mientras devoraba toda la comida, y pellizcaba las migas que habían quedado rezagadas por el plato, hasta que cayó de nuevo rendida en el suelo, empezando a notar un fuerte dolor en el pecho, y las lágrimas empezaron a brotar sin control de sus ojos, acompañadas de un gemido desenfrenado, tan solo sofocado por el calor de sus manos, que intentaban apagar el fuego de aquel dolor sin éxito.

Tengo que reconocer que, en un primer momento, me siento fuera de lugar allí. Abro un ojo, cierro otro, intentando no parecer medio tonta entre ellos.

Ellos conocen las palabras, no necesitan abrir los ojos, pero yo sí.

No sé cuánto tiempo pasa.

Al principio siento deseos de abandonar y volver a la cabaña, pero, poco a poco, me voy involucrando y hasta noto una relajación que no esperaba. Puede que no esté tan mal, pienso.

Y así, voy envolviéndome en un ambiente relajado, escucho las olas de fondo, consigo relajar mis músculos, mi mente, y entro en un estado de paz, hasta que Jhanna da por terminada la clase.

Todos se levantan, pero sigue habiendo un estado tranquilo, nada parecido al final de mis clases en el Gym, cuando la clase termina y todas comenzamos a hablar sobre la última serie que hemos visto, o quién ha cambiado de novio en las noticias del corazón, nada de risas, ni prisas, nada.

Algunos se marchan solos, o acompañados, en silencio o conversando, muy tranquilamente. Yo continúo sentada, mientras observo a Minerva levantarse.

- ¿Vienes? – me pregunta.

- Creo que me quedaré un rato – digo mientras parece que el cuerpo me pesa, y me apetece quedarme ahí, meditando, o pensando, qué sé yo, solo quiero quedarme ahí, sin más.

Ella hace un gesto, fingiendo que le da igual, aunque sé que no.

Espero a que se marche.

También Jhanna abandona el lugar, hablando con algunos asistentes, que la miran como si fuese una Diosa.

La observo y me cruzo sorprendida con su mirada, cuando se vuelve a propósito a mirar. Sé que no es casual, me sonrío y sigue avanzando con ellos, mientras yo me quedo ahí, desconcertada pero tranquila, en un estado de relajación que no conocía. Y cierro los ojos sin pensar en nada, solo escuchando el ruido del mar a lo lejos y las voces de la gente, alejándose poco a poco.

Al cabo de un rato decido levantarme y me dirijo al agua. Ya no queda nadie allí. Me desvisto y me meto al agua, desnuda. Ahora sí que siento la paz.

# ALDEA DE LUNA

Nora se incorpora. Está en un cuarto con una cama, solo hay eso. Ni ventanas, ni mesas, nada.

Oye pasos y el cuerpo le tiembla un poco. Se sentía más valiente hace unos días.

La puerta se abre y aparece una joven.

- ¿Qué tal, Nora?

No responde. Supone que tampoco espera que ella conteste.

- Bueno... - dice, mientras se sienta a su lado en el suelo – pues ya sabrás por qué estás aquí.

Nora la mira a los ojos, pero no dice nada, pues claro que lo sé, piensa para adentro.

- Tengo que reconocer que no lo esperaba de ti, ciertamente – dice la joven, mientras Nora solo se atreve a mirar el suelo, por miedo a decir algo inoportuno y estropearlo todo – íbamos a ayudar a Paola... Pero, al parecer, vosotros teníais otros planes.

La joven la mira fijamente, incitándola a contestar.

Nora siente la mirada atravesándola por dentro.

- Fue un error – concluye.

- Si... ya lo creo que lo fue.

Hace una pausa mientras se levanta del suelo.

Se aproxima hacia la puerta y se vuelve a mirarla.

- Mañana vendré a por ti. Tenemos planes contigo. Deberíais haberlo pensado



antes... pero ya es tarde, Nora.

Abre la puerta y se marcha, sin más, dejándola allí sentada, esperando una sentencia que sabe, a priori, que será injusta.

La pequeña Paola sufre de diabetes infantil, o eso cree Nora por sus síntomas. Nico tiene conocimientos de medicina y está casi seguro de ello.

Trataron de decírselo a la curandera de la aldea, pero ella insistió en curarla con sus hierbas y cánticos, sin resultado de ninguna clase.

Nico volvió en multitud de ocasiones para reiterar la urgencia a la curandera, pero solo sirvió para que le advirtiera del error que cometía al desconfiar sobre los métodos que allí se impartían.

Finalmente, tuvieron que tomar una decisión. Y aquella decisión la había llevado a esa habitación solitaria y oscura, a ser humillada, y a esperar su condena allí sola, mientras solo podía suplicar porque su pequeña siguiera sana y salva junto a su padre.

He perdido la noción del tiempo y del espacio. Me tumbo sobre el mar como si fuese un colchón imaginario. Abro los ojos y siento la paz del silencio.

Allí, sola en aquel lugar, sin más compañía que la mía, hasta que noto una presencia.

El corazón me da un vuelco y me incorporo en el agua. No hago pie. Miro a mi alrededor y no veo a nadie. La orilla está bastante lejos.

Me asusto. Quiero pensar que ha debido ser un pez, pero sé que no.

Nado en dirección a la orilla, temiendo que algo me agarre el pie desde el fondo del mar. Nado como si fuese la competición de mi vida, pero siento que no avanzo nada.

Estoy muy asustada. El corazón me palpita con fuerza y estoy hiperventilando.

Intento pensar en otra cosa y que mi respiración se normalice.

Miro hacia la playa. Parece que me estoy acercando.

Veo un punto negro, pero aún no distingo qué es.

Estoy muy cansada, pero tengo que llegar como sea.

Braceo sin descanso hasta que, por fin, me dejo llevar por las olas que me acercan a la orilla.

Me tumbo boca arriba en la arena con los ojos cerrados, estirando los brazos, agotada por el esfuerzo, llorando angustiosamente.

Noto algo que me arropa. Alzo la vista y me encuentro con sus ojos. Está en cuclillas junto a mí. Me ha cubierto con la chaqueta de su traje. Por fin me siento segura.

No habla, se sienta junto a mí sin dejar de mirarme, asegurándose de que recupero la normalidad, mientras sigo tumbada, sin poder mover ni un solo músculo de mi cuerpo.

Y así permanecemos ambos en silencio. Solos en aquella playa, tan solo acompañados por el compás de las olas, mientras yo me pregunto qué maldita cosa ha sido esa presencia que he notado en el mar, sin atreverme a confesárselo a él. Mi Ángel guardián, mi chico serio.

# ALDEA DE LUNA

Nora no sabe cuánto tiempo lleva en esa tétrica habitación, pero sospecha que está drogada.

Apenas puede moverse con normalidad y no sabe si es debido, también, a la falta de alimento. Lo que es seguro es que nunca ha dormido tanto.

De nuevo escucha pasos y casi suplica que hagan ya lo que tengan que hacer, mientras traga saliva y se prepara, dirigiendo su mirada hacia la puerta.

Entra el hombre que la llevó hasta la habitación el primer día y la examina. Parece conformarse con lo que ve.

- Ponte esto – dice, mientras se queda de pie mirándola de brazos cruzados.

Nora se levanta a duras penas de la cama y coge el pantalón vaquero que hay sobre la cama. Hace siglos que no ve uno.

Se abrocha el pantalón y se viste con una camiseta blanca.

Le han traído unas bragas, pero no sujetador. Tampoco es que lo eche mucho de menos, hace mucho tiempo que no se pone uno.

Se ajusta unas zapatillas blancas y le mira. Ya todo le da igual, solo le importa Paola.

- Vamos – dice él, y le hace un gesto con la cabeza para que se adelante.

Abre la puerta y recorren el pasillo, lo más deprisa que Nora es capaz, aunque parece no ser suficiente, por los pequeños empujones que le arremete su acompañante, dirigiéndola hacia un futuro incierto.

Estoy tan cómoda que me encantaría chasquear los dedos y que el mundo se parase.

Que el reloj, la vida, todo se parase y pudiera quedarme ahí, junto a él, arropada con su chaqueta y ese olor a perfume caro.

Estoy deliberando si es buena idea romper el momento con una de mis preguntas. Podrías callarte, Shara, por Dios, pienso, seguro que lo estropeas, pero no puedo evitarlo.

- ¿Puedo preguntarte algo? – digo apenas en un susurro, temiendo agrietarlo todo.

No responde, así que le miro y me encuentro con sus ojos color verde aceituna, mirándome fijamente. ¿Eso es un sí? Pregunto a esos ojos, pero sin abrir la boca.

Me aventuro y disparo sin piedad.

- ¿Estás siempre en todas partes, o solo me vigilas a mí?

Me parece advertir un amago de sonrisa en sus labios, pero dura una milésima de segundo y me hace dudar si solo es fruto de mi imaginación.

- Solo a ti – dice, con su voz decorosa, haciendo que mi corazón se salga del pecho, temiendo que se note a través de la chaqueta de su traje.

No puedo evitar una sonrisa mientras me tapo la cara con la chaqueta, sintiéndome idiota al instante y, acto seguido, una arruga en mi frente y un guiño en mis ojos, dando vida a una duda que me surge de repente. ¿Y si no me vigila por lo que a mí me gustaría?

Y entonces le miro, con vacilación en mi mirada, y él lo capta, no es tonto, claro, y me ofrece el vestido.

- Si te encuentras mejor deberíamos volver a la aldea – me dice, y son más palabras de las que le he escuchado desde que le conozco.

- Creo que me quedará un rato más – le digo, desafiándole con la mirada.

Presumo que cogerá su chaqueta y se marchará, dejándome allí, con mis pensamientos y mis

dudas de Shara precavida, pero no, se acomoda junto a mí y se descalza, haciendo un guiño de despreocupación, y entonces me relajo de nuevo, y me acerco el cuello de su chaqueta a la nariz, para absorber todo aquel aroma a él.

# ALDEA DE LUNA

Nora sale al exterior y reconoce, como si su mente la transportara al pasado, la entrada a la aldea por la que entró hace seis años.

Un nudo en la garganta la aprisiona, agolpando imágenes que creía olvidadas y que resurgen cual espuma de mar.

Recuerda la cara de Nico, tan ilusionado, que aún conservaba su nombre de pila, mirándola fijamente, sonriente, lleno de sueños compartidos, que conservaron durante bastante tiempo.

Recuerda aquellos árboles, enormes, presidiendo la entrada, exuberantes, tan distintos a lo que le transmitían ahora, que había cambiado tanto todo.

Un coche negro la espera. Tiene las lunas tintadas. Se pregunta dónde la llevará y teme alejarse demasiado de su familia que ahora solo consta de dos personas. Nico y Paola, pero sabe que no puede preguntar.

Se mete en el coche y se despide, con lágrimas en los ojos, de la aldea, temiendo no volver, mientras el coche se aleja, y con él su incierto futuro, sus miedos y sus recuerdos, que van aflorando poco a poco, tropezando unos con otros, dejándola sin aliento.

Permanecemos en silencio durante mucho tiempo. Es imposible calcular cuánto sin reloj. Podría decir que mucho y a la vez tan poco...

El no hace ningún movimiento que me haga sentir que esta incómodo, así que no me muevo. Solo respiro.

A veces le miro por el rabillo del ojo pero él sigue mirando al infinito. A la línea que divide los dos tonos de azul entre el mar y el cielo.

Es una voz a lo lejos lo que me devuelve a la realidad y entonces me vuelvo a mirarle y observo que él también esta alerta, mirando hacia el otro lado de la playa.

Se levanta del suelo y se sacude el pantalón, calzándose de nuevo sus elegantes zapatillas que le quedan tan bien con el traje.

Se vuelve a mirarme y me acerca el vestido, con un gesto de imploración.

Estoy completamente desnuda bajo su chaqueta así que no discuto esta vez y se la ofrezco, mientras sonrío tímidamente al comprobar que no ha podido evitar mirarme y me pongo el vestido despacio, sin dejar de mirarle, mientras intenta evitarme con un gesto nervioso, apremiándome para que me apresure antes de que venga ese grupo de gente que escuchamos cada vez más cerca.

Y por fin, para su tranquilidad, nos vamos acercando hacia la aldea, juntos pero sin tocarnos, hasta que llegamos a la entrada y me aconseja que prosiga sola.

- Te estarán esperando para comer – me dice mientras se para en seco y me mira, y no me queda más remedio que asentir, suspirando descorazonada.

- Bueno pues... adiós – digo, mientras me doy la vuelta hacia el comedor, ansiosa por darme la vuelta a comprobar si sigue ahí observándome. Pero no lo hago.

Continúo hasta la puerta y veo a Rob que me saluda con la mano y una espléndida sonrisa. Yo le sonrío también, intentando que no se me note lo poco que me apetece sentarme a su lado en la mesa del comedor.





# ALDEA DE LUNA

Nora lleva un antifaz en los ojos. Se marea un poco en las curvas pero intenta pensar en otra cosa para evitar las náuseas.

Procura pensar en algo que sea capaz de llevarle a otra dimensión y eso solo puede ser una cosa.

Nueve de abril. El sol inunda el dormitorio y un dolor agudo la despierta, haciéndola incorporarse en la cama, mientras se agarra la parte baja del vientre.

- Ya está aquí – dice con una expresión de dolor infinito. Y Nico coge su mano, la aprieta y asiente. Ya sabe lo que debe hacer.

En menos de diez minutos acuden al dormitorio Zoe y Jhanna. Se encargarán de que todo salga bien en el parto.

Nico debe esperar fuera, tal como indican las normas.

En su recuerdo se nublan los momentos de dolor y resurge de repente un llanto. Nora cierra los ojos con fuerza al recordarlo y sonrío, casi a punto de llorar, atacada de repente por la nostalgia.

Su olor. La suavidad de su piel al cogerla en su regazo. Su calor. Y el sentimiento de tener la capacidad de proteger a alguien.

En ese momento el coche frena y Nora vuelve a la realidad. El nudo en la garganta que tenía al pensar en el mejor momento de su vida se vuelve opaco, turbio, y le hace regresar, a su pesar, a la vida real.

El automóvil sigue parado, por lo que deduce que han llegado a destino. Nadie habla, solo se escucha una música de fondo. Cree que se trata de la radio.

Oye una puerta que se abre. Ahora la suya, nota unos dedos acariciar su cara y esos mismos dedos son los que la desprenden del antifaz.

Le cuesta habituarse a la luz, pero cuando lo consigue reconoce el lugar. Ella ya ha estado allí antes. Un lugar inconfundible. Como olvidarlo...

Tal como esperaba, Rob me invita a sentarme a su derecha.

Me ha hecho un hueco en la mesa donde se sienta el grupo. Todos me sonrían. Me empiezo a acomodar en la silla pero algo me obliga a desviar la vista a otra mesa. Son Jhanna y Zoe que me están mirando fijamente.

Jhanna me hace gestos con la mano para que vaya. Me parece feo dejar allí a todos, mientras me observan desconcertados.

Jhanna insiste con su mano para que vaya.

- Debes ir – me dije Rob, apremiándome con la mirada.

Me levanto de la silla y les pido perdón, acercándome a la mesa donde tan solo están ellas dos.

- Espero que te guste la pasta – dice Jhanna, arrastrando sobre la mesa la bandeja hacia mí.

Me siento donde parecen haber elegido que me sitúe, y las observo.

Jhanna sonrío, como siempre, pero Zoe no.

- ¿Qué tal lo estás pasando Shara?

Cojo el tenedor para ocupar mis manos en algo y no tener que mirarlas constantemente. No sé por qué siento esa tensión en el ambiente.

- Bien – digo, y las miro atentamente. Algo tendréis que decir, digo yo, pienso, ya que me habéis obligado a venir a vuestra mesa, pero esas palabras solo bailan en mi cabeza y no me atrevo a pronunciarlas.

En ese momento es Zoe quien se adelanta.

- Shisvá quiere verte-me dice muy seria.

- Y ¿quién es Shisvá?

La pregunta parece caerle como ácido en el cuerpo.

- Shisvá es Dios – me lanza como si fuera una daga directa al cuello.

Yo la miro, entre asombrada y asustada, pero no habla, solo me fulmina con la mirada y coge su tenedor, clavándolo en un trozo de berenjena de su plato.

Busco auxilio y algo de coherencia en Jhanna, que acude en mi ayuda.

- Shisvá es el líder de la aldea. Quiere verte y eso no es nada habitual. Mañana te acompañaré. Iré a buscarte temprano.

- Pero ¿por qué querría verme a mí? – pregunto confusa.

- Tendremos que averiguarlo – contesta Jhanna mientras me hace un gesto para que siga comiendo, dando fin a la conversación.

## ALDEA DE LUNA

Nora atraviesa la verja, acompañada por el hombre al que ha conseguido odiar en tan solo unos días.

- Camina con normalidad – le advierte, mientras se coloca a su altura.

El lugar no ha cambiado mucho desde la última vez, solo parece haber incluido algunas mejoras.

No hay movimientos, parece temprano, hace algo de frío para su escasa indumentaria.

Nora se cruza de brazos mientras recorre el sendero de tierra y se frota enérgicamente para calentarse.

Nunca había llegado tan lejos allí y todo se veía distinto ahora, allí sola, tan solo con la compañía de aquel hombre que le producía náuseas.

Finalmente llegan al final del camino y el hombre frena en seco.

Han llegado, están frente a la puerta roja de la caja.

Conozco cada nudo de madera del techo del dormitorio. Lo he repasado tantas veces con la mirada que podría incluso dibujarlos en un papel.

Intento relajarme y rendirme al sueño, pero la cosa se complica cada vez que lo intento y aparece Zoe en mi cabeza, y su tenedor clavado en la berenjena.

Su insolente mirada clavándose en la mía, Shisvá es Dios, me revuelvo entre las sábanas, intentando conseguir una postura cómoda, lo cual resulta imposible.

Minerva no aparece por la cabaña, no la he visto en todo el día. Me incorporo en la cama durante unos instantes hasta que decido levantarme. Total... no parece que vaya a conseguir descansar mucho.

Me aproximo a la ventana del salón, arropada con la manta.

Solo se oyen grillos afuera y el canto de algún pájaro nocturno.

Permanezco allí durante bastante rato, hasta que parece que el cansancio viene a recibirme y noto que me pesan los ojos.

Regreso a la cama y me dejo someter por el sueño, que me adentra en un camino de árboles sin fin, de los cuales van saliendo ramas, como tentáculos que me atrapan y tengo que echar a correr, desenfrenadamente, para escapar de aquel bosque que me oprime el cuerpo, hiriéndome los brazos con espinas que brotan de alguna parte, rodeándome el cuerpo, impidiéndome avanzar, y retroceder, llenándome de impotencia y desamparo.

Un niño me pide ayuda desde el final del camino pero no consigo llegar hasta él por más que lo intento.

¡Ayuda! Grita, pero los pies parecen pesarme toneladas o puede que tenga imanes que me enganchan a la tierra. Lo que es seguro es que no consigo avanzar.

Me parece notar que algo me agarra del brazo e intento zafarme, gritando que me suelte. ¡Ya voy! Le grito, pero su imagen se va desvaneciendo y siento un terrible sentimiento de impotencia y culpa, mientras las lágrimas van borrando el sueño poco a poco.





# ALDEA DE LUNA

La puerta se abre desde dentro, y Nora siente un estremecimiento.

Avanza unos pasos, lentamente, agudizando el oído para tratar de escuchar algo.

Se oyen conversaciones mezcladas. Su mente le hace recordar los locales que frecuentaba con Nico hace años, cuando aún no tenían nada en lo que pensar, ninguna preocupación, salvo la de comerse a besos en cualquier rincón.

Nota un empujón en la espalda que la obliga a dar unos ligeros y apresurados pasos hacia el interior.

Todo está bastante oscuro.

Hay una cortina que separa la entrada del resto del lugar.

Suenan risas que destacan sobre una leve música, bastante sensual.

La puerta se cierra a su espalda. Nora se gira, pero él ya no está. Permanece quieta, esperando que ocurra algo.

Se mueve la cortina.

- Ah... por fin, aquí estas – dice ella sonriente – acompáñame.

Se mueve con ligereza, contoneando las caderas.

Lleva un vestido casi transparente, con detalles dorados. La tela es como gasa, de color rosa, muy suave. Se adivinan sus piernas bajo ella y la ropa interior de encaje.

El pelo le llega hasta la cintura, moviéndose al son de su cuerpo con gracia.

Los mechones de su pelo rubio bailan, mientras se gira para comprobar que la sigue, acompañando el vaivén con una sonrisa. Parece muy cómoda en ese lugar que a ella le transmite solo oscuridad.

Atraviesan el pasillo en penumbra hasta llegar a una puerta.

La chica se detiene y la observa mientras abre y la invita a entrar.

- Ahí tienes todo lo necesario para empezar.

Dúchate. Asegúrate de oler como una Diosa. Ahí tienes jabones, cremas, maquillaje y ropa.

En una hora volveré a por ti. Solo tienes que ser una buena chica y todo saldrá bien. No dudo en que sabrás comportarte.

Nora permanece en silencio, asimilando las órdenes.

- ¿Lo has entendido? - pregunta la chica antes de salir.

Nora asiente mientras la ve desaparecer.

Se deja caer sobre la cama, recuperando el aire que le acaba de robar antes de marcharse.

Lo ha entendido. Su libertad a cambio de la de su hija, no se detiene a pensar y comienza a prepararse para ser la mejor Diosa que quieran que sea.

Me tiemblan las piernas aún cuando Jhanna llega a buscarme.

- Buenos días, Shara.

Estoy terminando de tomarme una tila junto a la ventana.

- Cuando estés preparada salimos.

Caminamos en dirección a la playa, lentamente.

Todo está en silencio, está amaneciendo.

Desde la distancia ya presiento cual es la casa de Shisvá por su singularidad.

Presiden la puerta dos hombres vestidos de blanco.

En un lado del pantalón llevan ajustado un machete.

- Está esperando – dice uno de ellos cuando llegamos.

Se gira para abrir la puerta y me hace un gesto con la cabeza.

Jhanna hace amago de acompañarme, pero el otro hombre la frena con la mano.

- Tenemos órdenes expresas de que entre sola.

Me giro para mirar su cara de perplejidad. Se encoje de hombros y estira su mano para que les haga caso.

Avanzo hacia adentro mientras observo a mi alrededor.

Sigo al chico de la puerta, que se adentra hacia el interior.

Es un salón enorme y poco amueblado. Los suelos brillan, tanto que me reflejo en ellos.

Al fondo de la sala le reconozco a él, aunque sea la primera vez que le veo. Me resulta familiar.

Tiene el pelo largo y profundamente blanco. La barba se mezcla con mechones de su pelo y podría ser Dios, tal como dijo Zoe.

Estoy frente a él y noto su mirada atravesar mi cerebro.

- Siéntate Shara – me dice, con una voz suave y profunda.

Le obedezco y me sitúo en una silla, frente a él.

- Te preguntas qué haces aquí y para qué te he llamado.

Efectivamente, respondo, pero mi voz no sale, se queda ahí retenida en mi boca.

- Podría explicártelo, pero no será necesario.

Le observo aturdida. Es necesario, necesito saberlo, pero hay algo que me impide hablar, es como si él tuviera el poder de frenar mis palabras y acabo dudando si realmente no es Dios, pero yo soy atea, lo cual me lo pone muy difícil.

- Querida Shara... creo que esta noche no has descansado demasiado...

Me sobresalto. ¿Cómo lo sabe? Ah, un momento, joder, seguro que tengo unas ojeras de espanto...

Sonríe. Me siento un poco intimidada, pero increíblemente tranquila.

- ¿Te has mirado los brazos? – me pregunta mientras junta sus manos sobre sus piernas.

Me ayudo con una mano para mirarme uno de los brazos y me enfrento confundida a un montón de arañazos.

- Creo que tuviste un percance con los arboles - me dice con media sonrisa, mientras me guiña un ojo – intenté sacarte del sueño pero fue imposible... no te dejaste ayudar, ahora estoy convencido de que eres tú. Por fin has llegado, llevamos toda la vida esperándote...

# ALDEA DE LUNA

A pesar de la incertidumbre, Nora, por primera vez desde que la sacaron de su hogar, se siente limpia y reconfortada.

Huele a jabones y cremas. Tiene el pelo limpio y suave, así como su piel.

Ha podido maquillarse. Se sorprende de acordarse aún de como se hace y del resultado al mirarse en el espejo.

Intenta ensayar una sonrisa, por si le hace falta.

Es el séptimo u octavo intento cuando se abre la puerta y aparece la chica que la recibió hace un rato.

- ¡Vaya! – dice sorprendida al verla - pues sí que sabes sacarte partido...

Nora la observa. No se mueve, solo espera.

- Es el momento de explicarte en qué consistirá tu misión, Nora.

Están una frente a otra.

- Como ya sabrás, en la aldea tenemos menos niños de los que nos gustaría... Estamos haciendo grandes esfuerzos por instruir a nuestros pequeños y a los que estamos trayendo de fuera, pero ya no es suficiente.

Nora traga saliva.

- Nuestros hombres, los elegidos, son los encargados de poblar nuestra aldea. Con mujeres como tú.

Nora ha conseguido formar una armadura que la permite disimular la rigidez de sus músculos, mientras asimila, a duras penas, la noticia.

- Es un honor formar parte de esto, Nora – dice ella, mostrando un rostro lleno

de ilusión.

- Debes sentirte orgullosa. Estás aquí porque todo te ha traído hasta este momento. Nada es fruto del azar. Tus actos, tu Karma, te han guiado hasta aquí.

Al salir de la casa de aquel hombre, tan peculiar como familiar, siento que un engranaje empieza a girar en mi cerebro, obligándome a dudar si estar en aquel lugar es fruto de la casualidad.

Jhanna me espera afuera con las manos entrelazadas, algo nerviosa y, por primera vez, desnuda de su eterna sonrisa.

Avanzo sin mirarla, sin esperarla, sintiendo, en ese momento, que soy yo la importante, la que toma decisiones, la que guía mis pasos en ese lugar desconocido.

Ella me sigue sin articular palabra, dejándome a solas en mis pensamientos, mis dudas, mis preguntas sin respuesta.

En algún momento del camino vuelvo a la realidad y me paro en seco. Ella me imita, y se gira a mirarme, esperando que yo diga algo. Quizás espera que le cuente mi conversación con Shisvá, pero no es mi intención, ni mucho menos, desahogarme con ella. La Shara precavida, de nuevo, ha salido a la superficie.

Quedan tan solo dos días para volver a casa. Solo dos, y por primera vez, el engranaje de mi cerebro, a pleno rendimiento, me está haciendo dudar si mi verdadero sitio es aquel y no del que vengo.

Asombrosamente, los últimos acontecimientos están removiendo todo lo que conozco, y allí, parada en medio de la nada, solo pienso en que, quizás, volver, no es lo que necesito, ni lo más acertado.

# ALDEA DE LUNA

La chica del vestido transparente la observa cuidadosamente.

- Ciertamente, pareces otra - dice visiblemente asombrada – Creo que sabrás cumplir tu misión y así espero que sea. No me decepciones.

Sale de la habitación, contoneando sus caderas, volviéndose a mirar antes de atravesar la puerta para dirigirle una sonrisa.

Espera, durante muy poco tiempo, hasta que un hombre aparece junto a la puerta.

Lleva un traje azul marino y camisa blanca. Tiene el pelo castaño, pero empiezan a repuntar algunas canas.

Cierra la puerta tras él y la observa desde allí.

Nora no se mueve, no sabe si él espera que ella se acerque o prefiere tomar él la iniciativa.

Está nerviosa, le tiemblan las piernas, jamás se imaginó en esa situación, pero prefiere no pensar en ello y pone su mente en blanco, y su piel se vuelve fría, casi a la misma temperatura que su mente.

Finalmente él se va acercando y la rodea lentamente, rozándola con su mano.

Se sitúa tras ella, tocando con ambas manos sus brazos desnudos. Siente su aliento bajo su cuello, mientras él la retira el pelo y la besa el hombro.

Nora cierra los ojos muy fuerte y respira lentamente para intentar sobrellevar su repulsión.

Tienes que ser una Diosa, piensa, y se enmascara, como si de una actriz se tratara, volviéndose lentamente para mirarle, cerca, muy cerca, dejando que él pose los labios en los suyos, mientras cierra los ojos y se imagina el mar, las olas, el grito de las gaviotas sobrevolar sobre ella...





Me dirijo como una sonámbula hasta la cabaña, esperando que no se encuentre allí Minerva.

Jhanna me espera durante unos segundos en la puerta, siento que desea que la invite a entrar, o a hablar, cualquier cosa distinta a la que yo deseo en ese momento, pero ahora mando yo, y me siento muy bien por ello.

Me adentro en la sala y la miro a los ojos, serenamente, mientras cierro la puerta.

Me dirijo al dormitorio, aliviada porque mi hermana no está allí, y me tumbo sobre las sabanas, cerrando los ojos, esperando que algo me ilumine para tomar una decisión, o me diga qué puñetas está pasando, me explique quién soy yo, y por qué me están esperando, y de paso pueda justificarme lo de los arañazos.

## ALDEA DE LUNA

Nora abre los ojos despacio y se tapa con la sabana un poco más, mientras mira el techo del dormitorio.

Le siente ahí a su lado, parece dormido pero no se atreve a mirar para comprobarlo.

Vuelve a cerrar los ojos mientras piensa cuántas veces tendrá que repetirlo.

Le oye toser y respira profundamente, intentando que no se note que está haciéndose la dormida.

- Lo has hecho muy bien – escucha en su oído, pero no se inmuta.

Nota como él se incorpora, escucha el crujido de la cama al levantarse. Siente como se viste y le parece que, en algún momento, la está mirando.

La puerta se abre, escucha el golpe seco al cerrar, pero no se atreve aun a abrir los ojos. Espera unos minutos en los que reina el silencio, hasta que decide abrirlos, y es entonces cuando su respiración toma el ritmo más agitado de la noche y deja que una lagrima resbale por su mejilla, la retira con el dedo y se dirige a la ducha a borrar sus huellas.

En algún momento he cerrado los ojos y me ha vencido el sueño. No recuerdo si he soñado algo, lo cual me reconforta porque he podido descansar.

Minerva no ha aparecido en toda la tarde, aunque, sinceramente, me alegro de que haya sido así.

Me levanto de la cama y noto bajo mis pies descalzos el suelo muy frío.

Me acerco a la ventana y la abro para que entre algo de aire.

Cierro los ojos mientras entra una brisa bastante fresca, ha caído la noche.

Quizás sea una imprudencia, pero necesito salir.

Me pongo sobre los hombros un chal color beige que encuentro en el armario.

Afuera se está bien, agradezco tener cubiertos los brazos.

Camino en dirección contraria a la que siempre vamos. No se oye ni un solo ruido, tan solo mis pisadas en la noche.

Apenas se ve más allá de un palmo pero, esta vez, no tengo miedo, y eso me preocupa, no estoy acostumbrada al riesgo.

Durante mucho tiempo sigo caminando, mientras pienso en el sueño de la noche anterior, y en las palabras de Shisvá.

“Intenté sacarte del sueño pero fue imposible... no te dejaste ayudar” me había dicho, ¿ayudarme? ¿Quizás era ese brazo que tiraba de mí?

Y ese niño ¿quién era?

Tan solo es un sueño, me digo, pero entonces ¿los arañazos?

Pienso en Zoe y en su rostro resentido mientras me mira en el comedor ¿Son celos?

Pienso en Jhanna, y en el cambio de su comportamiento al salir de casa de Shisvá. Ya no es ella quien me guía, se muestra prudente y me deja espacio... y además, Él no la ha dejado entrar conmigo, tampoco entiendo el por qué, y puede que ella tampoco.

Pienso en Eloy, qué bien me vendría ahora su compañía. Allí sola, rodeada de árboles, en medio de la oscuridad. ¿En qué momento se te ha ocurrido esta magnífica idea, Shara?

Miro a mi alrededor y todo es igual, no hay nada que diferencie un camino de otro, es todo idéntico, hojas secas cubren el suelo y no se ve nada más que bosque, mientras giro ciento ochenta grados sobre mí propio cuerpo.

Un chasquido me pone alerta. Me giro pero no veo nada, debería volver.

El corazón me late muy deprisa, pero ahora no sé si sabré volver por donde he venido.

Otro chasquido. Echo a correr sin mirar atrás, sin sentido, levantando el vestido por encima de las rodillas para ir más rápido.

Mi respiración es tan fuerte que no escucho nada más que eso. No me atrevo a mirar atrás. De repente veo una luz a mi derecha. Freno y apoyo mis manos en las rodillas, intentando recuperar el aliento.

Miro hacia atrás, no hay nada, ni nadie, o al menos no aparentemente.

Me dirijo con sigilo hacia la luz. Es muy tenue, parece salir de una vela, dentro de una casa muy pequeña, de piedra. Debería alejarme de allí, pero no sé qué le ha pasado a la Shara precavida. Creo que se ahogó en el mar hace días.

Me acerco muy despacio, avanzando con las puntas de los pies para no hacer ruido, y llego hasta la ventana.

Tengo que hacer un verdadero esfuerzo por controlar mis latidos y mi respiración descontrolada.

Poco a poco voy subiendo mi cuerpo para intentar ver algo pero me da miedo que, si hay alguien dentro, me vea.

Consigo llegar a la ventana a través de un lateral y muy despacio echo la vista dentro.

Hay un hombre de espaldas sentado en una mesa de madera, y está afilando un cuchillo muy concienzudamente.

Me pego de espaldas a la pared, con los ojos desorbitados.

Mi respiración ya no tiene control y compite con mis latidos. Me agazapo en el suelo preparándome para echar a correr.

Noto que alguien me tapa la boca y me arrastra hacia el bosque.

Nunca he sentido tanto miedo.

Nora se frota el cuerpo escrupulosamente, hasta dejar su piel tan limpia que no podrían encontrar ni siquiera ADN de aquel hombre, por más que se lo propusieran.

Está tapándose con una toalla cuando entra ella, de nuevo.

Muestra una enorme sonrisa.

- Parece que no nos hemos equivocado contigo – dice mientras la invita a sentarse en el sillón de la habitación junto a ella.

Nora está secándose el pelo, y la cara, intentando tapar los restos de su abatimiento.

- Te acostumbrarás a él – dice ella – es una buena persona, solo quiere el bien de la comunidad y, como ves, no te ha tratado mal, ni lo hará. Solo es un mero trámite.

Nora no quiere escuchar, piensa en Nico, y en cómo estarán por allí, cómo se apañarán solos, sin ella...

- Esta no es tu única misión – dice ella, mientras se recompone en el asiento – Mientras consigues traer un niño de verdad a la comunidad tendrás que ayudar a traer otros.

Nora pone atención por primera vez.

- No te entiendo – dice.

- Ya lo entenderás – dice ella mientras deja ropa limpia sobre la cama y se desvanece por donde ha venido.





- Shhhh – escucha mientras parpadea descontroladamente.

Su mano le tapa casi hasta la nariz y le cuesta respirar con normalidad.

Mueve las piernas impulsivamente, pretendiendo zafarse aun sabiéndolo imposible.

De pronto reconoce un olor. Deja de parpadear para concentrarse. Se relaja y él lo percibe, acercándose mucho a su oído.

- ¿Si te suelto no gritaras? – pregunta en un susurro.

Ella niega con la cabeza mientras intenta recuperarse.

La libera y ella se vuelve a comprobar que no se equivoca. Es él.

# ALDEA DE LUNA

La ropa le sienta como un guante y le recuerda a su vida anterior.

Los vaqueros azul claro y la camiseta blanca se ajustan a su cuerpo y se siente guapa, y algo más cómoda, por fin, con un sujetador, aunque le queda un poco pequeño.

Su pelo se ha terminado de secar y le han salido unas ondas que hacía tiempo no tenía, gracias a todos los productos que se ha encontrado en el aseo.

De nuevo se abre la puerta cuando está entretenida con las barras de labios del neceser que le han proporcionado. Hace tanto tiempo que no ve esas cosas que le parece haber estado recluida en otro planeta.

- Es la hora.

Nora cierra el neceser y la sigue hacia la puerta.

Atraviesan de nuevo el exterior de la caja, rodeadas de gente esta vez. Y Nora no puede dejar de mirarles, sin poder decir nada, pensando en mil hipótesis que se le ocurren, dudando que alguna pueda ser peor que la que acababa de vivir.

La chica abre la puerta del coche que la espera en el exterior de la valla que rodea la caja y espera a que Nora se introduzca.

Se queda observando de pie mientras el coche arranca y se aleja por la calle. Y Nora la observa, no puede dejar de mirarla, con ojos implorantes, esperando que ella le ofrezca alguna pista, pero ella permanece estática, mirándola, mientras se va haciendo cada vez más pequeña, más pequeña, tanto como el alma de Nora que se dirige, de nuevo, hacia lo desconocido, tan solo acompañada por el chofer del vehículo de lunas tintadas.

Eloy se pone el dedo índice sobre los labios para pedirme silencio.

Asiento con la cabeza, mientras dejo que él coja mi mano y me derrito al contacto con sus dedos, casi olvidando que aún estamos justo al lado de la casa de aquel hombre que ha conseguido que vuelva la Shara precavida, aunque bastante tarde.

Tira de mi suavemente y me dejo llevar, de puntillas sobre las hojas del bosque, alejándonos lentamente hasta perder de vista la casa y echando a correr después, hasta que no me responden las piernas y me suelto de su mano, me apoyo en mis rodillas y respiro muy fuerte.

Él me coge en brazos y sigue corriendo hasta llegar hasta un sendero que conduce a la aldea y justo allí, él se para y me posa sobre el suelo suavemente.

- ¿En qué pensabas, Shara? – pregunta él. Y yo solo pienso en recuperar el latido de mi corazón y en cómo suena mi nombre saliendo de sus labios, y sin poder evitarlo, me sale una leve sonrisa.

Él me mira desconcertado y suspira desesperado.

- No lo sé, ¡no lo sé! – digo abriendo los brazos, volviendo de mi ensimismamiento, pensando en el peligro que he corrido y en qué hubiese pasado si él no me encuentra. Pero de repente pienso que el encuentro no ha podido ser casual.

- ¿Me seguías? – pregunto, mientras le miro a los ojos fijamente y me cruzo con sus verdes ojos brillantes en la oscuridad.

- Te protegía – dice él, mientras me ofrece su mano – vamos antes de que descubran que has desaparecido de tu habitación.

- Espera, espera – digo yo, mientras me agarro de su mano sin dejar de mirarle  
- ¿quién era él?

- Alguien peligroso, no puedes ir por la vida al límite... en algún momento puede que yo no esté para salvarte...

- Me encanta que me salves – le digo, mientras me tapa de nuevo con su chaqueta, esquivando mi mirada, y recuerdo que he perdido el chal en algún momento, pero no me atrevo a decírselo.

## ALDEA DE LUNA

- ¿A dónde vamos? – se arriesga a preguntar al chofer, después de pensárselo durante mucho rato.

Él la mira por el retrovisor interior durante apenas un segundo, pero no contesta.

Nora se recuesta, rendida sobre el asiento y mira a través de la ventana.

Acaban de abandonar la ciudad y se adentran en la carretera.

Reconoce algunas cosas, pero todo ha cambiado mucho desde que no lo ve.

El viaje continúa durante mucho tiempo. Han abandonado la autopista y se adentran en carreteras secundarias que no conoce.

Se desvían por un camino que no está señalizado, rodeado de bosque, como el de la comunidad, pero no es allí a donde se dirigen.

Se paran frente a una verja enorme que se abre automáticamente al detener el coche.

El chofer atraviesa la verja y se dirige por el sendero asfaltado hasta la puerta de una casa enorme y señorial de piedra de color gris.

- Acércate a la puerta – dice por fin el chofer – te esperan.

Nora sale del coche y avanza hasta la puerta de la casa, donde la recibe Zoe. Se conocen desde hace muchos años. Su mirada es desafiante. No le perdona su traición a la comunidad y ni siquiera se permite que pueda dudarle.

- Pasa – dice muy seria, mientras la obliga a adelantarse.

Y la conduce a una sala, donde hay más mujeres sentadas como en una especie de conferencia. Nadie le ordena nada. Sabe que debe sentarse allí con el resto y esperar.

Al llegar a la cabaña nos detenemos en la puerta. Aún es de noche, no sé qué hora es, ni cuánto tiempo ha podido pasar.

Le devuelvo su chaqueta mientras le miro fijamente a los ojos.

- No puedes hablar de esto con nadie. Ni siquiera con tu hermana – me dice muy serio.

Le observo mientras se pone la chaqueta.

- Prométemelo – me suplica, al no obtener respuesta por mi parte.

- Te lo prometo – le digo.

No dejo de mirarle.

- No quiero quedarme sola – digo en un hilo de voz. Y es cierto. Tengo miedo de quedarme ahí sola y vacía, sin su protección.

- Estaré cerca. Debes dormir y descansar un rato. Y yo debo irme. No puedo entrar ahí.

Baja la mirada y suspira.

- No vuelvas a salir sola – me mira, mientras sé que está a punto de marcharse – Es una orden.

Asiento con la cabeza y le contemplo mientras se aleja, lentamente, echando una última mirada atrás. Y yo cierro la puerta y me adentro en el dormitorio, tirándome sobre la cama, estirando los brazos y cerrando los ojos, y pensando que, en dos días me alejaré de ahí, de esos ojos, de su perfume y de su protección, y estoy a punto de decidir algo que jamás habría pensado.

# ALDEA DE LUNA

Nora escucha atentamente mientras una mujer se mueve firme sobre el escenario con un micrófono.

Lleva una coleta baja y va sin maquillar. Su ropa no es como la que llevaban en la aldea. Es informal, algo clásica, pero se parece más a la que ella conocía antes de entrar allí.

Entre el público hay mucho silencio. Deben ser unas veinte mujeres, más o menos, y ni siquiera se miran unas a otras.

Ante su estupefacción, Nora entiende cual es la misión de esas mujeres, y la suya propia. Se trata de secuestrar niños. Así de frío, así de grave, así de simple.

Las pautas son sencillas. Niños poco vigilados. De tres a nueve años. Sanos. Se asegurarán de no ser vistas. De lo contrario, pondrán en riesgo la vida de sus propios hijos. Irán en un coche, acompañadas por el chofer. Parques, colegios...

Los engañaran para que las acompañen al coche sin que nadie sospeche. Y los traerán a la escuela comunitaria, donde les darán la educación que merecen, la vida que merecen, y poblaran ALDEA DE LUNA de niños, para formar un mundo de verdad, como su líder asegura que debe ser, y no ese mundo que hay ahí fuera, donde todos se han vuelto locos, donde no entienden el verdadero ciclo de la vida.

Solo quedarán los más fuertes, los que sigan el camino de Shisvá. Y por eso ellas serán las salvadoras de esos niños y deben estar orgullosas por ello.

Así sea – dice la mujer del micrófono, y como autómatas ellas repiten – así sea.



Mínerva parece haberse desvanecido desde hace días, pero esa mañana aparece de repente con una sonrisa.

En mi mente siento que algo ha cambiado. Yo he cambiado, mi mundo ha cambiado y, de repente, no quiero volver a casa.

No sé cómo decírselo, ni he decidido aún si se lo diré.

No tengo un plan establecido. No sé si escaparme, desaparecer en el último momento, hablar con Eloy o planearlo sola.

Perdida en esos pensamientos estoy cuando me cruzo de pronto con su mirada de sorpresa.

- ¿Y a ti qué narices te pasa? – me pregunta frunciendo el ceño.
- ¿A mí? A mi nada – digo mientras escucho lo poco creíble que suena.

Ella sonrío.

- Ya... si ya sé lo que pasa...

Yo me hago la despistada. No creo que sepa mis intenciones.

- Es Rob... ¿a que es eso?

Estoy a punto de preguntar de donde ha sacado semejante barbaridad, pero decido dejarlo en una duda, por si acaso me sirve de algo en mi plan descontrolado.

Ella sonrío al ver mi evasión, y yo suspiro aliviada de que aquello quede ahí y así tenga más tiempo para pensar.

# ALDEA DE LUNA

La misión de Nora comienza al día siguiente.

No ha pegado ojo. Se siente horriblemente mal. Le duele el alma tener que arrebatarle a alguien a su hijo, pero tiene que hacerlo. Se intenta convencer de que no es su culpa, solo es para salvar a su pequeña, se dice mientras seca sus lágrimas, que no paran de bañar su rostro.

Necesita una tila, y maquillarse mucho, antes de salir en busca de su propósito.

La mujer de siempre no ha venido hoy, es otra chica la que viene a traerle ropa limpia y su cara no parece reflejar el convencimiento de estar haciendo algo bueno, pero ella no se atreve a preguntarle nada. Tan solo le pregunta si puede traerle una tila. Ella vacila... no sé, dice, es para calmar mis nervios, la necesito para cumplir la misión.

La chica sale del dormitorio y la recomienda que se vaya duchando mientras ella pregunta.

Vuelve al rato con la tila y se marcha en silencio, por donde ha venido.

Estoy muy cansada y se me cierran los ojos. Estoy a punto de rendirme al sueño cuando Minerva me dice que tiene que preparar unas cosas con Miguel para el curso del último día.

Le contesto un ok desgano, dejando que mis parpados cedan al esfuerzo que estoy haciendo por mantenerlos abiertos y me adentro en el bosque. Es el mismo de la otra vez, y el mismo niño me está llamando desde el otro lado.

Esta vez me fijo bien en él. Es rubio y tiene el pelo un poco largo, con algunas ondas.

Parece tener unos cinco años. Está angustiado y me tiende los brazos, pero hay algo que me impide avanzar. Es el suelo. Está embarrado y mis pies pesan tanto que no puedo con ellos.

Miro hacia atrás y veo a Shisvá. Ahora sé que él puede meterse en mis sueños. No sé cómo lo hace pero eso me aterra y a la vez me hace más fuerte.

Él me está tendiendo la mano para sacarme del barro.

- Ven conmigo, Shara – me dice.

Pero yo no quiero retroceder, quiero avanzar. Quiero ir a ayudar a ese niño. Y así quiero gritárselo, pero no tengo voz.

Él insiste con su mano y yo me niego a cogerla. Muy enfadada, saco un pie del barro y me ayudo con la mano para acercarme al árbol más próximo que tengo.

Me cuesta mucho conseguir aferrarme a él. Escucho al niño suplicar al otro lado, y Shisvá gritándome detrás que me agarre a su mano.

Estoy sudando a causa del enorme esfuerzo y de repente comienza a llover copiosamente.

Estoy empapada y el camisón blanco se ha pegado a mi cuerpo.

El niño ha desaparecido y ya no lo oigo.

Miro hacia atrás y tampoco Shisvá está ahí ya.

Abro los ojos con el corazón desbocado y me reencuentro con el dormitorio. No sé qué se escucha más fuerte si mi respiración o mis latidos.

Me incorporo en la cama y me estremezco al comprobar que estoy calada hasta los huesos y tengo el pelo empapado, y no es de sudor.

# ALDEA DE LUNA

Se ha subido en el coche como una sonámbula. Aún no sabe cómo va a hacerlo, pero tiene que trazar un plan.

Piensa, Nora, piensa, se impone a sí misma mientras avanzan en el coche sin rumbo fijo.

El chofer le ha preguntado antes de arrancar el automóvil a donde se dirigen pero ella aún no lo ha pensado.

- Avanza, yo te aviso cuando haya que parar.

Después de un rato viajando por la ciudad sin sentido, Nora traza su primer plan. Son las ocho y media de la mañana y ya ha divisado el primer colegio a lo lejos, con los coches en doble fila, las madres estresadas, dejando a sus hijos en la puerta del colegio, dame un beso hijo, corre, pasa, que tengo que irme.

Los nervios le están retorciendo el estómago como una sogá.

Hay demasiada gente, no lo ve claro. Se fija en los niños, en las madres, los familiares y le llama la atención un coche al final de la fila de vehículos en doble fila.

La mamá abre la puerta de atrás y desabrocha el cinturón de seguridad del niño. Le ayuda a salir. No puede dejar solo el vehículo. Le besa en la mejilla y le da instrucciones mientras abrocha bien su abrigo. Tendrá unos ocho años.

Acomoda la mochila sobre sus hombros mientras le dice adiós con la mano y ella se adentra en el coche.

Se ha fijado en ella porque está obstaculizando la salida de otro vehículo, cuyo conductor se ha metido en el coche hace minutos.

Toca el claxon, y la mujer se apresura a arrancar y avanzar para dejarle salir. Mientras, el

pequeño avanza por la acera en dirección al colegio.

Nora sale del vehículo con urgencia y se acerca a la acera.

Ya nadie la vigila, el coche ha desaparecido de la calzada.

Le ha dado tiempo a observar a la mamá y el vehículo, y se ha fijado en una pegatina de color blanco en la luna trasera.

Un papá, una mamá, un niño y un perro, y la palabra Family. En el lado izquierdo otra pegatina con un nombre. Nacho.

Es un poco arriesgado, pero es una gran oportunidad.

Se acerca lentamente por detrás y le llama.

Nacho se da la vuelta y la mira desconcertado.

- Hola Nacho, soy amiga de tu papá y me ha dicho que tienes que venir conmigo a buscar a tu perrito... he olvidado como se llama....

Nora finge que piensa en el nombre.

Nacho la mira muy atento.

- Hulk – dice algo asustado.

- Hulk – repite ella – eso es.

- ¿Por qué? ¿Qué le ha pasado?

- Se ha perdido, pero vamos a encontrarlo, tu papá dice que si tú le llamas, será más fácil que nos encuentre.

Nacho no se lo piensa y se acerca a ella y se deja coger de su mano.

Lo demás es pan comido. Nora aprieta muy fuerte su mano durante el viaje. Está a punto de romper a llorar. Se siente cruel. Nunca ha hecho nada igual, ni siquiera lo ha llegado a imaginar.

El niño pregunta continuamente por su perro y ella se siente tan mal que se inventa una historia. Tu papá acaba de llamar. Acaban de encontrarlo. Está bien. Ahora vamos a esperarle en un sitio hasta que llegue.

Y respira hondo, intentando tragar el nudo que le oprime la garganta.

Quizás sea un poco presuntuosa pero creo que, si me acerco a casa de Shisvá, me dejara pasar sin parafernalias de cita previa ni avisos.

Puede que esté siendo demasiado pretenciosa pero me arriesgaré.

Me doy una ducha rápida y me encamino hacia la playa.

De vez en cuando volteo la cabeza por si alguien me sigue, y cuando digo alguien me refiero a Eloy en primer lugar, por supuesto, pero también a Jhanna y Zoe, pero no parece seguirme nadie.

Consigo llegar a la playa sin cruzarme con nadie y entonces recuerdo que hay curso.

Llego hasta la puerta y me reciben los mismos dos hombres de blanco de la otra vez.

Parece que me recuerdan. Tienen sus manos cogidas por delante del cuerpo y están esperando alguna palabra por mi parte.

- Necesito hablar con Shisvá.

Ellos me miran desconcertados, pienso que van a decirme que así no van allí las cosas, pero uno de ellos me dice que espere un momento y allí me quedo, pensando que aún queda lo más difícil y que saldrá a decirme que ya me avisarán cuando él esté dispuesto a recibirme, pero no.

- Pasa, te estaba esperando – me dice el hombre de blanco y me impresiona eso. No lo esperaba.

Me adentro hacia el salón, reconociendo la estancia de la otra vez y un fuerte olor a incienso me envuelve.

- Por fin estas aquí – dice él – siéntate por favor.

Me siento frente a él. Tengo preguntas y no pienso irme de allí hasta que no las solvente.

- ¿Y bien? – pregunta él, leyendo mi pensamiento.

No sé realmente por dónde empezar.



- Pasaré por alto el poder de meterte en mis sueños sin avisar – digo algo enfadada.

Él sonríe y se remueve un poco en el asiento. Se le ve muy cómodo en esa situación, e incluso disfrutando.

- Hay algo que me obsesiona desde el otro día.

Él me observa y asiente para que prosiga.

- Es la frase... dijiste que me estabais esperando... quiero saber por qué. Y quiero saber por qué me habéis invitado, porque ahora sé que nada ha sido casual, y quiero saber qué pinta mi hermana en todo esto, y quiero...

Shisvá me intenta relajar moviendo las manos.

- Eres una chica muy lista. Por supuesto nada es casual. Estás aquí porque debes estar aquí.

Retuerzo mis manos mientras le escucho atentamente. No hay nada en ese momento más importante que escuchar las respuestas a todas mis preguntas.

Shisvá se levanta de su asiento y desaparece de la sala. Me deja ahí, desconcertada, con un silencio que corta la sangre, y aparece, a los pocos minutos con un libro entre sus manos.

La primera imagen al abrirlo es una mujer. Está de espaldas y vestida de blanco. Hay algunas cosas escritas, pero solo me fijo en la imagen.

Al pasar la página la mujer está mirándome de frente. Tiene el pelo largo y rizado y esboza una sonrisa. Me estremezco. Soy yo.

# ALDEA DE LUNA

Nora piensa que el chofer la dejará justo donde la recibió hace unas horas, pero no.

Abandonan la ciudad y se incorporan a la autopista, avanzando a gran velocidad.

Reflexiona sobre eso y concluye que tienen que irse lejos, claro, como no había pensado en eso, tienen que esconder al chico, y empieza a ponerse nerviosa al pensar en cuánto tardarán en echarle de menos, se pregunta de cuánto tiempo disponen.

Es justo en ese momento, al imaginar la angustia de esa madre, al escuchar la noticia de que su hijo no ha aparecido en clase, cuando se empieza a encontrar mal. Su cuerpo se está revolviendo y siente náuseas que no sabe si va a poder controlar.

Se imagina el dolor en las entrañas, que le recuerda a cuando desapareció Paula. Piensa en la incertidumbre que sentirán.

- Tienes que parar – suplica Nora, sintiendo que no aguantará hasta llegar a destino.

El chofer la mira enfadado por el espejo interior del coche.

- No podemos parar – dice volviendo la vista a la carretera.

- Si no paras voy a vomitar en tu coche – insiste.

- Joder – dice él mientras se desvía ligeramente a la derecha, en una zona de descanso.

- Date prisa – dice él, sin perderla de vista, mientras cierra de nuevo la puerta del vehículo para proteger al niño.

Nora se deshace de los nervios y vuelve al vehículo con el mismo desazón que salió pero con el cuerpo menos revuelto. Da la mano al pequeño y se recuesta en el asiento, conteniendo las

lágrimas para que él no se asuste aún más de lo que ya está.

Observo el dibujo meticulosamente.

Le miro desconcertada, no entiendo nada de lo que está pasando.

- ¿Qué es esto? – pregunto, casi a punto de romper a llorar.
- “Esto” es nuestro libro. El libro de nuestra aldea, nuestra comunidad.

Le miro, esperaba algo más que eso.

- Este libro tiene cientos de años Shara, ¿lo entiendes?
- Eso es del todo imposible. Porque yo estoy ahí – digo señalando con el dedo el libro, nerviosa, empezando a creer que todo lo que estoy viviendo es un maldito sueño.
- Mira este dibujo.

Shisvá me acerca el libro y me señala una ilustración. Es ella, soy yo... y en su pierna, la misma marca de nacimiento que yo tengo desde que era un bebé. Tiene forma de estrella y mi padre siempre me ha dicho que soy especial por esa marca, a pesar de mi complejo desde que tuve constancia de que la tenía.

La marca está en mi pierna derecha y es tan perfecta que parece un tatuaje.

Shisvá me sonrío y retira el libro.

- Desde antes de que nacieras, ya te esperábamos, Shara. Nada es casual, nada.
- Quiero saberlo todo. Quien era ella, quien soy yo.
- Y lo sabrás, pero no ahora. Tienes que esperar.

- ¿Esperar a qué? No voy a volver a casa – digo en caliente, pensando, además, que él ya debe haberme leído la mente.

- Tienes que volver, todo tiene que seguir su curso, y después regresarás y celebraremos el Spiriteco, y lo entenderás todo.

No quiero pensar más delante de él, decido marcharme. Me levanto y él me llama antes de llegar a la puerta.

- Shara – su voz suena como un eco en la estancia – No puedes decir nada de esto a nadie, ni siquiera a tu hermana.

Claro... no sé de qué me suena eso.

# ALDEA DE LUNA

Nora se sorprende al llegar a la aldea. Huele a hogar, aunque no pueda tocarlo.

Atraviesan el camino de entrada, rodeados de árboles. Nacho tiene miedo, aprieta su mano y emite un pequeño sollozo.

El viaje ha sido largo y ha preguntado varias veces por su papá, su mamá y su perro, ha preguntado donde iban y si quedaba mucho. Ha llorado e incluso ha dormido.

- Ya casi estamos – susurra Nora, simulando una breve sonrisa a medias, intentando parecer tranquila.

Se desvían por un camino que Nora desconoce y se detienen en la puerta de una casa que jamás ha visto.

Allí les recibe una mujer, vestida con un vestido largo, color marrón claro. Es joven con el pelo liso y suelto.

Trae consigo una sonrisa y les saluda amablemente.

- ¿Cómo te llamas? – pregunta al pequeño.

- Quiero ver a Hulk – añade él, entre enfadado y triste.

La mujer mira a Nora.

- Es su perro – añade Nora – tiene que estar por aquí.

De nuevo ese nudo que le atraviesa la garganta.

Parece que la mujer la entiende.

- ¡Hulk! Sí, claro que está por aquí. Está jugando con más amiguitos como él, vamos a comer algo primero y te quitamos esa ropa tan abrigada que llevas, aquí no te hará falta.

La mujer le coge de la mano y Nacho mira hacia atrás, buscando la mirada de Nora, que se queda paralizada mientras le observa.

Parece que no puede acompañarle y se siente cual personaje malvado de cuento, como la bruja que mete en la jaula a Hansen y Gretel para comérselos después.

Camino hacia la cabaña mientras pienso atropelladamente qué hacer.

Mañana deberíamos preparar el viaje de vuelta a casa, pero, ahora mismo, me siento totalmente desubicada en mi antigua vida. No me creo capaz de aparentar vida normal, no me creo capaz de poder esperar a volver a la aldea para averiguar quién soy.

Me siento perdida. Tengo un millón de preguntas sin respuesta. No consigo adivinar cómo han podido saber de mi existencia, de mi marca de nacimiento.

Me pregunto por qué han utilizado a Minerva de gancho y si ella sabe algo. Me vienen a la mente las imágenes del día de la clase de meditación en la playa, y la comodidad de mi hermana, siguiendo todos sus movimientos.

Me cuestiono si ella sabe algo de esto. Y me arremete una duda que me produce un dolor insoportable en el pecho.

¿Eloy, mi chico serio, es posible que me proteja por ser la chica que aparece en el libro y no por lo que yo creía?

Cierro la puerta de la cabaña y me apoyo en el revés de la puerta, dejándome caer lentamente hasta quedarme sentada en el suelo, y me echo a llorar como una niña llena de miedos en un día de tormenta.



# ALDEA DE LUNA

No puede dejar de mirarlo. Lo ha traicionado y se siente culpable. Ha roto a llorar, ahora que él ya no puede verla.

El chofer quiebra sus pensamientos con su voz grave.

- Al coche – dice, y espera a que ella se meta adentro.

De nuevo un viaje eterno de vuelta, en el que deja el hogar, una vez más, sin haber conseguido más que revolver sus entrañas unos escasos minutos.

Revolotean mil pensamientos, dudas, y empieza a plantearse otra salida que no sea la rendición. No puede dejarse vencer por ellos, tiene que haber otro plan de escape, algo que le permita volver con su familia, salvarles, y salvarse.

Nora cierra los ojos y se deja llevar, de nuevo, hasta la caja, donde sabe que le espera él y las huellas de sus manos en su piel, y de nuevo se transforma en una mujer fría como el hielo, justo antes de atravesar la verja en dirección a la puerta roja.

Durante bastante tiempo permanezco sentada, inmóvil, sollozando y dejando salir la presión que oprime mi pecho.

Tengo los ojos hinchados y me duele la cabeza.

Me doy una ducha a conciencia y salgo de la cabaña en dirección a la playa. Necesito aire.

Sé que hoy es la salida de autobuses y la gente del curso regresa a casa, por lo que deduzco que la playa será el lugar más solitario en ese momento.

No me equivoco. Al llegar allí, el murmullo de las olas al romper en la orilla me reconforta.

Me siento allí, dejando que el agua moje mis pies descalzos.

Cierro los ojos, mientras intento ordenar mis ideas, que en ese momento están todas embarulladas, como las luces de navidad cuando las sacamos cada año de la caja.

Pienso en mi madre. Siempre pendiente de nosotras, tan preocupada porque no nos saliéramos del camino. ¿Sabría ella algo de esto?

Unas pisadas a mi espalda me hacen volverme sobresaltada.

Es él, y me impresiona verle, como siempre, pero esta vez se me forma un nudo en la garganta y el pecho me arde de inseguridad.

No puedo evitarlo y comienzan a brotarme lágrimas sin control.

Él se arrodilla junto a mí y me mira a los ojos asustado.

- ¿Qué pasa?

Intento hablar, pero estoy tan angustiada que no puedo articular palabra.

Siento su mano coger la mía y le miro directamente a los ojos, intentando leer en su mirada lo

que siente.

Transmite preocupación y realmente parece afectado. Nunca le he visto así, pero tampoco le conozco tanto como para saber si esa preocupación se debe a su trabajo o a un sentimiento real por mí.

- No sé qué hacer... - suelto al fin entre sollozos – no sé en quién confiar.

De nuevo me atraviesa un sollozo que sale directamente del alma y suplico que él empiece a hablar, por favor, dime algo, pienso mientras se lo imploro con la mirada.

Él baja la mirada y me abraza.

Muy cerca de mi oído me susurra.

- Te prometo que puedes confiar en mí.

Y el hormigueo de sus palabras en mi oído me causa un escalofrío y siento que no miente.

Reclamo a la Shara prudente, que aparece de repente para corroborarme que todo indica que lo que dice es tan cierto como mi sentimiento pero, ay... ¿desde cuándo la prudencia es capaz de ganar al amor?...

No importa, pienso, solo tengo mi instinto para tomar una decisión ahora mismo, y mi instinto me dice que debo aferrarme a él, así que tengo que contarle mi plan. Tengo que decirle que no quiero volver a casa.

# ALDEA DE LUNA

Nora se detiene en la puerta de la caja. Cierra los ojos, suspira profundamente y se adentra en ese mundo oscuro que descubrió hace poco ahí dentro.

La chica de la otra vez la recibe, con la mejor de sus sonrisas, y la invita a cruzar el pasillo de nuevo, con la música de fondo, la cual odia profundamente, y se introduce en el dormitorio mientras nota sus dedos en su espalda.

- Ya no tengo que explicarte lo que tienes que hacer.

Nora avanza unos pasos y no mira hacia atrás. No quiere darse la vuelta, prefiere evitar que pueda ver su cara de repulsión hacia ella y todo lo que la rodea.

Nota como la puerta se cierra a su espalda y se dirige al baño para ducharse. Es hora de pensar qué hacer para cambiar su destino.

Él me mira y me deshace como un helado olvidado en agosto.

Permanecemos en silencio durante minutos, mirándonos fijamente. Siento ganas de besarle, pero no lo hago.

- Para averiguar la verdad debes volver – me dice al fin. Y su voz resuena en mi cabeza como una campana. ¿volver? Pero eso no estaba en mis planes, pienso asustada. No en mis planes de última hora.

- No puedo volver... - insisto, a punto de romper de nuevo a llorar – ni siquiera sé quién soy.

- Confía en mí – me susurra, y sus labios se posan en los míos como una caricia, suavemente, durante solo un instante, provocando un chispazo en todo mi cuerpo, un cortocircuito, y necesito volver a besarle, pero él se ha retirado un poco para evitarlo – vuelve a casa, Shara, ahora sabes algunas cosas que facilitarán tu búsqueda. Observa todo, y exprime al máximo tu intuición.

- Pero parece que mi pasado está aquí – le digo inquieta.

- Escúchame – me dice agarrándome por los hombros suavemente – tienes que volver. Abrir mucho los ojos y también escuchar. Te prometo que averiguarás más allá que aquí. Y no confíes en nadie. Solo en tu instinto.

- Pero tú... ¿dónde estarás? - le pregunto - ¿Quién me protegerá?

- No te ocurrirá nada. Yo no lo permitiría.

Le miro a los ojos, ansiando besarle de nuevo. Roza con sus dedos mi cara, borrando las lágrimas que me recorren la cara y me besa en la mejilla, sobre una de mis lágrimas.

Después se levanta y se da la vuelta solo para mirarme y decirme.

- Nos vemos a la vuelta.

Estoy a punto de levantarme a tirar de su brazo, pero no lo hago. Solo le observo marcharse, hasta que desaparece, y después me quedo mirando el mar, saboreando el beso que acababa de darme, deseando que no se borre de mi mente jamás.

## ALDEA DE LUNA

Se ha puesto la ropa de encaje de color negro que le han dejado preparada y se ha maquillado tanto que no se reconoce.

Nora ha desaparecido ya y se encuentra muy lejos de allí.

Se siente una mujer distinta, vacía y peligrosa. Una mujer que acaba de convertirse en una boa constrictor, y que es capaz de ser letal.

Aún tiene que trazar un plan en el que proteja, ante todo, a su pequeña. Así que, de momento, tendrá que dejarse hacer, y él irrumpe lentamente en la estancia, con una botella de vino y dos copas en la mano, sonriente, y, después de apoyar el regalo de bienvenida sobre la mesa, se sienta en el sillón de terciopelo rojo, y pone música, y la pide que baile para él, y ella obedece, mientras piensa que se vengará, porque así, parece que duele menos.

Es hora de despedirse. Jhanna ha venido a la cabaña a buscarme.

No tengo nada que recoger, todo lo que me llevo de allí son recuerdos y momentos, y un deseo inefable de volver.

- Ya están todos camino al autobús - me dice con una sonrisa que dista mucho de la que mostraba cuando me recibió el primer día – si estáis listas vamos a la entrada. Nos está esperando el coche.

Minerva me observa con cierto recelo, parece que algo la inquieta.

- ¿No ha venido Rob a despedirte? – pregunta extrañada.

La miro con indiferencia.

- ¿Para qué? En cualquier caso ya nos veremos allí ¿no?

Parece conformarse con mi respuesta y salimos de la cabaña en dirección al coche. Por el eterno camino, rodeadas de árboles, hasta el coche donde, mi chico serio, me mira muy discretamente con el rabillo del ojo, y yo procuro imitarle, a pesar del constante revoloteo de mariposas dentro de mi estómago.

Y nos metemos en el coche. Jhanna nos dice adiós con la mano mientras nos alejamos.

Y así volvemos de nuevo camino a casa, los tres en el asiento trasero, como a la ida, pero de forma tan diferente.

Ellos susurrándose cosas que no acierto a escuchar mientras se besan, yo mirando por la ventanilla y echando miradas fugaces al retrovisor interior, cruzándome con su mirada, y retirándola rápidamente para que nadie sospeche nada.



# ALDEA DE LUNA

Él se ha quedado dormido y Nora se dirige a la ducha para lavar su rastro y su conciencia.

Utiliza el agua casi hirviendo y se recrea allí, dejando que el agua tape su dolor y el ruido al caer también borre su lamento ahogado.

De pronto nota que alguien acaricia su brazo. Es él, que se introduce en la ducha irrumpiendo en su reconstrucción, fracturando todas sus piezas.

La recoge el pelo con las manos, desde atrás, rozándola suavemente el cuello, y la abraza mientras la besa los hombros, y ella cierra los ojos, y se pone la máscara invisible que apenas se ha quitado.

Cuando acaba, se marcha despacio, dejándola de nuevo ahí, en su soledad, y le parece escuchar al poco tiempo la puerta, o eso cree, y se echa a llorar, dejándose caer en el suelo de la ducha, mientras el agua no deja de cubrir su cuerpo.

Cuando se recompone, sale de la ducha y se pone una bata de seda roja que hay colgada en la pared del baño y se cubre con su capucha.

Mira su reflejo en el espejo y piensa que esperarán de ella ahora.

Por si acaso se maquilla, intentando tapar las huellas que han dejado sus lágrimas.

La llegada a la ciudad me causa casi miedo.

No sé lo que me espera, siento una sensación rara, como si todo hubiese cambiado de sitio, aun sabiendo que lo único que ha cambiado he sido yo.

El coche nos deja en la puerta de la caja, junto con los autobuses, y nos bajamos del vehículo, mientras observo a Eloy bajar las maletas que trajimos para el viaje. Las mismas que no hemos vuelto a ver, y Miguel nos dice que esperemos ahí, que ha llamado a mi padre, y que viene a buscarnos.

Apenas pasan unos minutos cuando aparece con su ranchera y su pitillo, sonriente y emocionado por volver a vernos.

Sale del coche y nos abraza a las dos como si fuésemos chiquillas de seis años, y la verdad, me reconforta su abrazo y sus besos en la mejilla.

Joder, como os he echado de menos – dice entre risas - ¿Quién me lo iba a decir a mí?

Nosotras sonreímos y Eloy pasa por mi lado, rozándome un brazo, y no es casual, lo sé, y deja las maletas junto al coche de mi padre, despidiéndose con un movimiento de cabeza. Y le observo mientras se marcha, descorazonada al no saber cuándo volveré a verle.

# ALDEA DE LUNA

Nora pasa unos días en el dormitorio en los que no ocurre nada nuevo.

De vez en cuando vienen a dejarla algo de comer, y, para ser honesta, no puede quejarse del menú.

No ha vuelto a ver a la chica de siempre pero, claro, tampoco él ha vuelto a venir.

En un principio se alegra. Se siente liberada, pero luego empieza a cuestionarse si habrá ocurrido algo que haya cambiado el curso de las cosas. Si él la ha sustituido por otra, si ella no es suficiente para él.

Debería alegrarse por ello, pero no lo hace. Piensa que eso puede empeorar las cosas y pone más difícil la preparación de su plan. Teme también por la seguridad de su hija.

Le pregunta a la chica que le trae el menú, pero casi parece muda. Viene con la cabeza agachada, deja la bandeja y apenas si respira.

Cuando Nora le pregunta por él, ella levanta levemente la cabeza, como si temiera ser observada, y desaparece cual fantasma por la puerta.

Nora ha perdido el apetito y las dudas la amenazan como una sombra, deseando, desconcertada, que él vuelva de nuevo, a devolverle su seguridad y la base de su plan.

Papá mete el equipaje en el maletero y nos invita a subir al coche.

Mamá está de los nervios, nos anticipa. Los días han sido muy largos para ella.

Al llegar a casa, mamá atraviesa el jardín tan rápido como le permiten sus pantuflas desgastadas.

Se tira sobre nosotras y nos invade con mil besos y abrazos sin control, y me siento mal por haberme planteado en algún momento no volver, y yo también la beso y abrazo, y la digo que la quiero más que a nada en este mundo.

# ALDEA DE LUNA

Nora se siente de nuevo una esclava. Ahí encerrada, sin más quehaceres que pensar, rodeada de hipótesis en las que se balancea como un funámbulo en su alambre, sintiendo que está perdiendo el tiempo en conjeturas.

A veces escucha voces en el exterior del dormitorio y se tensa, pensando que alguien va a entrar en cualquier momento.

Nora siempre está preparada para la ocasión. Huele a crema de coco y mango y está siempre maquillada, hasta que, un día más, le puede el cansancio y se desmaquilla, sin saber qué hora será.

Deduca las horas por la música que oye afuera y el rumor de las voces, y las risas.

Un día, por fin, la puerta se abre y, de nuevo, aparece la chica descarada, con su movimiento de caderas y su sonrisa.

Nora se levanta sobresaltada de la cama y espera que le cuente novedades, pero ella solo la analiza con detenimiento y la avisa de que, en breves momentos, tendrá visita. Cambia esa cara de pánfila, le dice, a ver si estas a la altura de la ocasión.

Nora vuelve a la realidad y se renueva, con su capa de mujer de piedra, entre aliviada y nerviosa, y se retoca el colorete y el rímel, esperando que él aparezca por la puerta.

Volver a mi dormitorio, a mi cama, a mis fotografías, que cubren de colores la pared, me aturden.

Cierro la puerta y apoyo la maleta sobre la cama, cerrando la puerta a mi espalda.

Me sorprendo repasando las fotos que cuelgan de unas cuerdas y luces en el cabecero de la cama.

Son mis amigos. Los de toda la vida, y lejos de sentir nostalgia e interés por verlos de nuevo lo que siento es falta de apego.

Abro la maleta y saco el móvil, y lo enciendo. Me cuesta recordar el numero PIN. Observo sorprendida que tengo trescientos cuarenta y dos mensajes.

Los borro directamente, sin ningún remordimiento.

Me tumbo sobre mi cama y solo me vienen imágenes de la aldea. La playa, la música de aquella fiesta, sus dedos sobre mis manos, su voz serena, sus ojos, su efímero beso.

Estoy cansada y mis ojos se cierran, y me introduzco de nuevo en el bosque fantasmagórico de mis sueños, donde me tiende la mano el mismo niño rubio de siempre. Me pide ayuda, su rostro muestra pavor, ayúdame, me grita y noto una presencia a mi espalda y una joven me está mirando fijamente. Sus ojos suplican algo pero no habla.

Tiene el pelo largo y lacio y lleva una especie de bata roja con capucha. Echa a correr en dirección al niño pero las ramas la atrapan y no la dejan avanzar.

Me despierto sobresaltada y me incorporo angustiada en la cama.

Mi madre entra en el dormitorio con un vaso de leche en la mano.

Me abrazo a ella mientras pienso que tengo una misión. Estoy segura de ello. Y tengo que averiguar cuál es.

## ALDEA DE LUNA

Es él, y parece que nada ha cambiado. Siente deseos de preguntarle, pero él está ansioso por tocarla. La besa. La abraza con pasión desenfrenada, como nunca antes lo había hecho.

- Dios, como te echaba de menos – dice mientras la desnuda frenéticamente, casi arrancándola la ropa.

Nora se separa, algo asustada mientras le mira, y él parece volver al mundo real, y frena.

Se restriega la cara, nervioso.

- Perdóname – dice mientras se retira de su lado y se sirve una copa.

Nora intenta recuperar el aliento que ha perdido durante esos intensos minutos. Le reconforta pensar que la situación parece haberse normalizado un poco. Y se sienta frente a él y, por primera vez, le dirige la palabra.

- ¿Sería mucho pedir que me sirvieras otra copa a mí?

Él se sorprende por la pregunta pero sonríe, y le ofrece la suya. Inmediatamente después se sirve otra copa él y se sienta de nuevo frente a ella, elevando la mano con la bebida para brindar, y chocan sus copas, mientras se miran fijamente. Él brindando por quién sabe qué, ella brindando porque se le ocurra un plan con el que escapar de esa cárcel en la que se encuentra.

Un mes y medio, con sus horas y minutos. Ese es el tiempo que me separa de la aldea.

Pienso en sus palabras, que se mezclan con mis sentimientos. La misión. Por alguna razón empiezo pensando que estoy perdiendo el tiempo en la ciudad, pero esas palabras resuenan en mi cabeza.

“TIENES QUE VOLVER” Abrir mucho los ojos y también escuchar...

Y entonces pienso en la caja. Tengo que ir y, esta vez, nada será igual.

Busco a mi hermana pero ya no está.

Se ha ido con Miguel, me dice mamá, y sé que algo se ha roto entre nosotras. Estoy sola en esto.

Me tumbo en el sofá, en las piernas de mi madre, y dejo que ella acaricie mi pelo. Me siento bien, muy bien.

Cierro los ojos. Siento el silencio, solo algo de fondo en el televisor.

- Mamá – disparo sin pensar – pase lo que pase, eres lo más importante de mi vida.

Mi madre suelta mi pelo de repente.

- ¿Por qué dices eso? – pregunta, y su voz suena temerosa.

- No es por nada, mamá, solo quiero que lo sepas.

Durante unos segundos noto que se paraliza, echo una mirada fugaz hacia arriba para verla y está mirando al frente, como ida, y sé que hay algo que la asusta, pero no dice nada, solo vuelve a enredar sus dedos en un mechón de mi cabello y lo enrosca, mientras se pierde en sus pensamientos, y yo cierro de nuevo los ojos.

Intento pensar, pero el cansancio me puede y me rindo al confortable calor de su tacto. El tacto



del hogar, de su perfume a flores de oriente, a la calidez del amor de mamá.

Cuando abro los ojos no sé cuánto tiempo ha pasado, hubiese dicho que mucho, pero la situación es la misma.

Mi madre sigue jugando con mi pelo y mirando el televisor.

Me desperezo y me incorporo en el sofá cruzando las piernas al estilo indio.

Bostezo mientras me froto los ojos.

Una imagen en el televisor. Es él, lo conozco.

Una periodista comenta atropelladamente, delante de un colegio.

“Nacho ha desaparecido. Su madre lo dejó prácticamente en la puerta de la escuela. Nunca llegó a clase. Nadie ha visto nada. Es como si hubiese desaparecido de la faz de la tierra”

Me quedo estupefacta. Nacho, el niño de pelo rubio de mis sueños. El que me pide ayuda. Trago saliva.

El cámara enfoca a una mujer rubia que se encuentra junto a la periodista. Es la mamá de Nacho, y sus ojos denotan cansancio y dolor.

Se siente culpable, dice mientras intenta que sus palabras no se hundan en su llanto, porque no le acompañó hasta la puerta, como siempre, no había aparcamiento, se disculpa, había más padres, más niños, nunca pensé... un sollozo sale de su garganta y la periodista la interrumpe para pedir a los ciudadanos colaboración.

Alguien tiene que haber visto algo, dice, y ofrece un teléfono al que llamar. El hombre de la cámara ya no enfoca a la quebrada mamá de Nacho.

De repente, pasan a otra noticia sobre un robo en las afueras. Y yo me quedo aturdida, en silencio, mientras me pregunto dónde estará el pequeño, y creo que tengo una pista sobre mi misión.



## ALDEA DE LUNA

Nora ha comprobado que algo ha cambiado en él. Sus visitas son más continuas y él es más apasionado.

Siente que ya no es como antes. Él venía, cumplía su cometido y se marchaba. Ahora llega antes. Se preocupa en hacerla sentir bien.

Le trae regalos y habla con ella, y se queda cada vez más tiempo.

La joven que la lleva ropa de vez en cuando también ha cambiado pero, en este caso, al contrario.

Su mirada es seria y, prácticamente, tira su ropa sobre la cama sin dirigirle la palabra.

Un día se vuelve a mirarla antes de salir y la advierte, con cara de odio, que tenga cuidado. No olvides quien eres, dice, solo eres su vía de escape y su hilo conductor para cumplir su propósito y hacer un hijo de la comunidad.

- Para eso ya tiene a su mujer – suelta Nora, arrepintiéndose al instante.
- Cállate – escupe la joven con desprecio – Que sabrás tú.

Y un portazo da fin a la conversación, dejando a Nora de pie frente a la puerta, pensando si no habrá fastidiado otra vez todo.

Al abrir el armario me sorprende ver tanta ropa. Sonrío al ver mis vaqueros favoritos y mi camiseta básica blanca.

Me visto con esa ropa y me observo en el espejo. Hago un gesto de satisfacción al reflejo que me mira sonriente. Me revuelvo el pelo y me pongo mis converse.

Cuando estoy a punto de salir por la puerta hacia el exterior me detiene mi madre.

- ¿Dónde vas, hija? – me pregunta angustiada.
- Voy a dar un paseo mamá. Creo que me vendrá bien que me dé el aire.
- ¿Llevas el móvil?

Claro... el móvil... ni siquiera me acordaba de él.

Subo a mi dormitorio y lo cojo del cajón donde lo guardé. Compruebo la batería. Queda la mitad aproximadamente. Lo guardo en el bolsillo de mi vaquero y cierro la puerta.

Me despido de mamá con un beso en la mejilla y un “no debes preocuparte”.

La observo con detenimiento. Me parece que ha envejecido mucho desde que nos fuimos y que han aumentado sus ojeras.

Siento un halo de culpabilidad sobre mí. Me dirijo a la parada del autobús, cuando noto un coche parar lentamente a mi lado.

Se baja ligeramente la ventanilla y me sorprende la sonrisa excesivamente artificial de Rob, que me invita a subir.

- Voy para la caja... ¿te llevo?

No me apetece para nada compartir un espacio tan reducido con él, pero si vuelvo a rechazar su amabilidad creo que crearé un conflicto que no me interesa.

Además, en ese momento pienso que puedo intentar sacarle algo de información.

Me subo al coche y le miro durante un instante. Está tan cerca de mi cara que me asusto. Me sonrío y noto su respiración.

Me agacho a reatar mis zapatillas atadas. Parece que entiende la evasiva y se recompone de nuevo en su asiento.

Mete primera y avanzamos. Y yo recupero el aliento, de la forma más disimulada de la que soy capaz en ese momento.

# ALDEA DE LUNA

Son casi las ocho. Él le ha regalado un reloj y por fin puede contar el tiempo.

Desde que lo tiene ha descubierto su puntualidad. Sabe que está punto de venir y ya se ha preparado para su visita.

Le espera con el pelo suelto, como a él le gusta.

A las ocho y un minuto él entra por la puerta con una botella de vino blanco en una bolsa de cartón.

- Hoy cenaremos marisco – dice mientras traslada todo a la nevera.

Nora sonríe y recuerda la última vez que cenó marisco. Fue en su restaurante favorito. Nico la invitó por sorpresa, por su aniversario.

¿Cuánto tiempo hacía? Intenta recordar, pero solo acierta a recordar que mucho. Que Paola no había nacido. Que vivían en la ciudad, y que sus planes de futuro nada tenían que ver entonces con los actuales.

Vuelve a la realidad al sentir sus ojos sobre ella. Él la mira preocupado.

- ¿En qué piensas?

- En nada – dice Nora simulando una sonrisa mientras deja acariciar su mano por la de él – En lo bien que estamos ahora mismo.

Y él se muestra satisfecho con la respuesta, y acerca sus labios a los de Nora suavemente mientras la mira fijamente a los ojos.

Nora quiere dejar de mirar, pero tiene que disimular. Finalmente se separa un poco de él y le propone que abra el vino.

Al llegar de nuevo a la caja me parece sentir un aire que se levanta sin sentido, moviendo en remolino un montón de hojas secas que se han quedado arremolinadas junto a la acera.

Pienso que es cosa mía, pero Rob mira extrañado a su alrededor. El aire solo dura unos segundos. Le restamos ambos importancia y nos retocamos, a la vez, el pelo, que se nos ha descolocado un poco.

Avanzamos por el paseo hacia la puerta verde. Miguel sale a abrir y consigo ver a Minerva al fondo del local, riendo a carcajadas con el resto de gente.

¿Por qué no me habrá avisado? Me pregunto, entre enfadada y recelosa.

Me adentro en el local, pero intento tomar distancia de mi hermana.

Rob se adelanta, mientras Miguel me roza ligeramente la cintura para detenerme mientras me sonrío.

Alcanza un par de botellines de cerveza de la barra y me ofrece uno.

- Me han dicho que tuviste un encuentro con el líder – dice mientras no deja de mirarme, a la vez que da un sorbo a su botella.

Le miro en silencio y bebo yo también, mientras pienso mi respuesta.

Alrededor nuestro, todos los asistentes están conversando a lo suyo, en pequeños grupos, como siempre en la caja.

Minerva parece no haberse percatado aun de mi visita, ni de la ausencia de Miguel. Rob se ha parado con un grupo de gente a charlar.

Noto la mirada incisiva de Miguel, que espera una respuesta.

- Veo que estás muy bien informado – digo, sorbiendo otro trago para pausar la conversación, con la esperanza de que alguien nos interrumpa, pero nadie lo hace.



- Ya te habrán dicho que no es nada habitual que el líder pida un encuentro con alguien...

- Si... eso me han dicho – digo, alejándome de él, ante su estupefacción.

Miguel no intenta detenerme, ni yo me vuelvo a ver su cara de desconcierto, aunque puedo imaginarla. Sonrío.

Jódete, pienso, mientras doy un último trago al botellín sonriendo y lo dejo sobre la barra.

Me uno al grupo de Rob, que me aceptan cual reina del baile de una peli americana.

Todos quieren hablar conmigo y me ríen las gracias, aunque no la tenga.

Me ofrecen otro botellín, y el plato de patatas fritas, y es entonces, con el revuelo, cuando noto clavada la mirada de Minerva sobre mí. Y me hiela la sangre el comprobar que no está disfrutando con aquello, sino todo lo contrario, y Miguel se acerca por detrás de mí, y me da un beso en el cuello que hace que me dé la vuelta, sobresaltada, no sin antes haber guardado en la retina la mirada explosiva de mi hermana, clavada en mí como una daga.

# ALDEA DE LUNA

Nora está detectando que el apego que él siente ha superado los límites previstos, pero no dice nada.

Hace días que él entabla conversaciones con ella y ha dejado de lado un poco el sexo, lo cual le alivia bastante.

Le habla de la comunidad, de los objetivos. Al principio no ahonda demasiado, pero poco a poco coge confianza y agrieta la capa de su cautela.

Están en vías de una creación única, algo muy grande. Una especie creada en base a sus deseos. Los elegidos tendrán descendencia y se criarán en un espacio aparte.

Ya hay quinientos niños repartidos en colonias por toda España, y casi doscientos en Portugal. Si todo continua según lo previsto, en cinco años habrán repoblado con casi treinta mil niños, entre los “reeducados” y los propios.

Los niños son recogidos y llevados al campamento base. La aldea. A los pocos días los trasladan a la caja y allí van decidiendo cuál será su futuro lugar de residencia, según las instructoras crean oportuno.

Todo según el libro sagrado, dice. Ahí todo está escrito, y todo está saliendo según las escrituras de Shisvá. Y se emociona tanto al contarle que se levanta de la silla con las manos en alto, y se agacha para coger la cara de Nora entre sus manos, y la besa. Y es entonces cuando se le escapa lo de Paola.

Cuando cumpla los diez entrará en la escuela de mujeres, dice, y será adoctrinada para ser una mujer de la comunidad, y se la elegirá un chico a los catorce. Para que puedan procrear, tal como indican las escrituras sagradas.

Para hacer una comunidad perfecta. Y Nora no puede evitar que su cara se desencaje, y él la mira, y lo nota, y su cara muestra su gesto más brusco, y encoleriza al descubrir que ella no comparte esa idea, y ella se echa las manos a la cara, al encajar que es demasiado tarde, y él la golpea con la mano abierta en la cara, y se marcha, ofuscado, dando un portazo al salir.



Sé lo que buscas, me digo para mis adentros. A mí no me engañas ya, chico de las mil sonrisas.

Le fulmino con la mirada, mientras él me examina en silencio, esperando, quizás, otra reacción por mi parte, pero me acerco a su oído, lentamente, mientras todos han desaparecido de repente como una estampida, y le susurro en voz muy baja, 'ahora mando yo'.

Y me vuelvo sobre mis pasos, dejándole allí, de pie, mirándome asombrado por la respuesta, y echo una última mirada a mi hermana, que al cruzarse con la mía la retira, y comienza una conversación, seguramente insustancial, con la persona que tiene al lado, por disimular.

Yo me dirijo hasta la puerta de salida. Alguien tendría que abrirme la puerta, son las normas, pero nadie se interpone.

Miguel me observa mientras abro y desaparezco de allí.

Avanzo unos metros y espero. Puede que salga alguien a detenerme, a recordarme las normas, a reprocharme que no debo saltármelas. Espero. Durante unos minutos estoy casi segura de que alguien va a salir, al menos para comprobar qué hago, pero nadie lo hace. Así que me pierdo entre los caminos exteriores de la caja, en dirección contraria a la salida, buscando algo que ilumine mi misión, y es así, sin pretenderlo, como encuentro aquella casa de ladrillo, rodeada de rosales y flores de distintas clases.

Es en ese momento cuando le veo a él, el niño de mis sueños, el de la televisión, y me escondo detrás de los árboles, donde nadie puede verme, o eso intento, esperando algo, un poder sobrenatural, para eso soy la protagonista de ese libro del tiempo, me digo.

Alguien sale al exterior. Es una mujer de mediana edad y va uniformada. El niño está solo, no alcanzo a ver su mirada, ni si está asustado.

Lleva una especie de babi azul claro, como llevan los niños en los colegios. Ella le empuja suavemente el hombro para que se introduzca en la casa. Después se queda de pie, mirando al frente, como si me intuyera.

Durante unos minutos aguanto la respiración.

Finalmente se dirige hacia adentro, echando un último vistazo, antes de cerrar la puerta.

# ALDEA DE LUNA

Nora lleva todo el día dándole vueltas al asunto. Ha llorado. Mucho. Se arrepiente enormemente de no haber sido capaz de ocultar sus sentimientos.

Ha rezado todo el día por Paola, y por Nico, porque no hayan sido castigados por su culpa.

Ha rezado porque él vuelva, porque le dé otra oportunidad.

Se ducha a conciencia y se pone lo más guapa que puede. Utilizando todos los trucos que recuerda para tapar ojeras.

Lleva puesta la bata de seda roja y el conjunto de ropa interior que más le gusta a él.

Escucha la puerta y entra ella. Lleva una vara fina de madera en la mano. Y no trae cara de buenos amigos.

Nora da unos pasos atrás. Ella avanza mientras tuerce el labio, mostrando una sonrisa sarcástica.

Nora espera. Le tiemblan las piernas un poco y el corazón le late fuertemente. Desearía agarrarla del cuello y apretar hasta que dejara de respirar. Lo imagina mientras la mira acercarse, con esa mirada de odio en su cara.

- Casi lo estropeas todo – dice, mientras se golpea la palma de la mano repetidas veces.

Nora no articula palabra. Haz de una puta vez lo que tengas que hacer, piensa para sus adentros, mientras intenta controlar su ira.

Ella avanza, tan lentamente que aún es más irritable la espera.

Coge la cara de Nora con la mano y aprieta fuerte mientras acerca su cara para decirla que ni siquiera para ser una zorra vale.

La puerta del dormitorio se abre y entra él.

Ella se vuelve a mirarle y él aprieta los puños de las manos.

- Sal de aquí – dice – Esto no es cosa tuya.

Ella le mira durante unos segundos. Parece que quiere contestar, pero se retiene.

- Y deja eso aquí – termina mientras le arranca de la mano la vara de madera, esperando que desaparezca del dormitorio.

Estoy a punto de volver sobre mis pasos, pensando en recorrer el mismo camino que he utilizado para llegar hasta ahí. Se está haciendo de noche y pienso que es mejor volver mañana.

Se oyen pasos, y voces en algún lugar, no muy lejos. Me detengo y me agacho. Parece que suenan muy cerca.

Las voces se alejan de nuevo y comienzo a andar con mucha cautela, parando cada poco tiempo, porque me parece oír pisadas continuamente.

Me voy alejando de la casa, rodeando la valla que envuelve la caja. Siento que es la forma más discreta de acercarme hacia la salida sin ser vista.

Estoy muy cerca de la puerta verde y veo que la gente está abandonando el local. Miro mi reloj de mano. Son casi las diez. Siempre cierran el local a las diez en punto, a no ser que haya concierto o algún evento especial.

Tengo que esperar a que todos se marchen o será muy sospechoso que yo aparezca de repente. Me preguntarán donde he estado.

Espero bastante rato mientras veo como todos van abandonando el recinto.

Ya no se oyen voces, parece que todos se han ido. Ha pasado casi una hora hasta que he dejado de escuchar murmullo en el exterior.

Me levanto del suelo y sacudo mis vaqueros.

Me dirijo hasta la puerta de salida para descubrir, aterrada, que está cerrada automáticamente, y que no hay forma de salir.



# ALDEA DE LUNA

Nora analiza la situación. Por un lado se alegra de que la haya echado, pero no sabe a qué atenerse.

Él sigue con la vara en la mano pero, durante mucho rato, no se mueve.

Nora se decide.

- Quiero pedirte perdón – dice ella al fin, esperando lo peor – lo he pensado bien. Ahora lo entiendo, y sé que es lo mejor.

Él permanece en silencio observándola. Por favor, por favor, dame una oportunidad, suplica ella para sus adentros, mientras intenta encontrar las palabras mágicas.

- Nunca había sentido lo que siento contigo - continúa con el segundo asalto – ahora entiendo todo. Sé por qué estoy aquí. Está todo escrito. Y debemos crear algo juntos. Seguro que si seguimos intentándolo conseguiremos el propósito. Un bebé para la comunidad. Un bebé nuestro, para...

Él se abalanza hacia ella. Suelta la vara, que cae en el suelo y la agarra con fuerza de la cintura. La besa apasionadamente. La tumba sobre el sofá de terciopelo rojo. La observa desde arriba, mientras está sobre ella. La agarra suavemente del pelo y vuelve a besarla.

- Hoy vamos a crear ese hijo-dice él, con la mirada desencajada – hoy es el día. Estaba escrito. Después de la sublevación llegará el fruto, dicen las escrituras de Shisvá. Y así será.

Y la desnuda, con un deseo desmesurado, olvidándose de caricias, ni de besos de amor como las últimas veces. Y ella se vuelve fría como el hielo, y se deja hacer. Todo por recuperar la oportunidad que creía perdida. Y procura parecer entusiasmada con sus caricias ardientes, mientras desea con todas sus fuerzas que hoy no sea su día fértil.

No puedo creer que haya podido ocurrirme algo así. Insisto con la puerta, pero el sistema es automático.

Tampoco quiero hacer demasiado ruido y sospecho que hay cámaras y que, seguramente, alguna esté dirigida a la puerta, por lo que desisto y me alejo de nuevo por el perímetro de la valla, intentando localizar otra salida.

Está empezando a refrescar y siento algo de miedo. Si me quedo allí retenida mi madre pondrá el grito en el cielo, me buscarán, y tengo que pensar qué explicación voy a dar al respecto, pero eso solo me preocupa durante unos minutos.

Lo que más me importa en ese momento es localizar otra salida.

Sigo avanzando por el lateral y me parece escuchar algo en algún punto de la valla. Como un sonido metálico.

Me apresuro a recorrer esa parte, con la esperanza de que ese ruido sea de alguna puerta y que pueda utilizar un descuido para salir.

De nuevo escucho esa especie de crujido. Un sonido largo, como de una puerta de parking.

Medio agazapada, consigo ver una luz a lo lejos. Acelero mis pasos hasta que puedo divisar las luces de un coche.

Me escondo detrás de unos setos y observo.

Hay una fila de coches afuera, y un hombre de seguridad en la puerta. Afino la vista. No es Eloy.

Lleva una especie de carpeta en la mano con un folio. Parece que revisa los ocupantes de los vehículos y les va dejando entrar.

Los coches se detienen una vez adentro. De cada vehículo sale un hombre. Van bien vestidos, trajeados.

El coche se marcha y los ocupantes de los vehículos van entrando por la puerta roja de uno de los edificios.

Cada vez que se abre la puerta consigo llegar a escuchar una música que sale de dentro, y se oyen voces y risas.

Da la sensación de ser un lugar donde se está celebrando una fiesta, pero me sorprende que los invitados solo sean hombres, así que empiezo a sospechar que es una especie de prostíbulo. Porque dentro si se escuchan voces de mujer.

No me veo capaz de introducirme ahí dentro sin ser vista, y mucho menos salir al exterior, con tanto ajetreo y ese guardia de seguridad en la puerta.

Me temo que tendré que acomodarme como sea, y espero no morir de frío, aunque no parece que vaya a ser una noche gélida en pleno verano.

# ALDEA DE LUNA

Durante horas repiten el proceso. Nora siente que es una de las noches más difíciles desde que empezó con él.

Todo está siendo frío como el hielo y teme que sea así hasta que se quede embarazada. ¿Quién sabe cuánto puede tardar?

Con Nico fueron dos años de espera. Los primeros meses estuvieron llenos de magia e ilusión. Luego se volvieron un poco desesperantes. Sobre todo cuando llegaba, cada mes, la menstruación.

Nora lloraba en el baño porque su deseo no llegaba, y, cuando conseguía controlar el llanto se lo comunicaba a Nico, que intentaba disimular su decepción, y luego la abrazaba y la reconfortaba con sus abrazos, y sus palabras de aliento. Ya llegará, no hay prisa, y un helado de chocolate compartido en el salón, mientras sacaba sus bromas de la chistera, las que tanto la hacían reír, aunque sabía que, también él, necesitaba creerse esas mismas palabras de consuelo.

Dos años, dos largos años de espera hasta que, al fin, llegó aquel retraso. Y esa sensación que la hacía estar diferente.

Podría ser un error, un simple retraso, pero no. Ella sabía que algo había cambiado en ella. Y esperó. Esperó hasta que pudo hacerse la prueba, y lloró. Lloró muchísimo cuando vio que las dos líneas se tornaban de color rosa. Y envolvió la prueba en papel de regalo y se lo dejó a Nico sobre la mesa.

Y él se sorprendió de aquella sorpresa inesperada, sin saber que sería aquel regalo tan grande, en un paquete tan pequeño.

Y se besaron. Se besaron durante toda la noche. Apasionadamente. Mezclados entre ilusiones y sueños que creían imposibles. Esperando que llegara el día de poder ver aquel cuerpecito que habían creado juntos. Sabiendo así que los sueños se pueden cumplir, y que solo hay que esperar a que el destino decida cuando regalártelos.

Nora sale de su ensimismamiento y se encuentra con su cara cuando abre los ojos.

Él la observa y aprecia una cara de ilusión que nunca antes ha visto. Y entonces es el propio destino, en ese preciso instante, cuando le regala a Nora la oportunidad.

Él la besa en la frente y se separa de ella. La mira diferente. Ha descubierto otra Nora, y cree que, la ilusión de sus ojos, se trata de otra cosa. Parece que ahora sí han calado en su alma las palabras de Nora de crear un hijo, juntos.

Sale del dormitorio con una sonrisa que la descoloca. Parece haber cambiado algo en él. Aún no sabe lo que es.

Tarda unos minutos en regresar, con una bandeja con dulces y leche. Y se la ofrece. Y la pide perdón. Empecemos de cero. Y Nora respira hondo, mientras se alegra de haber recuperado la normalidad, devorando los dulces con avidez, debido al desgaste. Y los dos se quedan dormidos sobre las sabanas.

Me he quedado dormida, no sé cómo ni cuándo, pero el crujido de la verja me despierta.

Tengo escalofríos. Parece que algunos hombres empiezan a marcharse del lugar.

Está empezando a amanecer y se me han entumecido las piernas.

Intento removerme sin hacer ruido.

La puerta de la verja se abre y los coches entran para recoger a los asistentes.

Van saliendo a cuentagotas, tengo que hacer algo. Piensa Shara, piensa, joder.

Me agazapo entre los setos, acercándome mucho a la puerta. El chico de seguridad ha desaparecido, parece que no controla las salidas. No es necesario.

Me agacho junto a uno de los coches, prácticamente lo estoy tocando. Estoy junto a la puerta trasera, en cuclillas.

Todo mi cuerpo está temblando. No quiero ni pensar que ocurrirá si me descubren.

Salgo al mismo paso que el coche, que, gracias a dios, avanza muy despacio. Me aseguro que no hay nadie detrás, y consigo salir al exterior.

Corro hasta sentirme a cubierto justo al lado de la puerta, pero en el lado exterior de la caja. Y respiro. Respiro hondo, recuperando el aliento. Lo he conseguido. Aún no he recuperado el latido normal cuando la puerta roja se abre y se me corta la respiración al ver quien sale de allí. No puede ser. Debe ser un sueño, podría serlo, me gustaría que lo fuera, pero no lo es.

Me tapo la boca para evitar soltar un quejido que se escapa a medias de lo más profundo de mi alma.

Espantada descubro que el hombre trajeado que sale de allí es mi padre.



## ALDEA DE LUNA

Nora se despereza. Él ya no está. Se levanta de la cama y se le escapa una sonrisa esperanzadora.

Se introduce en la ducha y se queda allí, durante mucho tiempo.

Al salir se vuelve a poner de nuevo su bata roja de raso y se pasea por el dormitorio.

Rememorar aquellos momentos con Nico le han dado ánimos de nuevo a luchar, y tiene que aprovechar la oportunidad que le ha brindado el poder de la ilusión de sus recuerdos.

Se prepara un café caliente mientras intenta trazar un plan para escapar. Tiene que volver a la aldea. Como sea. Pero ¿cómo puede conseguir eso?...



Estoy paralizada por la conmoción. No puedo dejar de mirarle. Es él, no hay duda, aunque deseo con todas mis fuerzas estar equivocada.

Mi estupor me obliga a pensar que aún estoy soñando junto al seto. Que no he despertado, y que la imagen de mi padre saliendo de aquel prostíbulo, o lo que quiera que eso sea, es fruto de un sueño horrible del que quiero despertar.

Pero la realidad me va recordando que los sueños son diferentes, y que esto dista mucho de serlo, y le veo aproximarse al coche negro de lunas tintadas que le espera en la puerta, y el chofer le llama señor.

Ya no hay margen de duda, pero ¿qué está pasando?

No sé cómo digerir aquello cuando me sobresalta otra imagen. No puedo respirar con normalidad, estoy jadeando, mientras intento encubrir un llanto de confusión.

Minerva sale de repente de otro coche que acaba de derrapar en la puerta.

Intercalan palabras confusas que no entiendo, pero parecen asustados. Entonces caigo en la cuenta de que hablan de mí.

Mi padre se mete con Minerva en el coche negro, que arranca de forma brusca.

Me quedo allí, agachada, mientras los ojos se me cubren de lágrimas. No entiendo nada. ¿Quién es realmente mi padre? Y ¿mi hermana? Y lo más preocupante ¿quién soy realmente yo?

Echo a correr entre los árboles que rodean la caja. No llevo ningún rumbo, ni sé a dónde me dirijo. No puedo fiarme de nadie.

Solo escucho mi llanto, en medio del silencio de la madrugada. Mi llanto desesperado y desgarrador, mientras los ojos se me inundan de lágrimas que emborronan el camino sin sentido que estoy siguiendo. Y entonces algo me detiene bruscamente.

Alguien me coge de los brazos y me paraliza, mientras yo solo atino a gritar que me suelte. Solo quiero desaparecer.

Y entonces siento su abrazo y reconozco su perfume. Me besa en la cara y me retira el pelo empapado y pegado a mis mejillas enrojecidas a causa del sofoco.

Mi chico serio se deshace de las lágrimas que invaden mis ojos con la manga de su camisa y me arropa con la chaqueta de su traje, mientras me abraza muy fuerte y me susurra... ahora ya lo sabes.

Cuando consigo recuperar un poco la cordura, Eloy coge mi cara entre sus manos y me mira fijamente.

- Vamos a entrar ahí – dice. Y me entra el pánico.

Eloy me convence de que no ocurrirá nada. Es el momento perfecto para entrar. Las chicas están descansando y yo tengo código para entrar, asegura. Nadie sospechará nada, te lo prometo. Y tu padre y tu hermana deben andar preocupados por buscarte por otro sitio.

- ¿Pero, para qué entrar ahí?

- Tengo que explicarte... - dice, mientras me agarra suavemente la mano para encaminar mis pasos sonámbulos hacia el lugar del que llevo toda la noche intentando escapar.

La puerta se abre con su tarjeta y nos adentramos, de nuevo, en el interior de la caja.

La puerta roja tiene un código en la puerta que Eloy inserta con rapidez.

Nos introducimos en aquel lugar. Ahora no se escucha música, ni voces. Nada.

Eloy se lleva el dedo índice a los labios para pedirme silencio y avanzamos casi de puntillas por un pasillo.

Todo es rojo, las cortinas y los cuadros, y las puertas y las sillas que decoran los espacios abiertos.

Llegamos al final del pasillo y él abre la puerta.

Adentro hay una mujer morena, de pelo largo, vestida tan solo con una bata, también roja. La reconozco. Una vez la vi en uno de mis sueños.

Ella se sorprende al vernos, pero no dice nada.

Eloy la pide que se siente, con un movimiento de la mano.

Yo permanezco de pie, intentando canalizar todo lo que está ocurriendo, y entonces me pide a mí también que me siente. Y él se sirve una copa, mientras nosotras nos analizamos con la mirada.

Ella preguntándose, quizás, quien soy yo, y yo deseando despertar de repente en mi casa, con las fotos de mis amigos en el cabecero de mi cama, mientras escucho trastear a mi madre en la cocina.

## ALDEA DE LUNA

Nora se sobresalta al verles entrar. Recuerda haber visto a ese chico alguna vez en la aldea, en alguna de las fiestas de HARYD. Pero ella...

Un escalofrío le recorre el cuerpo. Es ella. Es “la esperada”. La del libro sagrado. Ese que todos tienen en su cabaña. Ese del que el líder habla en las reuniones.

No hay margen de error. Siempre tuvo dudas de que realmente existiera, porque nunca la vio. Pero ahora estaba segura de que era ella.

Él la pidió que se sentara y ella obedeció. Le hubiese gustado ponerse algo más oportuno que la bata que llevaba puesta, pero no parecía un buen momento para interrumpir.

Él se sirvió una copa que parecía necesitar tanto como respirar. Y mientras, ella, la observaba con detenimiento.

Nora se preguntaba qué habían venido ellos a hacer allí, a su dormitorio. Con todos los que había en aquél lugar, habían elegido el suyo. ¿Quizás vendrían a proponerle otro secuestro?

El anterior había salido tan bien que hasta ella estaba sorprendida de sus habilidades.

Intentaba adivinar sus intenciones en su mirada pero ¿cómo ver a través de los ojos de una Diosa?

Desistió y esperó a que ellos dieran el paso.

Eloy se toma su tiempo. Deduzco que busca una forma de comenzar lo que quiera que sea que va a soltarme. Me temo que me va a provocar un jirón en el costado, y que voy a tardar en recuperarme de eso.

- Ponme una copa también a mí, por favor – suplico.

La chica de la bata roja levanta la mano.

- Que sean dos...

Él nos mira durante unos segundos y obedece.

Cuando por fin se acomoda entre nosotras, remueve los hielos con uno de sus dedos y coge aire para comenzar.

- Ese hombre que te visita todas las noches – dice dirigiéndose a ella – es tu padre.

Vuelve la cabeza a mí y yo intento asimilar que ha querido decir con eso.

¿Todas las noches? ¿La misma chica? ¿No es solo sexo? ¿Qué hay de mi madre?

Tengo ganas de llorar de la misma rabia y decepción que tengo. Ya noto como me sangra la herida del costado.

Ella no dice nada, pero sé que se siente mal. Por mí, por ella.

Miro a Eloy. Suplico con mi mirada que no se detenga y doy un trago a mi copa. Toso. Está cargada, o es que yo no estoy acostumbrada a ese tipo de alcohol, no sé.

- Tu padre es uno de los miembros destacados de la comunidad. Son diez. Son los encargados de procrear.

Se detiene porque mi voz sale como un torrente de agua por mi boca.

- ¿Qué coño estas diciendo?

Él suspira, y ella le acompaña con otro suspiro, y siento que la más perdida en ese dormitorio

soy yo.

- Se trata de formar una comunidad a su voluntad. Ya son muchos miembros, pero no se trata solo de eso. Quieren formarlos. Y quieren que tengan la sangre de la realeza. Y bueno... tu padre y, por consiguiente, tú, pertenecéis a ella.

Se hace un silencio en el dormitorio y es ella quien lo rompe esta vez.

- Tú eres la esperada – dispara mientras me mira – enséñame tu pierna.

Destruyo sus intenciones con la mirada mientras doy otro sorbo a mi copa. Ella parece arrepentirse de sus palabras y retrocede.

- Perdón, no quería... perdón.

No digo nada, solo miro de nuevo a Eloy.

Él también da un trago a su bebida y vuelve a coger aire.

- Luego está tu hermana... ella le ayuda, ella sabe desde hace mucho tiempo de donde venís. Ella es quien te prepara la ropa – dice dirigiéndose a ella.

- ¿Ella? ¿ella es su hija? – parece aterrarle la idea y a mí, desde luego, me despedaza.

Abro los ojos tanto como puedo y me levanto del sillón. Tengo las manos mojadas por la humedad del deshielo de la copa. Me las froto contra los vaqueros mientras camino por el dormitorio, presa de los nervios.

- Esto no puede estar sucediendo – acierto a decir como único argumento.

- Miguel se acercó a ella para conseguirte a ti. Porque tú, en realidad, eres la más importante de la comunidad ahora mismo. Todo estaba previsto para que asistieras a la fiesta en agosto. El Spiriteco será tu nombramiento. Lo más importante en cientos de años, y Miguel quiere estar muy cerca de ti en ese momento. Yo diría que demasiado cerca, pero tu padre no se lo ha permitido. Por eso se acercó a Minerva.

Me froto la cara, nerviosa. He vivido una mentira y lo estoy descubriendo todo en una noche.

- ¿Y mi madre?

Eloy vuelve a dar vueltas a los hielos con la punta de los dedos.

- Tu madre no es partidaria de todo esto. Siempre quiso huir con vosotras, pero tu padre no se lo ha permitido jamás. Tiene vigilancia las veinticuatro horas. Y luego se unió a él Minerva, y ella desistió. Solo la quedaba esperar que llegara este momento.

Vuelvo a sentarme y doy un trago tan largo que, prácticamente, acabo la copa.

- ¿Y ahora qué? – pregunto.

- Ahora volverás a casa, dirás que has estado en casa de tu amiga Patricia. Yo me he encargado de hablar con ella para que te encubra. Le conté que estás conmigo, y que tus padres no aceptan lo nuestro, y que tenía que cubrirte. Ella aceptó, recibió tu wasap, le has pedido perdón, y le has prometido que hablarás con ella en cuanto puedas hacerlo.

Pienso que se nota cuál es su profesión, y que voy a preguntarle una cosa en cuanto salgamos de ese dormitorio.

- Y ¿por qué habéis venido aquí? – pregunta ella, al ver que nos estamos levantando.

- Porque tú vas a ayudarnos, y nosotros te ayudaremos a ti – dice él.

Y su cara se envuelve de un halo de esperanza que soy capaz de reconocer al mirarla. Y sé que lo hará. Sé que nos ayudará.



Salimos de nuevo al exterior y nos dirigimos a su coche.

Cuando hemos abandonado la zona cero le observo, y me fijo en sus rasgos serios y elegantes. Se siente observado. Me mira durante un par de segundos.

- Tengo que preguntarte algo – le digo, mientras no puedo dejar de mirarle.  
Él vuelve a mirarme.

- Dispara – dice.

- ¿Por qué lo haces?

Vuelve a mirarme, como sorprendido.

- ¿En serio me lo preguntas?

- En serio – repito.

- Por ti.

Un calambre me sacude el pecho. Creo que ha sido algún cortocircuito en el corazón.

Me sale una sonrisa inevitablemente idiota.

- Pero tú sirves a mi padre.

- Pronto te lo explicaré todo, Shara – me dice sin mirarme – estoy muy sorprendido... eres muy valiente – y me mira con una sonrisa de hombre intrigante, que vuelve a sacudir algo en mi alma, eso que provoca una sonrisa que hace que vuelva mi cara a la ventanilla para evitar que descubra mi fragilidad.

Cuando estamos a dos manzanas de mi edificio detiene el coche y me devuelve mi móvil.

- ¿Cómo lo has hecho? – pregunto asombrada por su habilidad.
- No preguntes...

Me aconseja que vuelva a casa andando. “No has avisado porque perdiste la noción del tiempo y luego os quedasteis dormidas. Cuando has despertado te has vestido y has salido de allí de inmediato para casa”

Esas son las instrucciones y las grabo en mi mente a fuego.

Cuando voy a salir por la puerta del coche me acerco mucho a él y le beso suavemente en los labios. No se lo espera pero noto que le gusta.

- No retrasemos más este momento. Es arriesgado seguir aquí.

Abro la puerta del copiloto y salgo del coche.

Camino lentamente, recreándome en el silencio del amanecer, nerviosa y algo asustada al encontrarme de nuevo sola, sin la seguridad de su compañía, recordando los pasos a seguir y rezando porque la buena suerte me acompañe y, si es posible, algo de magia, que para eso soy la protagonista del libro del que todos me hablan.

Al llegar a la puerta no me da tiempo a introducir la llave.

Mi madre sale a recibirme con un abrazo desesperado. Esperaba una bofetada, pero no sé por qué, si mi madre jamás me ha puesto una mano encima.

Mi padre se encuentra detrás, y, junto a él, mi hermana, a la que ya veo con otros ojos. Y está claro que también ella a mí.

- ¿Dónde cojones estabas? – pregunta Minerva, ante mi estupefacción.

No contesto. La miro con ojos desafiantes. Y ella se vuelve hacia la cocina, y se dirige hacia el frigorífico a coger algo de beber.

- ¿Dónde has pasado la noche, hija? – pregunta él, mi padre. Y siento unas inmensas ganas de decirle que allí, viendo cómo se acuesta con otra mientras mi madre espera en casa, pero, por desgracia, eso acabaría de inmediato con todos los planes, así que, simplemente suelto un “lo siento”, bastante apenado, que a mí me suena bastante creíble, “en casa de Patri”, y toda la parafernalia que he ensayado durante todo el camino.

Después de los reproches pertinentes y de un “no se volverá a repetir” cada uno se va a su dormitorio a descansar, porque ninguno de nosotros ha dormido, cada uno por lo suyo, y yo necesito una cama como si mi vida dependiera de ello.

Al día siguiente escribo a Patri. Es el plan.

He quedado con ella en una cafetería del centro comercial, porque me van a seguir. Él lo sabe y me avisa de cada paso que debo dar.

Hablo con ella, le cuento una historia que ni yo misma me creo, pero que he estudiado tanto que al final suena tan creíble como si fuera verdad.

Después pasamos a rememorar viejos tiempos. Y reímos. Reímos mucho. Me cuenta que Ana ha empezado a salir con un chico, que es un poco friki, pero que no se separan ni para ir a la compra.

Hablamos mucho, hasta que dan las tres en punto. Vamos a comer allí, ese es el plan, pero tengo que ir al baño, guarda tú la mesa y luego la guardo yo.

Y me acerco al aseo de la segunda planta, recorro el pasillo y me aseguro de que nadie me sigue, porque si noto algo debo abandonar el plan.

Miro mi wasap. “segundo baño” y allí me meto, en un espacio inferior a un metro cuadrado, pegada a él, y siento ese perfume suyo que acelera mis pulsaciones tanto que siento que me va a estallar el pecho.

- ¿Qué tal ayer? – susurra.
- Todo bien – le digo, tan cerca de su boca que casi nos rozamos los labios.

Me da más instrucciones. Un clínex. Una dirección escrita a boli y una hora.

- Memorízalo y tíralo al agua cuando estés segura. Asegúrate bien de que queda destruido.

Asiento con la cabeza. Me coge la cara con las dos manos y me da un beso en los labios, tan apasionado que me sacude el cuerpo entero.

Después, sale por la puerta como un fantasma y yo releo el papel, en cuanto soy capaz de

volver de la luna.

Paso la tarde con Patri y tengo la sensación de que es una despedida, pero ella, probablemente, tenga la percepción de todo lo contrario.

Después, me dirijo hacia la dirección del pañuelo, asegurándome de que nadie me sigue.

He tenido que coger el transporte público y cerciorarme de que nadie me acecha. Para ello he dejado pasar el primer autobús que ha llegado para poder comprobar que todas las personas de la parada han subido al primer vehículo y así con el resto de transportes que he tenido que utilizar.

Es bastante improbable que me hayan seguido y, si así fuera, él me avisaría.

Llego al hotel en el que él ya se ha encargado de coger una habitación. Doscientos dos, con ventana a la calle para asegurarse de que nadie me ha seguido.

Llamo con los nudillos suavemente y me abre. Me coge de la cintura y cierra la puerta con una mano.

Me besa sin demora, y yo le sigo. Dios, como ansiaba ese momento. Me encaramo a él como un pulpo y nos besamos como si, en cualquier momento, el mundo se fuese a terminar.

Me tumba sobre la cama y me desnuda. Me deshago de su chaqueta y espero a que se desabotone la camisa, mientras estoy completamente desatada. Y nos enredamos entre las sábanas, una y otra vez, hasta acabar exhaustos y acalorados.

Me dirijo al baño a darme una ducha y me llevo su camisa.

Me la pongo por encima y respiro el perfume que desprende. Me produce tal sensación que sé que nunca podré olvidar ese aroma.

Cuando regreso a la cama hay una bandeja de desayuno que Eloy se ha encargado de pedir.

Me siento a su lado, después de darle un beso en los labios. Me siento como en una nube, y no estoy dispuesta a bajarme.

Ni siquiera a plantearme cuánto durará ese momento de encantamiento. Solo quiero disfrutarlo al máximo.

Desayunamos zumo de naranja, café con leche y unos bollos calientes con mantequilla.

Eloy se levanta a dejar la bandeja sobre la mesa, y a la vuelta, saca algo de su chaqueta.

Le observo. Su rostro ha cambiado a modo trabajo, y sé que ha acabado el momento apasionado y que vamos a pasar a otras cosas más serias.

Me muestra algo plateado que no distingo a entender hasta que no me lo acerca.

- ¿Es una placa de policía? – pregunto, bastante asombrada.
- Si... tengo algo que contarte.

¿Más? Estoy a punto de preguntar, pero no lo hago.

Eloy se sienta en la cama frente a mí, con una mano acariciando mi pierna desnuda. Su semblante es serio, más si cabe de lo que acostumbra.

Me explica que es policía secreto. Lleva tres años infiltrado en la comunidad, persiguiendo el tema de los secuestros de niños.

Me dice que tengo que prepararme para lo que voy a escuchar, y le pregunto cómo se hace eso,

pero quiero que me lo cuente todo. Me da igual lo que sea, solo quiero saberlo ya.

Me recuerda que mi padre, el que yo creía que trabajaba en una empresa como guarda de seguridad es uno de los diez elegidos por la comunidad para procrear, porque mi bisabuela era la elegida, la primera que aparece en el libro de “la verdad”.

- En su etapa de adolescente está enamorado de una chica, y ella de él.

Son muy jóvenes y viven en la aldea. De su amor nace una niña preciosa y rubia. Muy sonriente - añade, con un gesto que me da pistas.

Le miro fijamente. ¿Jhanna? Pregunto, y asiente. Ahí descubro que tengo otra hermana ¿y cuantos más? me pregunto.

- Al ser uno de los procreadores – continúa - conoce a tu madre, y empiezan el ritual de procreación, pero tu madre empieza a desengañarse de lo que creía un lugar idílico, y se plantea abandonar la aldea. Pero entonces se queda embarazada.

Me mira fijamente mientras hace una pausa.

- Y entonces naces tú.

Se hace un silencio. Yo tengo el corazón en un puño y me falta el aliento. Podría estar viendo una de mis series favoritas. Podría ser cualquier historia de uno de mis libros, pero era mi vida la que estaba escuchando a través de sus labios y, prácticamente, se me había cortado la respiración.

- Al nacer, en la comunidad, existe un procedimiento.

Las matronas son gente de la aldea, y son ellas las únicas presentes en el parto. Pero cuando tú naces, la primera que descubre, angustiada, lo que ocurre, es tu madre.

Le observo con los ojos muy abiertos, preguntándole con la mirada a qué se refiere y entonces me recuerda la marca de mi pierna. La que aparece en las escrituras de Shisvá.

- La marca que las matronas reconocen, y ponen el grito en el cielo, y todo se moviliza. Ha nacido la esperada. Ya está aquí. Y tu madre pierde la esperanza de abandonar la aldea en ese mismo momento y además, comprende, que estará atada a ella toda la vida.

Hace una pausa.



- A pesar de todo, ella pide que su hija viva fuera de la aldea, y el líder le concede ese derecho, porque las escrituras así lo contemplan, porque el libro hace referencia a un lugar fuera de la fe, y él lo interpreta como aquella propuesta, y se lo concede porque sabe que, a los dieciocho años, en el SPIRITECCO, serás nombrada LA ELEGIDA y tendrás que volver a la aldea sin que nadie pueda remediarlo.

- Un momento – consigo decir, a pesar de mi estado de estupefacción. Y levanto mi mano para detener la historia que me está contando.

Él se detiene y espera a que proceda yo.

- Tengo varias preguntas.

Asiente con la cabeza.

- Primero quiero saber cómo has llegado a saber todo eso, todo lo de mi madre, también lo de mi padre y la madre de Jhanna.

- No todo el mundo en la comunidad es fiel a ellos – dice, y se encoje de hombros – y así me he informado de muchas de las cosas que pasan ahí dentro. Hay gente que cree en ese libro y gente que no. Gente que estaría dispuesto a morir por el líder y gente dispuesta a matarlo. Hay gente que vive muy bien allí y gente que es torturada. Me ha costado mucho tiempo descubrirlo y sacar información. No ha sido nada fácil.

De momento me vale la respuesta, voy a por el segundo ataque.

- Y ¿por qué estás confiando en mí? Estas poniendo en riesgo tu trabajo. Soy la hija de uno de los procreadores...

- No soy una persona confiada precisamente, pero me ha quedado muy claro de qué lado estás, y sé que vas a ayudarme. Vamos a sacar a esos niños de allí y devolverlos con sus verdaderas familias. Y tú me vas a ayudar.

- ¿Y cómo vamos a hacer eso?

- En la fiesta del SPIRITECO. Es el momento idóneo para ejecutar la operación. Todo el mundo quiere asistir. Es el evento más importante de la historia de la comunidad en muchos años, y la vigilancia en la caja será prácticamente nula. Aprovecharemos ese momento.

Me pregunto entonces cómo he podido estar tan ciega. Me da pena mi madre y pienso en todo lo que debe haber sufrido estos años.

Me doy cuenta de lo engañada que he estado con Minerva.

Solo ha estado vigilándome. La que yo creía una hermana idílica era mi sombra, mi escolta. Y la encargada de llevarme de cabeza a la caja y, así, involucrarme en la comunidad.

Ahora comprendía el miedo de mi madre la noche del concierto, y también la persuasión de Minerva, que tenía a mi madre amedrentada.

Minerva no se parecía en nada a la hermana que yo creía conocer, y ahora me daba hasta miedo.

La academia no existía. Minerva acudía a otros sitios que yo ni siquiera podía llegar a imaginar, y tantas cosas dan vueltas en mi cabeza que mi mundo se desmorona de repente y empiezo a llorar como una niña.

Siento su abrazo rodear mi cuerpo, que no deja de dar sacudidas por los sollozos descontrolados que salen de mí.

Tranquila mi amor, me dice mientras me aprieta tan fuerte que siento que me rompo, pero tan reconfortante es su abrazo que las piezas fracturadas de mi cuerpo se van recomponiendo, uniéndose a la perfección, y dándome una fuerza sobrehumana, que me carga las pilas y me siento gigante. Soy la elegida, me digo, y siento que tengo el poder de cambiarlo todo. De salvar al niño del sueño, a la chica de la bata roja y también a mi madre.

¿Habría sido más fácil mi vida de haber sabido todo eso? Quizás sí. Pero habría sido diferente.

Me habría perdido mucho, habría reído poco y me habría convertido en una Shara, probablemente, soberbia y prepotente, debido al galón que habría sabido que portaba.

Mi estrella, sin embargo, era yo misma, y nada hasta ahora había influido en ello más que el propio destino y todo mi baúl de precauciones, valores y, aunque en menor medida, locuras escondidas en los rincones más recónditos de mi misteriosa alma de mujer salvaje, la que llevaba aquella marca que la distinguía del resto de la humanidad y que ahora sabía que sus sueños no eran solo sueños, y que su vida estaba escrita en un papel que habían leído cientos de personas, pero no ella.

Y ese era el siguiente propósito. Hacerme con ese libro, como si fuera para mí un libro de instrucciones.

Nueve y media de la mañana. Todo está preparado para el viaje.

Mi madre nos espera en el salón, ojerosa y frotándose con nerviosismo las manos.

- Me encantaría que vinieras – la susurro en el oído sin que nadie más pueda oírlo, mientras la abrazo – Esto no es un final.

Y la beso en la mejilla mientras me mira desconcertada.

Salimos según lo previsto. Viene a buscarnos Miguel, que intenta remendar su actuación de la última vez, pero yo le ignoro por completo, por más que él intenta tapar lo ocurrido. Minerva no pierde ojo a sus movimientos, y tampoco a los míos. Pero parece tranquilizarle mi indiferencia.

Al llegar al coche le veo a él y me tranquiliza su presencia. Nos miramos durante una milésima de segundo.

No llevamos maletas, ¿para qué? Tan solo un bolso de mano con lo imprescindible.

Durante el viaje, Miguel ya no se molesta en darnos entretenimiento. Esta vez se sitúa en el asiento del copiloto. Está enfrascado en alguna conversación con el móvil, pero se previene de que ninguna de las dos pueda ver con quien se escribe, ni qué.

No paro de pensar en todo lo ocurrido y en lo que va a suceder.

Miro de reojo a mi hermana, que también está escribiendo en su móvil. Se percata de mi mirada y ladea el móvil.

¿Se estarán escribiendo el uno al otro? Me entretengo en observarles y deduzco que no. Sus movimientos no coinciden con una conversación entre ellos.

Saco mi móvil. Mi padre también está en línea.

Vuelvo a guardarlo y dejo de darle importancia a eso. Apoyo mi frente en la ventanilla y cierro los ojos.

Se supone que vamos a estar allí una semana. La fiesta es en dos días. En dos días cambiara mi vida, pienso. Aún no sé cómo, pero está claro que nada será igual.

Allí todos me están esperando. Y se supone que todo el mundo lo sabe menos yo. Debo hacerme la tonta, y a la vez, se supone que soy una Diosa, toda una contradicción.

Por fin llegamos a la entrada del largo camino a la aldea.

Abandonamos el coche y miro hacia atrás para observarle por última vez antes de avanzar. Me transmite toda la tranquilidad de la que es capaz con su mirada. Me vuelvo de nuevo y emprendo el largo camino hasta llegar a la aldea.

Jhanna viene a nuestro encuentro con su habitual sonrisa y me da la mano. Intento buscar algún rasgo semejante a alguno de los míos, pero en ese momento no lo encuentro.

- ¿Estás bien? – me pregunta.
- Sí, sí, perdona – la digo – estaba recordando la última vez que vine aquí.
- Pareces nerviosa – me dice, mientras avanzamos, unos pasos por delante del resto.

¿Nerviosa? Siento ganas de contestar, no sé por qué podría estar yo nerviosa... pero me limito a guardar todas esas palabras ahí donde mi marca de nacimiento, bajo la estrella de mi pierna, por no estropear nada de lo previsto.

Cuando vamos a llegar a la cabaña que ocupamos la última vez, escucho la voz de mi hermana a mi espalda.

- Acompañaala tú, Jhanna, yo me instalo con Miguel en la suya.

No solo Jhanna parece sorprendida, también Miguel, por lo que deduzco que no estaba planeado.

- Esta es tu cabaña – dice Miguel, con cierto desaire.

- He dicho que voy a tu cabaña - repite ella, y se adelanta a todos nosotros, mientras Jhanna la observa y Miguel la sigue sin protestar.

Jhanna me invita a entrar. Me pregunta si necesito algo. Ya sabes todo lo que debes saber, no tengo que explicarte nada esta vez, pero si necesitas cualquier cosa...

- Necesito algo – digo antes de que salga por la puerta, segura de que no voy a pedir nada.

Se vuelve sorprendida, moviendo su trenza delante de su hombro con el movimiento.

- Quiero uno de esos libros. Esos que todo el mundo dice tener aquí. No sé por qué yo no tengo uno.

- Pues... - titubea – No sé si va a poder ser.

- Yo creo que si – digo con autoridad - lo estaré esperando, a ser posible hoy... por favor.

Jhanna me observa atónita. Es la primera vez que me oye hablar así. Seguramente esté sorprendida de mi atrevimiento y mi arrogancia.

- Veré lo que puedo hacer – dice antes de salir por la puerta, más sorprendida de lo que yo la había visto nunca.

Me entretengo en pasear por la casa y abrir los cajones y armarios, pero casi todo está vacío, excepto un par de prendas en el armario.

Me asomo a la ventana, hay ambiente festivo. La gente parece entusiasmada. Se divierten. Pasan por delante de la ventana riendo y charlando.

Todo el mundo parece estar ocupado con los preparativos, y a mí, precisamente a mí, me han abandonado en la soledad de la cabaña.

Me siento secuestrada y no me gusta la sensación.

Me ducho y me pongo uno de los vestidos blancos del armario.

He tomado una decisión repentina. Me apetece ir a la playa. Quiero ver que se cuece fuera del

pequeño espacio donde se han propuesto que me instale a esperar.

Y allí que voy, con mi vestido blanco, sin ropa interior, libre como el viento, algo avergonzada los tres primeros segundos. Después olvido mi timidez y recuerdo donde estoy, y a qué he venido.



Mientras voy avanzando, todo el mundo parece fijarse en mí.

Ya se ha corrido la voz de quien soy, y me siento observada a cada paso que doy.

Mi idea de pasar desapercibida en la playa se va al traste nada más salir de la cabaña, pero, aun así, me acerco.

Están colocando carpas en la arena, y hay una especie de altar, adornado con flores, en el centro de lo que parece un recinto separado del resto por cintas de colores y palos.

Hay música, la gente baila. Parece que la pre-fiesta ya ha comenzado.

La playa está llena de gente. Algunos se vuelven a mirarme y cuchichean. Sé que hablan de mí.

Veo a Miguel, subido en una tarima, con su guitarra.

Ya me ha visto, no me da tiempo a escapar, como era mi intención.

Se baja del escenario con urgencia, portado con su guitarra colgada al hombro y se entremete entre la gente para llegar hasta mí.

- Quiero que te quedes al concierto.

Yo le miro con curiosidad. Parece casi una orden lo que me está dando.

- ¿Y eso por qué?

- Porque quiero cantar algo para ti.

Le miro sorprendida, a punto de decirle que no quiero ni que me dirija la palabra, pero se me ocurre otra pregunta que me irrita más.

- ¿Y no sería mejor que se lo cantaras a Minerva?

Él parece sorprendido por mi pregunta, pero está acostumbrado a salir por la tangente, y su desparpajo no se amedrenta, ni siquiera conmigo.

- Prefiero cantarte a ti. Y si me dejaras, me gustaría hacer muchas más cosas contigo.

- Ya – consigo decir, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no abofetearle allí mismo – pero no te dejaré, así que te recomiendo que no pierdas el tiempo.

Me mezclo entre la gente, dejándole allí, de pie, observándome pensativo.

No vuelvo la vista atrás, pero en unos minutos escucho la guitarra haciendo pruebas en el escenario y me relajo.

De una de las barras instaladas en la playa cojo una cerveza y bebo mientras me acerco a la orilla. Por fin me siento un poco a solas allí.

Me siento y rememoro aquel momento en el que mi chico serio me encontró en la playa desnuda, y recuerdo aquella presencia extraña que me hizo nadar como un tiburón detrás de su presa.

A estas alturas ya no me impresiona nada. He visto mi propia imagen en un libro escrito hace más de cien años, y mi marca de nacimiento estaba allí plasmada antes de nacer yo. Podría ocurrir cualquier cosa. Incluso podría asomar la cabeza el monstruo del lago Ness ahora mismo y le daría las buenas tardes... he acabado mi botella de cerveza y creo que debería acercarme a por otra.

Cuando voy a levantarme, noto un ruido estruendoso a mi lado y me encuentro con Rob y dos botellines de cerveza en la mano.

Ha levantado toda la arena a mi alrededor y se ha enganchado con mi vestido su zapatilla. Dios, con lo tranquila que estaba.

Me sonrío y me ofrece una de las botellas. De lo único que me alegro es de no tener que levantarme para ir a por una.

- ¿Cuánto tiempo no? – me pregunta, mientras me sonrío y hace el intento de que brindemos.

Por no dejarle mal, le sigo, y brindo con él, mientras pienso, “porque te vayas lo más rápido posible”.

Quizás sea una mala persona, él solo quiere ser amable, y el karma me puede castigar, pero es que no me apetece nada que arruine mi paz, y no para de atosigarme a preguntas, y a decirme lo impresionante que será la fiesta, y que está fascinado porque es uno de los pocos afortunados que ha tenido la suerte de hablar con la esperada, y yo me hago la tonta, y entonces le miro y pongo mi voz de pedir, la de “no podrás resistirte”, y puede que ese sea uno de mis poderes...

- Estaba pensando... - digo, y me mira como hechizado – que necesito el libro de la verdad, lo necesito ahora, y me lo he dejado en la cabaña. Tú podrías...

Deja el botellín sobre la arena y se levanta.

- Joder, pues claro, ahora mismo te lo traigo.

Sonrío. Pues no ha sido tan difícil, pienso. Pero al cabo de unos minutos, la que aparece es Jhanna, que se sienta a mi lado con el libro en la mano.

- ¿Es esto lo que tanto persigues?

Estoy sorprendida porque no me la esperaba.

- Pues sí. Esto mismo.

Se lo arrebato de las manos suavemente y lo abro con cuidado.

No hay muchas imágenes, pero me reconozco bien. La marca sale como si fuese una fotografía de mi propio tatuaje natural. Sé que está reparando en todos mis movimientos. Me observa con curiosidad.

- ¿Qué es lo que buscas ahí exactamente?

Quiero saber cuál es mi misión, estoy a punto de decirla, pero no contesto, solo paso páginas esperando encontrar algo que me ilumine.

- Oye... - la digo, y me paro a mirarla. Me gustaría decirle muchas cosas, pero no puedo porque no podría explicar cómo las he averiguado – solo quiero saber por qué yo tengo esta marca. ¿Quién soy? ¿por qué el líder me dijo que pronto lo averiguaría todo? Quiero saber qué pasará conmigo el día del Spiriteco....

- Sé que tienes muchas dudas, Shara, y lo entiendo. Pero todo debe seguir su curso. Ese día será especial para todos, pero sobre todo para ti. Y nadie sabe qué ocurrirá, ni siquiera el libro lo especifica. Lo único que sabemos es que nos salvarás. Eres lo más especial que nos ha pasado en mucho tiempo. Han tenido que pasar dieciocho años para que se cumpla la profecía del libro. Y pasado mañana será el día. Deja el libro, Shara. Solo disfruta estos momentos.

Jhanna me ha cogido de la mano y me está mirando con unos ojos brillantes, llenos de ilusión por lo que ella cree. En su mirada veo más paz y bondad de la que he podido ver nunca en Minerva. Es mi hermana, pienso. La beso en la mejilla y ella se sorprende. La sonrío.

- De acuerdo – digo, y la devuelvo el libro.

He visto la última hoja, y no me hace falta nada más.

Dos días de fiesta a todas horas, preparativos y nerviosismo.

Dos días en los que no hago más que revolver mis pensamientos y tomar tila con miel para aminorar mis nervios.

Dos días en los que no paro de pensar en él. En la operación de la caja. En mi madre. En la chica de la bata roja, que tiene nombre, y se llama Nora.

Eloy me ha contado lo de su niña. Y también tenemos que sacarla de ahí. Tenemos que llevarla a un hospital de verdad.

Me ha contado lo que ha vivido durante este tiempo, lo del secuestro en esa fría sala. Y lo de los castigos. Y me encoje el alma pensar que mi hermana Minerva ha formado parte de todo eso. Y mi padre.

Recuerdo la charla de la playa sobre el Karma. Debe ser que para algunos no se aplica, o quizás aún no haya llegado el momento. Si yo pudiera... si yo pudiera yo me encargaría de aplicar ese castigo, para qué esperar a que actúe el Karma, si yo soy la esperada, algo podré adelantar... sonrío. Entre tanto nerviosismo a veces siento que pierdo un poco la cabeza.

Es temprano. El día ha llegado. Eloy ha preparado a su equipo y esperan el momento indicado para actuar.

Nora espera dentro de la caja roja el aviso.

Tiene un móvil escondido bajo la cama. Hoy no se presentará nadie allí. El procreador y su asistente están en la aldea, y a ella nadie la va a necesitar por hoy.

Cuando llegue el momento de mi nombramiento entrarán en la caja y sacarán a los niños. Puede haber heridos, tienen orden de disparar si fuese necesario, pero hay niños por medio, no deben arriesgar demasiado.

Estoy desayunando junto a la ventana cuando viene a mi encuentro Jhanna.

Está nerviosa y, esta vez, no viene armada con su sonrisa.

- Tienes que acompañarme, Shara. Empieza el ritual.

¿Ritual? Me niego a que los nervios me agarren el estómago, así que hago como que soy la guerrera de aquella aldea y que me pertenece. Necesito hacerme fuerte y quiero creer que soy la más poderosa de allí, y que todo lo que ocurra será lo que yo quiero que ocurra. Me convengo de ello y los nervios desaparecen por la estrella de mi tobillo.

Siento como si una fuerza se apoderara de mí mientras me dirijo a donde quiera que me esté llevando Jhanna.

Llegamos a la casa del líder.

No nos hemos cruzado con nadie por el camino. Está prohibido salir hoy durante el día.

El nombramiento será por la tarde, y la gente está encerrada en casa con su libro en la mano. Rezando sus oraciones espirituales, pensando en lo maravilloso que será todo después del ritual de nombramiento.

Me recibe el líder, posando sus manos sobre mis hombros. Agacha la cabeza en señal de saludo pero no articula palabra.

Jhanna me acompaña hasta el otro lado de la casa.

Allí hay un baño enorme. Huele a limpio, a cremas, a flores.

Hay dos chicas vestidas de blanco que están preparando una bañera que se encuentra justo en el centro de la estancia. Todo un lujo, pensaría en cualquier otro momento, pero no en ese.

Me piden que me desnude, y me ayudan, como si yo, realmente, fuese una Diosa.

Me introduzco en el agua, a la temperatura perfecta, llena de espuma que huele a frutas tropicales.

Hay una melodía de fondo que transmite serenidad.

Las chicas comienzan a deshojar flores sobre el agua y se llena de pétalos.

Después, las tres desaparecen, dejándome sola allí, durante bastante tiempo, en el que, la verdad, no pienso en nada, por muy extraño que parezca.



Me lavan el pelo a conciencia, masajeando mi cuero cabelludo, como si de un spa de lujo se tratara, y me ayudan a salir de la bañera, y me arropan con un albornoz blanco y una toalla en la cabeza.

Me secan el pelo y me ayudan a vestirme. Con un vestido blanco, de ceremonia. Y me ponen flores en el pelo.

Jhanna ha venido de nuevo a recuperarme, y me acompaña a otra estancia, donde también estoy sola, junto a ella.

Me prepara una infusión de hierbas que me sabe a gloria, y me avisa del esperado momento.

- Tenemos que salir. Ya están todos esperando.

Y yo me siento como en una nube. El momento ha llegado, y noto como si flotara. Estoy completamente relajada y, para mi sorpresa, nada nerviosa. Pienso en esa infusión misteriosa...

En la puerta de la casa me espera el líder, que extiende su mano para acompañarme hasta el altar de la playa.

Todo el mundo está allí. Se ha hecho el silencio.

Todos los asistentes portan farolillos con velas, y, cuando llegamos hasta allí, Jhanna me ofrece uno.

Descubro a mi padre, por mucho que él haya pretendido esconderse. Y le miro fijamente, a lo que él responde con desconcierto al ver que no me sorprende verle allí.

Sonríó al comprobar que Eloy ha cumplido su promesa, y ha traído a mi madre, que está mezclada en el tumulto, alejada de mi padre y mi hermana, vestida de blanco, más bonita de lo que jamás la he visto, y me devuelve la sonrisa. Tan solo un segundo dura ese momento, para que nadie la descubra y para que todo siga su curso.

El líder me acompaña hasta el altar, cogido de su mano. Y se oyen murmullos entre la gente.

- Aquí la tenéis – dice el líder con una voz que retumba en la playa, mezclada

con el rumor de las olas al atardecer.

Se oye una ovación, y miro al cielo para comprobar que hay luna llena, tal como indicaba el libro en su última página.

- Pidamos al universo que “la esperada” cumpla con la misión encomendada – dice el líder mientras levanta el farolillo.

Todos le imitan, incluso yo, que ya estoy pensando en mi deseo.

El líder deja volar su farolillo mientras me mira, y yo dejo volar el mío, sonriente, quitando la mirada de la suya, y mirando al cielo, dejándolo volar mientras pienso en la última frase del libro de la verdad.

“Y con ella llegará la salvación. Y después de la sublevación llegará el fruto”

Y me echo la mano a la tripa, sabiendo que hay vida en mi interior, que el destino existe. Que mi madre ha dado el aviso con el móvil para que todo comience. Que Eloy está, junto con su equipo, en ese mismo momento, salvando a todos los niños de la caja. Y que Nico está sacando a Paola en un coche, junto a mi madre, de la aldea.

Y la luna llena invade toda la playa, y todos aplauden a la nueva Diosa de la comunidad, y yo comprendo que el destino está escrito, y que solo hay que saber leerlo.